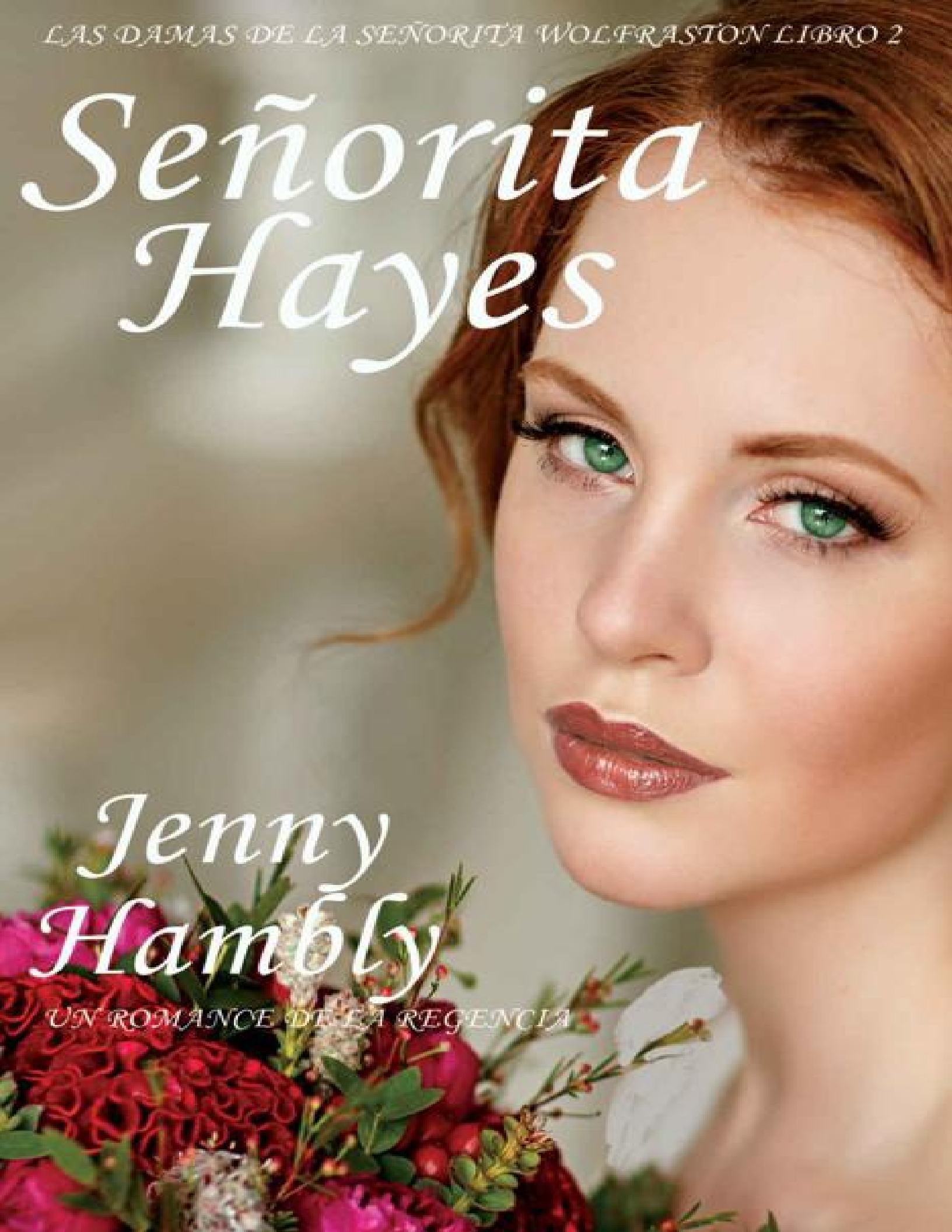


LAS DAMAS DE LA SEÑORITA WOLFRASTON LIBRO 2

Señorita Hayes

*Jenny
Hamblly*

UN ROMANCE DE LA REGENCIA



SEÑORITA HAYES

UN ROMANCE DE LA REGENCIA

LAS DAMAS DE LA SEÑORITA WOLFRASTON LIBRO 2



JENNY HAMBLY

Traducido por
L M GUTEZ

Copyright © 2024 por Jennifer A Hambly

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

El derecho moral de Jenny Hambly ha sido reconocido.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que no sean claramente de dominio público son producto de la imaginación de la autora o ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

DEDICATORIA

*A Alanah y William
Seguid siempre vuestros sueños
Gracias, Dave, por vivir todos mis libros conmigo.*

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Otras Obras de Jenny Hambly](#)

[Acerca del Autor](#)

CAPÍTULO 1



El camino que conducía desde el seminario para damas de la señorita Wolfraston hasta el mundo exterior, serpenteaba a través de un parque de carácter naturalista y tamaño nada despreciable. Las numerosas familias que habían tenido la suerte de presenciar su esplendor al entregar a sus hijos en las hábiles manos de la señorita Wolfraston, lo consideraban generalmente elegante y pintoresco.

Hoy, la larga y extensa avenida estaba abarrotada de carruajes que transportaban a esta preciada prole de vuelta a sus, sin duda, impacientes familias, para las vacaciones de verano. Sin embargo, muy pocos de los ocupantes de estos vehículos estaban dispuestos a apreciar la agradable vista que se les ofrecía, si se percataban de ello. Pero ya la habían visto muchas veces, así que no era de extrañar que la belleza que les era tan familiar se hubiera vuelto débil y borrosa para sus desinteresados sentidos. Era la única explicación, ya que no podía suponerse que la impaciencia por abandonar el santuario de los amables cuidados de la señorita Wolfraston pudiera causar una falta de atención tan negligente hacia lo que los rodeaba.

Uno de los carruajes transportaba a dos damas que, al parecer, no eran tan descuidadas. La más joven de las dos, la señorita Charlotte Fletcher, estaba sentada muy erguida, con las manos entrelazadas en el regazo y sus grandes ojos azules fijos en el paisaje que había marcado los límites de su vida durante los últimos cinco años. Se había acostumbrado a considerar el seminario como su hogar, y conocía íntimamente cada paseo y cada grupo de árboles. Su vida antes de llegar allí se había vuelto bastante confusa, por lo que sentía como si estuviera dejando atrás todo lo que le era familiar, aparte de la señorita Hayes, su compañera de viaje. La presencia de esa dama le levantó el ánimo y le impidió derramar las lágrimas de angustia que amenazaban con alterar su compostura.

Charlotte había sido una niña muy infeliz y retraída al llegar por primera vez al seminario, después de perder a sus padres a causa de una fiebre terrible. El vizconde Seymore había sido nombrado su tutor en el testamento de su padre. Su primo había adquirido ese título tras la muerte de su padre, pocos meses antes, pero él solo tenía veintitrés años, y no sabía qué hacer con una muchacha silenciosa y delicada. Al principio, la señorita Wolfraston tampoco lo había sabido, y ninguna de las profesoras había sido capaz de hacerla hablar o prestar atención a sus lecciones.

La señorita Wolfraston había contratado a la señorita Sarah Hayes como profesora en el segundo trimestre de Charlotte en la escuela. Sarah había tratado a la desolada niña con una paciencia y dulzura que, eventualmente, atravesaron sus defensas. Aunque sólo las separaban ocho años, Charlotte había llegado a depender de la señorita Hayes como lo haría de una tía, o incluso de una madre.

Sarah era plenamente consciente de esta dependencia. Se había esforzado por ayudar a Charlotte a ser más independiente, sobre todo en el último año. La mayoría de las jóvenes abandonaban el seminario a los dieciséis años, por lo que se había alegrado mucho con la llegada de otras dos chicas de la edad de Charlotte, Lady Georgianna Voss y la señorita Marianne Montagu. Sarah se había asegurado de que compartieran habitación, con la esperanza de que Charlotte transfiriera su afecto a una de ellas, o a las dos, y entablara amistades que pudieran beneficiarla una vez que saliera del seminario y entrara en la sociedad, como seguramente ocurriría. Su plan había tenido éxito, al menos en parte. La señorita Montagu había aceptado de buen grado a Charlotte, e incluso la distante lady Georgianna se había encariñado con ella después de un tiempo.

Nadie podría haberse alegrado más que Sarah cuando Augusta, la tía abuela de Charlotte, le había escrito para informarle de que había regresado de la India y recibiría a Charlotte en su propia casa, la residencia Priddleton, cerca de Dorchester. Sin embargo, ella misma no había esperado ser invitada. Pero también había recibido una carta que solicitaba su asistencia. Lord Seymore había mencionado su apoyo hacia Charlotte y, alegando que ella había conocido al abuelo de la señorita Hayes, el barón Beaumont, y que él había conocido a Sarah cuando era niña, lady Carstairs había insistido en que ella fuera al menos durante el verano, como acompañante de Charlotte.

Esta misiva había suscitado sentimientos contradictorios en el pecho de Sarah. Su primer instinto había sido negarse y, de hecho, ésa había sido su firme intención. Pero los ojos desconcertados y ansiosos de su protegida habían derretido su determinación. El afecto entre ellas no era sólo por parte de Charlotte. Su corazón se había compadecido de la pobre chica nada más conocer su historia, porque nadie mejor que Sarah sabía lo doloroso que era que tu mundo diera un vuelco en un instante.

Aunque su protegida no era consciente de ello, Sarah había conocido a lord Seymore mucho antes de conocer a Charlotte. Su propia madre había muerto cuando ella apenas había salido de la guardería, y había desarrollado lazos afectivos muy fuertes con su padre. No era un amor milky. Aunque él le había proporcionado una institutriz muy competente, la había tratado como a un niño. Como buen deportista, la había educado para que no temiera montar a caballo, y se había asegurado de que supiera conducir un coche de caballos o un faetón tan bien como cualquier hombre. Estaba extremadamente orgulloso tanto de su belleza como de su destreza, y no había dudado en enviarla a la *alta* con toda la fastuosidad y ceremonia que él pudo idear.

El cabello castaño de Sarah, su tez lechosa y sus encantadores ojos verdes, junto con su espíritu intrépido, su comportamiento honesto y su gracia y elegancia naturales, le habían asegurado el éxito. Había atraído a muchos admiradores, lord Seymore entre ellos. Pero aunque le había parecido bastante agradable, él no la había cautivado. Había sido apuesto, ciertamente, pero muy joven y un poco cohibido.

Lord Turnbull era quien le había llamado la atención. Él parecía saberlo todo, era divertido y un coqueto consumado. Le había gustado que ella deslumbrara, y la animaba a conducir su faetón de asientos altos en el parque, e incluso le había permitido conducir su propio coche de caballos, aunque era bien sabido que el hombre había pagado una pequeña fortuna por el llamativo par de alazanes idénticos que tiraban de él. A ella le había resultado fácil imaginar que su padre pudo haber sido muy parecido a él de joven. Tal vez eso la había impulsado a aceptar su oferta sin pensárselo mucho.

Su padre había parecido satisfecho, pero no muchas semanas después, había encontrado su fin en una carrera de carruajes de dos caballos. A punto de cumplir los cincuenta, él ya no era tan

ágil como antes. Según todos los indicios, cuando la carrera se acercaba a su fin, él intentó adelantar a su rival en una curva cerrada. El resultado había sido fatal. El carruaje del correo se había aproximado en dirección contraria.

Al principio, lord Turnbull se había mostrado muy comprensivo con su futura esposa. Pero poco a poco, para sorpresa de todos, sobre todo de su hija, se había descubierto que lord Beaumont había estado completamente endeudado. Tal vez había presentado a su hija a lo grande, pero una serie de malas inversiones, una mala gestión y un estilo de vida lujoso lo habían dejado completamente arruinado. Empezó a circular el rumor de que había aceptado a propósito un riesgo tan descabellado en esa última curva. En resumen, el rumor era que él se había suicidado.

La *alta* empezó a darle la espalda. Aunque la sociedad pudo haber permitido la audacia y la confianza que marcaron el carácter de Sarah cuando pensaron que era rica y libre de escándalos, no le gustaba ser engañada. Incluso su pretendiente, que poco antes se había declarado completamente a su merced, se volvió frío. Lord Turnbull no había protestado cuando ella lo había liberado de su obligación.

Se había quedado desconcertada, sola y arruinada. Al principio se había sentido enormemente agradecida cuando la tía de su padre, lady Sadler, la invitó a vivir con ella como su acompañante en las zonas más remotas de la campiña de Kent. Sin embargo, su situación no había sido fácil. Lady Sadler resultó ser cascarrabias e imposible de complacer. También era difícil soportar sus frecuentes comentarios despectivos sobre su padre, o las miradas condescendientes de sus numerosos visitantes.

El orgullo y la independencia que se le habían inculcado hicieron que acabara rebelándose contra su situación de sumisión. Pensó que sería mejor apartarse por completo de la esfera en la que había nacido y sobre la que había reinado durante un corto periodo de tiempo. Decidió que prefería recibir un salario honesto por su trabajo, en lugar de vivir de las migajas que de vez en cuando le arrojaba lady Sadler. Y así, poco después de cumplir los veinte años, ingresó en el seminario para señoritas de la señorita Wolfraston.

Cada vez que lord Seymore visitaba a su pupila, Sarah se mantenía al margen. La señorita Wolfraston no había dejado de informarle al hombre de que la mejoría de Charlotte se debía en gran parte al cuidadoso trato de la señorita Hayes, y él había afirmado que deseaba agradecersele en persona. Pero ella no había querido que le recordaran todo lo que había perdido, ni ver cómo la admiración que una vez había brillado intensamente en sus ojos se convertía en lástima, por lo que se había negado obstinadamente. La señorita Wolfraston no la había presionado, al contrario, se había sentido complacida ante semejante muestra de modestia, pues ni siquiera la ropa de trabajo de la señorita Hayes podía opacar su belleza.

Tal vez Sarah se había cuestionado en ocasiones su decisión de convertirse en profesora en una escuela muy poco ilustrada en cuanto a la educación necesaria para una joven, pero en los últimos cinco años había ido aceptando poco a poco su suerte. Sin embargo, no había sido fácil, y ahora parecía que su equilibrio, ganado con tanto esfuerzo, iba a ponerse a prueba. Aunque era reacia a ponerse en una situación en la que pudiera volver a ser objeto de burla o falsa simpatía, su afecto por Charlotte y su deseo de asegurarse de que estaba felizmente establecida la habían obligado a salir al mundo una vez más. Una sonrisa irónica torció sus labios al reconocer que una parte de sí misma, oculta durante mucho tiempo, se regocijaba ante la perspectiva de dejar atrás la rutina embrutecedora del seminario.

Cuando por fin cruzaron las puertas del colegio, sus ojos se volvieron hacia su pupila.

—No estés tan preocupada, Charlotte. A juzgar por el tono de las cartas de lady Carstairs,

está deseando recibirte en su casa. No le tienes miedo, ¿verdad?

—No, no —dijo rápidamente Charlotte—. ¿Cómo podría tenerlo si no la conozco? Es sólo que...

Sarah le sonrió suavemente.

—Continúa, querida.

—Bueno, ¿y si no la complazco? La tía abuela Augusta es muy aventurera, y yo no.

—Si a todos nos complacieran sólo aquellos que nos recuerdan a nosotros mismos, ¡qué intolerablemente engreídos seríamos! Vamos, hálame de ella.

Charlotte frunció el ceño.

—Últimamente he pensado mucho en ella, pero en realidad sé muy poco. Y no estoy segura de si lo que *creo* recordar es correcto, o en parte imaginado.

—Entonces, empecemos con lo que sí sabes. Lady Carstairs ha ido a la India. ¿Cuándo?

—No puedo decir exactamente cuándo, pero creo que fue unos años antes de que yo naciera —dijo Charlotte, pensativa.

—Digamos que hace veinte años. Ahora, ¿por qué se fue? ¿Quizás porque estaba relacionada con alguien que trabajaba para la Compañía Británica de las Indias Orientales?

Una sonrisa evocadora curvó los labios de Charlotte.

—Eso sí puedo responderlo. Mi madre me contó la historia muchas veces. La respuesta corta es no. Ella no estaba relacionada con nadie. Mi madre estaba muy orgullosa de la tía abuela Augusta, a pesar de que desobedecía los convencionalismos. Ella siempre esperaba con impaciencia sus cartas poco frecuentes.

Sarah parecía interesada.

—¿En qué sentido desobedecía los convencionalismos?

—No lo hacía en un inicio. No era una belleza, aunque mi madre la consideraba muy hermosa. Decía que siempre había sido franca. Quizá por eso ella lo hizo.. Con el tiempo se convirtió en la acompañante de lady Brabacombe, creo. Era viuda. Mamá decía que era muy malhumorada, pero no podía ser tan terrible porque mi tía se quedó con ella quince años.

Sarah reprimió un escalofrío.

—Admiro su fortaleza.

Charlotte sonrió.

—Bueno, aunque eso fuera horrible, al final mereció la pena. Cuando ella murió, le dejó a mi tía algo de dinero. No una fortuna, pero lo suficiente para que estuviera cómoda. Pero ella no quería estar cómoda. Quería una aventura.

—Y entonces fue a la India —dijo Sarah en voz baja—. Qué maravilla. Creo que ella ya me agrada.

—Sí, lo hizo, sola, sin la ayuda de una criada. Mi padre tenía buenos contactos gracias a sus años en la marina, y le organizó la travesía cuando ella le informó rotundamente de que iría tanto si él la ayudaba como si no. Allí conoció a lord Carstairs, aunque entonces sólo era el señor Fancot. Mamá y papá se sorprendieron mucho cuando ella les escribió para informarles de su matrimonio, pues ya tenía más de treinta años. Él trabajaba para la Corte Suprema, como juez. De hecho, hasta que recibí la carta de mi tía, yo ignoraba que él se había convertido en lord Carstairs.

—Bueno, debemos estar agradecidas de que él lo haya hecho —dijo Sarah con firmeza—. Porque supongo que esa es la razón por la que él ha vuelto a casa. No veo razón para que estés preocupada, Charlotte. Sabemos que a tu tía no le gustaba escribir cartas, pero mantuvo una correspondencia prolongada, aunque poco frecuente, con tu madre. ¿No sugiere esto un cariño de

su parte hacia tu madre?

—Sí, supongo que sí —admitió Charlotte—. En su carta la llamaba *mi querida sobrina difunta*.

—Precisamente. Entonces, ¿no es también razonable suponer que podría extender ese cariño a su hija?

Una sonrisa vacilante curvó los labios de Charlotte.

—Tienes razón, por supuesto.

—Entonces deja de preocuparte tanto y prepárate para disfrutar de esta nueva aventura.

Emprendieron el viaje en la posada El León Rojo, en Shaftesbury. Lady Carstairs les había reservado habitaciones y un salón privado. Sarah estaba muy agradecida por esta previsión, ya que, a juzgar por el ruido que salía de la habitación de café, la posada estaba muy concurrida. La criada que las acompañó a sus habitaciones se lo confirmó.

—Estamos a reventar, señorita. Son las carreras de Blandford. Todas las posadas en kilómetros a la redonda están llenas.

Las condujo escaleras arriba y por un largo y oscuro pasillo, antes de detenerse frente a una puerta. La abrió y les hizo una reverencia superficial.

—Esta es su habitación, señorita, y la de la joven está al lado —bajó la voz, se inclinó hacia Sarah y le dijo—: Su salón privado está justo enfrente de la habitación de café, señorita. Yo que usted me mantendría alejada de todas las salas públicas hoy; ya hay más de un caballero en la planta baja que está un poco en sus copas, si me entiende.

—Creo que entiendo —dijo Sarah con calma—. Gracias por el aviso.

Su habitación estaba limpia y era cómoda. Su único inconveniente era su ubicación. Parecía estar directamente encima de la sala del café, y aunque el techo que separaba las dos habitaciones conseguía amortiguar la fiesta de abajo, no podía eliminar por completo el murmullo de las voces, o las repentinas carcajadas que se elevaban por encima de éstas a intervalos regulares. Suspiró. Sería inútil pedir otra habitación cuando estaba claro que no había ninguna disponible.

Sugirió a Charlotte que dieran un paseo por la pequeña ciudad de mercado. Estaba situada en lo alto de una colina y lo único destacable eran las impresionantes vistas de la campiña circundante. Como hacía demasiado calor para intentar caminar por las empinadas y empedradas callejuelas, pronto regresaron a la posada para cenar.

La alfombra del salón estaba un poco raída y el mobiliario era algo rudimentario, pero la comida era sorprendentemente buena.

El paseo pareció haberle sentado bien a Charlotte. Tenía un delicado rubor rosado en las mejillas y parecía haberse relajado.

—Me gusta esto —dijo en voz baja.

—Sí, el pollo está muy bueno —coincidió Sarah.

Charlotte se rio.

—No me refiero a la comida, señorita Hayes, me refiero a esto... —agitó la mano de un lado a otro—. Nosotras, comiendo juntas, solas. Creo que podría acostumbrarme fácilmente.

Sarah sonrió.

—Parece un día de fiesta, ¿verdad? Pero no me llames más señorita Hayes cuando estemos en privado, Charlotte. Me hace sentir muy mayor, y aunque a veces me siento así, te aseguro que sólo tengo veinticinco años. Al fin y al cabo, ya no soy tu profesora, sino tu acompañante, y somos viejas amigas, ¿no?

Los ojos de Charlotte se abrieron de par en par.

—Sí, supongo que lo somos. Y no me pareces vieja, ni mucho menos. Eres muy hermosa.

Muchas veces he querido decírtelo.

Sarah levantó las cejas, sorprendida.

—Bueno, ahora lo has hecho. Gracias.

—Y no es sólo que esto se siente como una fiesta —continuó—. Me siento más cómoda contigo que con cualquier otra persona.

—De momento, sí —dijo Sarah con cuidado—. Pero tu experiencia del mundo es muy limitada todavía, Charlotte. Estoy segura de que harás muchos amigos cuando hayas adquirido la confianza que te proporcionará el hecho de volver a formar parte de una familia.

—Puede que haga amigos —asintió Charlotte—, pero no estoy segura de que vaya a encontrar marido, ni siquiera de que lo quiera. Hablar de la situación de tía Augusta me ha hecho pensar en la mía. Soy más afortunada que ella. Tengo algo de dinero propio, lo suficiente para vivir cómodamente en cierto modo. Si no lo consigo, o no encuentro a alguien con quien desee casarme y me veo en la necesidad de una acompañante; una acompañante permanente, sería muy feliz si viniera a vivir conmigo. Diga que, al menos, lo considerará, señorita... Sarah.

Sarah sabía que debía cortar de raíz esta fantasía, pero los ojos de Charlotte brillaban con esperanza y no podía hacerlo.

—No creo que me necesites, querida —dijo suavemente—. Pero si se presenta una situación tan improbable, puedes estar segura de que no descartaré la idea de inmediato.

Charlotte pareció satisfecha.

—Ahora, retirémonos, porque creo que deberíamos levantarnos temprano.

Acababan de subir las escaleras cuando Charlotte exclamó de manera repentina:

—Oh, me he dejado el reticule en el salón.

—No importa, cabeza de chorlito. Te lo traeré en cuanto te acompañe a la puerta.

Lo encontró enganchado en la esquina de una silla. Una pequeña sonrisa de orgullo se dibujó en sus labios cuando cogió el reticule que Charlotte había confeccionado con un trozo de terciopelo azul. Estaba bellamente bordado con un círculo de rosas blancas, y sus iniciales estaban perfectamente colocadas en su interior. Deslizó el cordón por su esbelta muñeca.

—Puede que a veces seas despistada, Charlotte Fletcher —murmuró—, pero cuando te propones algo, lo consigues.

Cuando ella entró nuevamente al pasillo, un caballero de pelo castaño y ondulado, ojos grises bastante duros y semblante apuesto, salió a zancadas de la sala del café. Se detuvo bruscamente al verla. Sus miradas se cruzaron. Ambos abrieron más los ojos, sorprendidos. Sarah retrocedió un paso de manera involuntaria mientras se le hacía un nudo en el estómago y se le secaba la boca.

—¡Sarah! —dijo él, acercándose a ella.

Retrocedió unos pasos más hacia el salón, pero él la siguió y cerró la puerta, apoyándose en ésta, con los ojos absortos en su aspecto.

—Sarah —volvió a decir, esta vez más suavemente.

Ella levantó la barbilla y encontró su voz.

—Señorita Hayes para usted, señor.

Como si de pronto recordara sus modales, él se enderezó y le ofreció una reverencia superficial.

—Señorita Hayes, entonces. Me alegro de verla. ¿Qué está haciendo aquí?

Los ojos de Sarah brillaron. ¿Se alegraba de verla? ¿Cómo se atrevía? Desde luego, él no se había sentido así la última vez que ella lo había visto.

—No creo que eso sea de su incumbencia, lord Turnbull —dijo, complacida de que, a pesar

de la incómoda y caliente sensación en su interior, su voz se mantuviera fría y calmada—. Ahora, si me disculpa, hay alguien esperándome arriba.

—Que espere —dijo él, acercándose.

Sarah retrocedió unos pasos más, pero entonces sintió el borde duro e inflexible de la mesa del comedor detrás de ella. Se estremeció cuando lord Turnbull levantó la mano y le cogió la mejilla.

—He soñado contigo muchas veces a lo largo de los años —murmuró él—. Me pregunto si estoy soñando ahora.

Sarah arrugó la nariz cuando su aliento dulzón le inundó el rostro. Notó que sus ojos estaban inyectados en sangre.

—No está soñando, señor. Está borracho —dijo mordazmente—. Ahora, por favor, apártese para que pueda seguir con mis asuntos.

Él continuó como si no la hubiera oído.

—No quería dejarte marchar. Pero no tenía elección. No eras lo que yo creía.

—Entonces ambos estábamos decepcionados en ese sentido. Ahora apártese, señor.

Como él seguía sin moverse, Sarah levantó las manos, las apoyó en su pecho e intentó apartarlo. Él se limitó a reír y colocó sus manos sobre las suyas.

—No siempre estuviste tan ansiosa por escapar de mí. Te dejaré marchar, pero antes recibiré el beso con el que he soñado tantas veces.

Él soltó una de sus manos y su brazo rodeó su esbelta cintura. Sarah se echó hacia atrás todo lo que pudo, pero él se inclinó sobre ella y bajó la cabeza.

—Voy a disfrutar esto —murmuró él, cerrando los ojos.

La mano libre de Sarah rebuscó en la mesa. Aún no la habían recogido, así que sus dedos se enroscaron en el asa de una gran jarra de agua hecha de cerámica. Cuando los labios de lord Turnbull estuvieron a menos de un centímetro de los suyos, ella giró y la blandió con todas sus fuerzas en un arco lateral. Le dio en la sien y él cayó al suelo.

Sarah se enderezó y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—No tanto como yo he disfrutado de eso —murmuró.

Se volvió, sorprendida, cuando oyó una leve risita. Lord Turnbull se levantó del suelo y se sentó con la espalda apoyada en una silla.

—Zorra —dijo, tocándose la cabeza con cuidado—. Me lo merecía, supongo. Tenías razón, por supuesto. He estado bebiendo. Pero no huyas. Creo que me has hecho recuperar la sobriedad. Dime dónde has estado y qué has estado haciendo.

Sarah miró al hombre que una vez había creído amar y no sintió más que desprecio.

—No tengo nada que decirle, señor.

Se dio la vuelta y salió de la habitación con una gélida compostura. Sin embargo, en cuanto la puerta se cerró tras ella, todo semblante de calma la abandonó. Recogió sus faldas y huyó escaleras arriba, con el corazón retumbando en su pecho y una furia ardiente palpitando en sus venas. ¡Cómo se atrevía a tocarla! ¡A respirar sobre ella! ¡Hablarle! ¡Por no mencionar el intento de besarla! ¡Era un canalla, un sinvergüenza, un gusano bajo sus pies!

Sarah sabía que la propiedad del hombre se encontraba en algún lugar al norte de Sherborne, por lo que no era de extrañar que de vez en cuando pasara por aquí. Pero que estuviera aquí hoy, y que entrara en el salón en el mismo momento que ella, era indignante, absurdo, por no decir extremadamente desafortunado. El destino era cruel.

Entró en su habitación, aseguró la puerta y se dirigió al lavabo. Soltó una carcajada estridente y se echó agua fría en la cara. Creía haber superado el temperamento que el rojo de su pelo

insinuaba hacía años. Pero, al parecer, estaba equivocada. Eso solo lo había encadenado y enterrado con los recuerdos de su antigua vida. Hasta hoy, cuando la tapa de su caja de Pandora había sido abierta de un tirón, y la amargura, la ira y la traición habían salido volando.

Giró la cabeza al oír que llamaban a la puerta.

—¿Quién es?

—Sólo yo. ¿Lo has encontrado?

El suave tono de Charlotte la tranquilizó y, para cuando abrió la puerta, todo rastro de su malestar se había borrado de los suaves contornos de su rostro.

CAPÍTULO 2



Lord Seymore se paseaba de un lado a otro por el rellano poco iluminado de la casa adosada de su tía en Brook Street. No deseaba estar allí. Había tenido la intención de sorprender a Charlotte y acompañarla a ella y a la señorita Hayes a Dorset; después de todo, él había hecho muy poco por la niña a lo largo de los años. Pero la hermana de su madre, lady Cravensby, lo había frustrado.

Él había ido a la ciudad a comprar en Tattersalls un nuevo par de castaños idénticos —los caballos eran una de sus pocas extravagancias—, y había estado a punto de partir hacia Bath cuando recibió una nota en su casa en Mount Street. El último médico de su tía le había asegurado su inminente fallecimiento. Su reacción inmediata ante la noticia había sido más de irritación que de preocupación. No era la primera vez que recibía una misiva de este tipo y no se la había tomado muy en serio.

Al no haber podido dar un hijo a su lord, lady Cravensby se había refugiado a lo largo de los años tras una serie de misteriosas enfermedades, todas las cuales, estaba segura, la liberarían por fin de este cruel mundo. Sin embargo, parecía que esta vez ella iba a estar en lo cierto.

Él no sentía ningún afecto por ella y no lamentaría su muerte. Nunca había sido capaz de pensar en nadie más que en sí misma. La muerte de la madre de lord Seymore no había sido para ella más que una oportunidad para enfermarse del corazón. Y cuando lord Cravensby, quien había disfrutado de una serie de éxitos y, tal vez comprensiblemente, nunca estaba en casa, había tenido el buen juicio de morir, ese corazón se había roto para siempre.

Aun así, cuando se había convertido repentinamente en tutor de su joven prima, la señorita Charlotte Fletcher, él se había acercado a su tía para pedirle consejo y tal vez ayuda en el asunto. Él había pensado que podrían ayudarse mutuamente. Lady Cravensby podría por fin llenar el vacío que, según le había asegurado ella misma a menudo, se había creado por no haber tenido un hijo, y Charlotte tendría un hogar y la gentileza y los cuidados que sólo una mujer podía proporcionarle.

Sin embargo, esta búsqueda lo había decepcionado.

—Pero, Justin —había dicho ella con voz débil—, ni siquiera es mi pariente biológica. Es una Fletcher. ¿Y cómo se puede esperar que yo cuide de otra cuando mi propia y delicada salud es siempre tan inestable?

—¿Y yo no soy un Fletcher también, señora?

Se había sentido repentinamente débil y había recurrido a su arma favorita: las sales aromáticas.

—No seas tan provocador, Justin. Envía a la niña a la escuela.

Sintiendo que sería muy cruel enviarla lejos tan pronto, la había instalado en Winbourne, su

finca, con una institutriz. Pero su silencio había sido desconcertante y su soledad, palpable. Un amigo le había dicho a lord Seymore que su hermana había sido muy feliz en el seminario de la señorita Wolfraston, así que él la había llevado allí, con la esperanza de que pudiera beneficiarse de la compañía de otras chicas.

Entonces, su tía lo había acusado de carecer de sentimientos. Cuando él, exasperado, le había recordado que sólo estaba siguiendo su consejo, ella había sufrido un espasmo.

Pero, después de todo, el consejo había resultado ser acertado. Desde la llegada de la señorita Hayes, Charlotte parecía mucho más feliz. Ese primer año, él había esperado que su pupila pasara el verano con él en Winbourne, pero ella le había asegurado que prefería quedarse en el seminario. Cuando la señorita Wolfraston le había informado de que la señorita Hayes siempre se quedaba para cuidar de las internas que pasaban allí todo el año, él se había tranquilizado.

Al principio no se le había ocurrido que podía tratarse de la misma señorita Hayes que lo había cautivado cuando él había salido de la universidad y vivido por primera vez la temporada. Era imposible imaginar una criatura tan hermosa y enérgica viviendo una existencia tan monótona. Pero Charlotte se la había descrito en términos tan elogiosos que su curiosidad había sido despertada.

Cuando la señorita Hayes se había negado repetidamente a permitirle que le agradeciera personalmente los amables servicios ofrecidos a su prima, lord Seymore había empezado a sospechar que, en efecto, podría tratarse de ella. Él había preguntado a la señorita Wolfraston por sus antecedentes y cualificaciones. Ella no se había mostrado muy comunicativa, pero le había asegurado que era una joven muy preparada que se había movido en los mejores círculos hasta que comenzó a tener problemas financieros. Entonces, él había estado seguro. Finalmente había aceptado los deseos de la señorita Hayes, comprendiendo lo incómodo de su situación.

Lord Seymore había sido llamado de nuevo a Winbourne no mucho después del compromiso de ella con Turnbull. Poco tiempo después, olvidó su amor adolescente al descubrir que su padre había sufrido un derrame cerebral. Aunque su progenitor había permanecido perfectamente lúcido, había sufrido cierta parálisis en su lado izquierdo. Lord Seymore había pasado los dieciocho meses siguientes en casa, administrando la finca y manteniendo a su padre de buen humor. Había parecido recuperarse lentamente, por lo que su segundo ataque cerebral, mortal, fue un golpe cruel.

Él hizo una pausa y respiró hondo cuando una puerta situada más adelante en el rellano se abrió. Tal vez no tenía ningún motivo para amar a su tía, pero no podía dejarla morir sin ningún miembro de su familia a su lado.

Un hombre de patillas pobladas y semblante serio salió y asintió con la cabeza.

—Ya falta poco, señor.

Lord Seymore se acercó lentamente a él.

—¿Qué es lo que ella padece, doctor?

—Me temo que no puedo darle un diagnóstico preciso. Es una especie de enfermedad debilitante.

Asintió y entró en la habitación. Las cortinas estaban cerradas y sólo ardía una vela en una mesa junto a la cama. La habitación era lúgubre y sofocante. Un olor rancio impregnaba el aire denso y pesado. Un sacerdote estaba de pie junto a la figura en la cama, murmurando palabras de consuelo, asegurando a lady Cravensby que se encontraba a salvo en las manos de Dios. Retrocedió cuando lord Seymore se acercó.

Su pecho se agitó con lástima cuando miró a su tía. Parecía encogida en la enorme cama. Tenía el rostro demacrado y afilado, sin más color que las manchas oscuras bajo los ojos

cerrados. Tenía los labios ligeramente entreabiertos mientras inspiraba aire de forma superficial y áspera en sus fatigados pulmones.

Cubrió su mano delgada y seca con la suya, avergonzado ahora de sus pensamientos anteriores. Toda persona merecía ser llorada por alguien.

—¿Justin? ¿Eres tú?

Sus palabras eran un leve susurro. Él se inclinó más cerca.

—Estoy aquí, tía.

—Yo debería haber aceptado a esa niña, Charlotte.

—No te perturbes. Ella es lo suficientemente feliz.

Sus ojos se abrieron.

—Nunca he amado a nadie, tal vez podría haberla amado a ella. Pero siempre he sido egoísta. Nadie me recordará con bondad.

Lord Seymore vio arrepentimiento y miedo en sus ojos.

—Yo lo haré —dijo suavemente él.

—Gracias —sus ojos se cerraron y un leve suspiro escapó de ella. Su rostro se relajó y una pequeña sonrisa curvó sus finos labios.

Él se enderezó, con la mandíbula rígida, sorprendiéndose al descubrir que tenía los ojos húmedos.

—Ella se ha ido —dijo en voz baja.



Sarah y Charlotte llegaron a la residencia Priddleton al mediodía. El cielo estaba nublado y una llovizna persistente oscurecía la vista desde la ventana del carruaje. Sólo pudieron vislumbrar brevemente un imponente edificio de piedra gris antes de que el mayordomo las hiciera pasar a un enorme salón.

Sarah sintió que Charlotte se acercaba mientras sus ojos recorrían la inmensa habitación. Aunque el techo ligeramente abovedado era muy alto y la pared exterior se beneficiaba de dos ventanas altas divididas con parteluz, el revestimiento de roble que se extendía desde el suelo hasta el techo oscurecía el lugar. No había alfombra en el suelo de losa, y las sillas que se alineaban en las paredes tenían altos respaldos altos y tallados de aspecto incómodo y asientos de terciopelo raído. Una gran chimenea dominaba la pared del fondo del lugar, pero, aunque ardían en ella dos enormes leños, no se percibía rastro alguno de calor en el gélido aire.

Sarah se volvió hacia el mayordomo.

—La casa debe de ser bastante antigua, creo. Esta sala es sin duda muy impresionante.

—El gran salón se construyó a finales del siglo XV, creo, señorita —dijo con una nota de orgullo en la voz.

—Y presenta todos los inconvenientes que se derivan de ello —dijo una voz seca.

Una señora con un suntuoso turbante de color rubí se acercó enérgicamente a ellas, ciñéndose con más firmeza su chal de cachemira exquisitamente bordado.

—Por mucho calor que haga en el exterior, esta habitación permanece tan fresca como una casa de hielo.

Sarah se inclinó cortésmente y Charlotte le hizo una reverencia a su tía abuela.

—Señorita Hayes, Charlotte, bienvenidas a la residencia Priddleton. Ahora, prescindamos de las formalidades, ¡porque no las soporto! Charlotte, no puedo imaginar por qué me haces una reverencia tan profunda. No soy de la realeza. Yo era muy feliz siendo la simple señora Fancot.

Estaba muy sorprendida cuando me convertí en lady Carstairs. No tenía ninguna expectativa al respecto; después de todo, era mucho más probable que el señor Fancot y yo sucumbiéramos a los rigores del clima indio antes de que su hermano pereciera. Pero vamos, no sé por qué estoy aquí permitiendo que cojáis un resfriado terrible en este viejo y lúgubre salón.

Ella se volvió hacia el mayordomo con un brillo travieso iluminando sus ojos grises. El hombre se había puesto rígido.

—Cuando hayas superado tu indignación por mis irreverentes palabras, Riddle, ¿podrías pedirle a la señora Baines que lleve un poco de té al salón?

Riddle se inclinó, con el rostro impasible.

—No debería burlarme de él —dijo lady Carstairs, conduciéndolas a través de una puerta que salía del salón—. Pero no puedo resistirlo. Está desmesuradamente orgulloso de esta vieja casa con corrientes de aire. Aquí estamos. Creo que encontraréis esta habitación mucho más cómoda.

Aunque el salón también estaba revestido de paneles oscuros, dos ventanas grandes y anchas dejaban entrar más luz, el techo era mucho más bajo y las tablas del suelo estaban cubiertas en gran parte por una alfombra. El fuego estaba encendido y la habitación resultaba acogedora y cálida.

—Aún no me he aclimatado a las condiciones de Inglaterra —dijo lady Carstairs—. Siempre tengo el fuego encendido, pero si tenéis demasiado calor, no dudéis en apartar un poco las sillas de la chimenea.

Una vez que todas estuvieron cómodamente sentados, sus agudos ojos se suavizaron al posarse en Charlotte.

—Te pareces mucho a tu madre, querida.

Charlotte sonrió tímidamente.

—Gracias, tía abuela...

—Puedes eliminar lo de 'abuela'. No sólo es un todo un palabro, sino que me hace parecer de cien años, y es totalmente falso. Soy muchas cosas, Charlotte, como descubrirás, pero abuela no es una de ellas.

Los ojos de Charlotte se abrieron de par en par y miró a su tía abuela un poco insegura. Pero aunque su tono de voz parecía ser naturalmente severo, sus ojos contenían un humor que eliminaba el aguijón en sus palabras. Ella sonrió tentativamente.

—Así está mejor —aprobó lady Carstairs—. Puedes estar segura de que si alguna vez estoy disgustada contigo, Charlotte, no te dejaré con la duda. Pero no te he invitado aquí para intimidarte. Detesto a los matones. Lord Seymore me ha dicho que eres una mariposa pequeña y tímida, y veo que es verdad. Pero desplegaremos tus delicadas alas, hija mía, y te veremos volar.

—Haré lo que pueda, tía.

—Entonces no puedo pedir más. Después de todo, ninguna de nosotras puede cambiar su naturaleza, pero podemos aprender a controlarla y refinarla.

Hizo una pausa cuando llevaron la bandeja del té. Después de darles una taza a ambas, dirigió su mirada a Sarah.

—Señorita Hayes, tienes un aire a la vieja Berty Beaumont. Tu abuelo era amigo de lady Brabacombe, de quien yo solía ser acompañante. El único hombre que conocí que podía ponerla en su lugar. Él te llevó allí una vez cuando apenas me llegabas a la rodilla, no podrías haber tenido más de cuatro años. Nunca lo he olvidado.

—Me temo que no lo recuerdo en absoluto —admitió Sarah.

Una sonrisa perversa curvó los labios de lady Carstairs.

—Entonces te lo recordaré. Tu abuelo tenía mal genio —sus ojos se posaron un momento en

el pelo de Sarah—. Supongo que tú también tienes uno, aunque estoy segura de que has aprendido a controlarlo.

Charlotte se irguió repentinamente.

—Eso no es verdad —declaró con vehemencia—. No permitiré ni una sola palabra en contra la señorita Hayes.

—Así me gusta —aprobó lady Carstairs, pero miró con una ceja inquisitiva a la compañera de su pariente.

De pronto, Sarah se echó a reír.

—Es cierto. He sido conocida por enfadarme cuando me provocaban, pero como usted dice, he aprendido a dominar el impulso.

Golpear a lord Turnbull en la cabeza con una jarra no contaba, había sido una aberración y, después de todo, ella sólo se había estado defendiendo.

—Ya veremos —dijo lady Carstairs—. No espero que un puñado de colegialas lo ponga realmente a prueba. Además, creo que a muchos tontos les vendría mejor un severo desaire. Ahora, ¿de qué estaba hablando?

—Aunque no estoy nada segura de que me interese recordárselo, señora, estaba hablando de lady Brabacombe, creo.

—Oh, sí. Bueno, tu abuelo y lady Brabacombe estaban discutiendo sobre una cosa u otra, podría haber sido la Ley sobre traición y prácticas desleales de Pitt, no estoy segura; siempre estaban discutiendo sobre política. Las cosas subieron de tono, lo cual tampoco es raro, y ella llamó a tu abuelo pérfido radical con más pelo que ingenio. No lo dijo en serio, por supuesto, pero a ti te molestó su tono.

—No pudieron ser sus palabras —dijo Sarah con ironía—, porque no pude haberlas entendido.

—Eso quedará claro—coincidió lady Carstairs—. Te acercaste a ella, pusiste tus pequeñas manos en tus caderas y le dijiste en términos inciertos que era una vieja muy maleducada y que no había nada de malo con el pelo de tu abuelo. Después giraste sobre tus talones, volviste hacia él y le informaste de que no te quedarías en casa de la maleducada ni un momento más.

Sarah gimió.

—Qué niña tan precoz era.

Lady Carstairs soltó una risita.

—Yo que tú no perdería el sueño por ello. Tu abuelo tuvo un ataque de risa, y lady Brabacombe no tardó en unirse. Al fin y al cabo, sólo habías dicho la verdad. Ella era muy consciente de que era una anciana maleducada. Se enorgullecía de ello.

—Como usted, creo, señora.

Charlotte jadeó, pero lady Carstairs soltó una carcajada.

—Tienes razón, por supuesto. Nunca he podido soportar todos los tópicos evasivos que rigen la alta sociedad.

La puerta se abrió ante sus palabras y dos caballeros entraron en la habitación. El mayor de los dos era alto y delgado. Aunque tenía más de sesenta años, había una vivacidad en él. Bajo unos mechones gruesos y blancos, un par de ojos azules brillaban con diversión. Las profundas arrugas que los bordeaban sugerían que no le resultaba extraña la risa.

—¿Qué sabes tú de la alta sociedad, querida? La evitas siempre que puedes. O al menos lo hacías hasta que llegaste aquí.

—¡Hrmf! Hablas como si yo tuviera elección. ¡Nuestros vecinos insistirán en visitarme por mucho que los disuada! ¿Dónde has estado escondido, Carstairs? Si Riddle no te informó

inmediatamente de la llegada de nuestras invitadas, me declararé sorprendida.

—Como no deseo que sufras una conmoción tan fatigosa, querida, puedes estar segura de que nuestro diligente mayordomo desempeñó ese cometido con su habitual prontitud. Sólo quería dejarte un momento a solas.

Se volvió hacia sus invitadas, con un brillo en los ojos, e hizo una reverencia.

—Señorita Hayes, señorita Fletcher, encantado de conocerlos.

Una vez que hubieron respondido de la misma manera, él dio un paso adelante y cogió las manos de Charlotte.

—Nunca hemos sido una familia prolija, así que debo decirte, querida, que me llena de placer haber adquirido otro pariente. Espero que seas muy feliz aquí, y me encantaría que te refirieras a mí como tío Oliver.

Charlotte se ruborizó y pronunció todas las palabras de cortesía.

Él se volvió hacia el hombre que aún rondaba junto a la puerta, con los ojos fijos en Charlotte.

—Vamos, Charles, no hace falta que te quedes atrás, no sólo eres mi administrador, también eres de la familia, después de todo.

El caballero se acercó obedientemente. Era más bien fornido y de estatura promedio. Sus únicos rasgos distintivos eran un par de intensos ojos castaño oscuro y una nariz ligeramente aguileña. Este último atributo proporcionó una pista sobre su ascendencia. Una larga estirpe de Fancots, incluido lord Carstairs, la compartía.

—Permitidme que os presente al señor Fancot. Es hijo de un primo lejano mío. Gracias a su incansable vigilancia y cuidado hemos vuelto a casa con una próspera finca.

El señor Fancot parecía avergonzado por este elogio tan efusivo. Hizo una reverencia y les ofreció una pequeña sonrisa.

—No podía hacer menos cuando el difunto conde financió mi educación y me trajo aquí una vez terminada. Pero no he hecho más de lo que cualquier administrador con amor propio habría hecho, estoy seguro.

—Aunque tu modestia es loable, Charles, debo discrepar. Cuando resolvimos satisfactoriamente nuestros asuntos en la India y emprendimos el viaje de regreso, habían pasado dos años desde la muerte de mi hermano. Sin embargo, aquí todo estaba en un orden tan óptimo que nadie habría sospechado que Priddleton había permanecido tanto tiempo sin amo. Espero que Filton también esté en tan buen estado.

El señor Fancot se ruborizó.

—Es usted demasiado amable. En cuanto a Filton, hace unos días recibí una carta del señor Danesby, nuestro inquilino allí. La semana que viene volverá a Derbyshire para ayudar a su hermana viuda. Tiene un contrato de arrendamiento de cinco años sobre la propiedad que está a punto de expirar. Todo ha sucedido tan deprisa que no he tenido tiempo de informarle a usted ni de discutir lo que le gustaría hacer con la propiedad. Yo habría previsto que él renovara el contrato, así que me ha pillado un poco por sorpresa. Tendré que pasar unos días allí para ver lo que hay que hacer. ¿Quizá quiera acompañarme, señor?

—Tal vez, Charles. Es sólo medio día de viaje, después de todo.

Una señora muy pulcra vestida de negro entró en la habitación.

—He preparado un almuerzo para nuestras invitadas, milady. He pensado que tal vez les gustaría que yo las acompañara a sus habitaciones para que puedan refrescarse antes.

Lady Carstairs suspiró.

—Por supuesto, señora Baines. Yo habría mandado a buscarla en un momento o dos. Nunca

deja de sorprenderme que, aunque aquí tenemos muchos menos sirvientes, todo funcione con mucha más eficacia que en la India.

Su tono era más bien melancólico, y su marido le sonrió con indulgencia.

—Y si no me falla la memoria, querida, siempre te quejabas de que no podías moverte porque tropezabas con un criado, pero cualquier orden que dabas parecía tardar al menos media hora en ejecutarse. Sin embargo, no querías deshacerte de ninguno de ellos.

—Por supuesto que no, Carstairs. Dependían de nosotros. Era su estilo de vida. Además, todo acababa por hacerse.

Lord Carstairs sonrió al señor Fancot.

—Fue una de las razones por las que tardamos tanto en volver, Charles. Había mucha gente interesada en comprar nuestra casa jardín en Calcuta, pero lady Carstairs insistió en examinarlos a todos. Quería estar segura de que mantendrían a todos nuestros sirvientes y los tratarían de un modo que ella aprobara.

—¡No me hagas hablar de la vergonzosa forma en que muchos de nuestros compatriotas trataron a los habitantes nativos del país, Carstairs, o el almuerzo de la señora Baines se pondrá rancio en la mesa!

Sarah y Charlotte siguieron al ama de llaves fuera de la habitación.

—Os he preparado habitaciones en el ala oeste, la más nueva —les informó—. Fue añadida hacia finales del siglo XVII, y las habitaciones son más amplias y luminosas allí.

—Gracias, señora Baines —dijo cortésmente Charlotte.

El semblante severo del ama de llaves se suavizó.

—Y os he asignado una criada personal a cada una, ya que no habéis traído la vuestra. Yo misma las he entrenado, ya que lady Carstairs ha traído a su criada de la India. No tengo nada que decir en contra de ella, es muy reservada y parece muy agradable, pero no se puede esperar que sepa cómo hacemos las cosas aquí. Puede que no tengamos tanto personal en Priddleton como lady Carstairs está acostumbrada, pero tenemos suficiente.

CAPÍTULO 3



Había transcurrido casi una semana para que lord Seymore asistiera al funeral de su tía y escuchara la lectura de su testamento. Sin embargo, no podía lamentar el retraso, pues sólo él y el actual lord Cravensby habían estado presentes. Ese caballero se había sorprendido tanto como lord Seymore de que una de las muchas enfermedades de la viuda hubiera acabado finalmente con ella.

El hecho de que no hubiera mostrado un falso dolor por el fallecimiento de la esposa de su tío hablaba bien de él, y lord Seymore agradeció que no hubiera sido culpable de semejante muestra de hipocresía. Por desgracia, él tampoco había mostrado la gravedad que lord Seymore creía que la ocasión merecía. La felicidad de lord Cravensby por haber obtenido finalmente la posesión de la casa que su tío había dejado a su viuda mientras viviera, parecía gobernar todos sus actos y pensamientos. Había arrastrado a lord Seymore por todas las habitaciones principales, describiendo con tedioso detalle los cambios que él y su buena señora harían en el edificio. La única alteración en esta indecorosa demostración de entusiasmo se produjo cuando él descubrió que no iba a beneficiarse de ningún obsequio en el testamento de lady Cravensby.

Con cierto alivio, lord Seymore dejó atrás las calurosas, polvorientas y malolientes calles de la metrópoli. Sin embargo, dos días de aire campestre le devolvieron su habitual buen humor.

Al llegar a las amplias y ordenadas calles del pueblo de Priddleton, aminoró la marcha para poder observar las encantadoras chozas con tejado de paja que bordeaban el camino. Cuando llegó a la plaza, sus ojos se detuvieron por un momento en la elegante torre almenada de la iglesia. Una sonrisa se dibujó en sus labios al observar una gárgola fulminándolo con la mirada. Por alguna razón pensó en lady Carstairs.

Como todavía no había tenido el placer de conocerla en persona, no pudo evitar pensar que esa comparación era indigna de él. Pero sus cartas apenas habían contenido una pizca de cortesía; de hecho, su estilo había sido severo y condenatorio. Sin embargo, no le habían dejado ninguna duda de que ella se preocupaba realmente de Charlotte. Aun así, la persistente preocupación de que una dama tan franca e impotente pudiera asustarla lo había atormentado toda la semana. Solo el hecho de saber que la señorita Hayes sería su amiga en ausencia de él, le permitió soportar con cierta calma la perturbación de sus planes. Sin embargo, no se había entretenido en el viaje y había llegado un día antes de lo previsto.

La casa parroquial estaba a cuarenta y cinco metros al este de la iglesia. Era un hermoso edificio de tres plantas con un jardín trasero amurallado. Como todas las demás propiedades del pueblo, estaba bien cuidada. Los Carstairs parecían ser unos arrendadores concienzudos y generosos.

Lord Seymore detuvo su carruaje, divertido, al ver que un caballero se arrastraba

sigilosamente por la esquina del edificio. Esta persona miró furtivamente en dirección a la iglesia antes de escabullirse por el camino de la casa parroquial. Aunque los altos picos en el cuello de su camisa, sus pantalones bombachos rosado pálido y su abrigo azul de baño superfino no habrían desentonado en absoluto si el hombre hubiera estado paseando por St James, o caminando por Bond Street, aquí, en este rústico pueblo, él lucía fuera de lugar.

Como la atención de este caballero permanecía fija en la iglesia, no percibió de inmediato el coche de caballos que estaba parado al otro lado del camino.

—Buenos días, Bamber —dijo lord Seymore al cruzar la entrada.

El caballero dio un respingo. Sus ojos muy abiertos, sus mechones rubios y su amable semblante le confirieron el aspecto de un querubín asustado.

—Seymore —balbuceó—. ¿Qué diablos haces en este remanso?

—¿Hay alguna razón para que no esté aquí? —dijo, sonriendo.

—Ninguna en absoluto, viejo amigo. Encantado de verte. Cuantos más seamos, mejor. Dime que te estás alojando cerca de aquí —dijo, un poco desesperado.

Acostumbrado a las excentricidades de sir Horace Bamber, lord Seymore no se sorprendió en absoluto por sus comentarios un tanto inconexos.

—Así es —confirmó—. Me alojaré en la residencia Priddleton.

—Genial. Se encuentra a pocos pasos de aquí. Colega, estaba a punto de ir a The Plough a por un trago rápido. ¿Quieres acompañarme?

Sir Horace miró por encima de su hombro mientras le ofrecía la invitación. Lord Seymore siguió su mirada y vio a un caballero alto y bastante delgado, vestido con traje negro y corbata blanca, que recorría el camino desde la iglesia.

—Quizá en otro momento...

Se detuvo cuando sir Horace se apresuró a rodear el carruaje para subir a su lado.

—¿Has dicho la residencia Priddleton? Iré contigo, Seymore. Después de todo, debo presentar mis respetos a lord Carstairs. Seguro que tiene un buen vino de Burdeos, ¿no crees?

Lord Seymore hizo sonar su látigo y el carruaje se puso en marcha.

—Al no haberlo visitado antes, realmente no podría decirlo. Sin embargo, no me sorprendería que tuvieras razón. Sea cual sea el vino que tenga en su bodega, debe ser muy superior a cualquier otro que se pueda encontrar en la posada local.

—Tienes razón, por Júpiter. Menos mal que has llegado en el momento oportuno, Seymore. Pero aún no me has dicho por qué has venido. Si no lo conoces, ¿por qué visitas a lord Carstairs?

—Su esposa es la tía abuela de mi custodia, la señorita Charlotte Fletcher. Ella es, en estos momentos, una invitada en su casa.

Sir Horace arrugó el ceño, pensativo.

—Ese nombre me suena, pero no consigo ubicarla. Probablemente una de las muchas jóvenes que mi madre me presentó la temporada pasada. No recuerdo ni la mitad de ellas. Se convierte en un asunto incómodo cuando vuelvo a toparme con ellas, te lo aseguro.

Lord Seymore soltó una risita.

—No debes preocuparse en esta ocasión, Bamber. Es poco probable que conozcas a la señorita Fletcher, pues no ha debutado y hasta hace muy poco estuvo en el seminario para señoritas de la señorita Wolfraston.

Los ojos de sir Horace se abrieron de par en par.

—No me digas. Entonces he oído su nombre. Hace poco conocí a otras dos jóvenes de ese mismo seminario, en Cheltenham. Eran unas chicas muy atractivas. Mencionaron que tenían una amiga llamada Charlotte. Parecían tenerle mucho cariño.

—Me alegra oírlo. Creo que debes estar refiriéndote a la señorita Montagu y a lady Georgianna Voss, ya que esos dos nombres eran los que salían con mayor frecuencia de sus labios.

—Efectivamente —dijo sir Horace, con una sonrisa radiante—. Si se parece en algo a ellas, estaré encantado de conocerla. No se parecían en nada a las demás jóvenes que conozco.

Lord Seymore enarcó una ceja oscura. Era bien sabido que sir Horace se aterrorizaba en compañía de jóvenes damas.

—¿En qué se diferenciaban de esas otras señoritas?

—Para empezar, no eran tímidas o bobas. Me parecieron muy francas y amistosas. Sabías exactamente cuál era tu situación con ellas. Tampoco estaban a la caza de un marido. Fue muy refrescante, te lo aseguro.

—Debió haberlo sido —murmuró lord Seymore.

No hablaba por experiencia propia, ya que no iba muy a menudo a la ciudad; prefería el campo. Cuando iba, solía ser por negocios o para visitar a su sastre. En esas ocasiones solía reunirse con otros amigos a los que no les gustaba demasiado el mundo de las diversiones sociales. Sir Horace era uno de ellos, cuando su madre no insistía en que la acompañara a algún sitio, normalmente en contra de su voluntad.

La idea de que debía empezar a pensar en sentar cabeza había estado revoloteando en el fondo de la mente de lord Seymore durante algún tiempo, pero de un modo vago y nebuloso. Sin embargo, la muerte de su tía había colocado esa idea más cerca de la superficie. Le tenía mucho cariño a Winbourne, su finca cerca de Lymington, en Hampshire, y no le gustaría que cayera en manos de algún pariente desconocido que pudiera resultar tan codicioso como lord Cravensby. Tal vez había llegado su momento de establecerse.

Sin embargo, no buscaría a su novia en la ciudad. No tenía intención de cambiar sus costumbres. No tenía nada en contra de una cantidad racional de diversión; no le resultaba desconocido asistir a un concierto o al teatro, pero no deseaba cargar con una dama que fácilmente se aburriría de la vida en el campo y estaría siempre atormentándolo para que la llevara a Londres por la temporada. Buscaría una muchacha respetable y amable, que viviera en la localidad y se conformara con una visita a los salones de actos de Lymington. Se le ocurrieron al menos dos candidatas que podrían encajar en esta descripción. Y a una de ellas la consideraba una amiga. Sin duda, la amistad era una base tan buena para el matrimonio como cualquier otra cosa.

Mientras cruzaban las puertas de la residencia Priddleton, a lord Seymore se le ocurrió que, aunque sir Horace a menudo intentaba eludir los bailes que llenaban el calendario social de Londres, no se le ocurría ninguna razón para su comportamiento furtivo en un pueblo rural. Quizá había estado molestando a las doncellas locales, pero como sir Horace no era de los que se acostaban con mujeres, eso era muy poco probable.

—No quiero ser demasiado inquisitivo, Bamber, pero ¿hay alguna razón en particular por la que estés evitando al vicario? Él no parece ser excesivamente inquietante.

Sir Horace parecía un poco avergonzado.

—Es mi hermano, Loftus. Había pensado visitarlo. Intento escapar del último pariente lejano que mi madre ha invitado para suscitar mi interés.

Lord Seymore bajó la mirada hacia su amigo, con un brillo satírico en los ojos.

—Pero ahora, al parecer, estás escapando de tu hermano.

La mirada tímida fue sustituida por una de indignación.

—Creo que sí. Apenas llegué ayer, ¡y él ya ha elaborado una lista de actividades que cree que

serán buenas para mi alma! Dice que estoy demasiado preocupado por las cosas del mundo y que debería familiarizarme más con la suerte del hombre común y corriente, ¡así desarrollaré una mejor comprensión de aquellos a quienes es mi deber proteger!

Los hombros de lord Seymore empezaron a temblar.

—¿Puedo preguntar qué tareas contiene esta lista?

—Da rienda suelta a tu imaginación, Seymore —dijo sir Horace, agitando la mano en un gesto amplio—. Por otra parte, no lo hagas, pues dudo que tú, o cualquier otra persona que no esté mentalmente discapacitada, pueda considerar razonables las exigencias de mi hermano. La lista es muy completa. Todo, desde cortar leña, dar de comer a sus gallinas, recoger sus guisantes, hasta enseñar a leer a sus criados y visitar a los pobres.

Lord Seymore trató de imaginar a su amigo intentando cualquiera de estas tareas, y fracasó estrepitosamente. Pero cometió una injusticia con sir Horace al pasar por alto el último punto, como pronto descubrió.

—Le dije que había visitado el asilo para pobres de Cheltenham, por no hablar de la considerable cantidad de comida que había sobrado de un almuerzo al aire libre que yo había organizado y que luego fue llevada allí. ¿Y qué crees que dijo él?

El rostro de Sir Horace estaba muy enrojecido, y su malestar era evidente.

—No puedo imaginarlo, querido amigo. Ilumíname.

—¡Dijo que darles las migajas de mi mesa era un comienzo, pero que yo era un frívolo, un petimetre, más interesado en mi guardarropa que en el apuro de mis semejantes!

Las cejas de lord Seymore se alzaron con sorpresa.

—Eso parece un poco duro.

—¡Duro! ¡Duro! —balbuceó sir Horace, who had by now worked himself into quite a taking—. Fue más que duro. Fue impertinente, injusto y francamente incorrecto.

—Perdona que te pregunte —dijo lord Seymore en voz baja—, ¿pero has, eh, realizado alguno de estos puntos de tu lista?

—No, no he tenido la oportunidad aunque quisiera, cosa que no hago. Llegué a la mitad de la lista y pensé en suavizar el shock con una copa en The Plough. Loftus hace su propio aguamiel a base de miel. Me han asegurado que es un gusto adquirido, pero yo aún no lo tengo.

—Pobre hombre. Dime, si tu hermano es tan exigente y poco razonable, ¿qué te ha hecho visitarlo? ¿Seguramente enfrentarte a cualquier mujer que tu madre tuviera preparada habría sido la opción más fácil?

Sir Horace suspiró y sacudió la cabeza, con el desconcierto reflejado en sus ojos verde musgo.

—No pretendo entender eso. Sabes que tengo mala memoria, Seymore, pero no tanta como para olvidar cómo se comporta mi propio hermano. Normalmente es un buen tipo. Le gusta mofarse de mí de vez en cuando, pero de una manera suave.

—Entonces, tal vez sea eso —sugirió lord Seymore—. Él está bromeando a costa tuya.

Sir Horace se lo pensó un momento y luego una expresión de alivio se dibujó en su rostro.

—¡Por supuesto! ¡Tiene que ser eso! No puede haber otra explicación. A menos que ese hidromiel lo haya vuelto frívolo y sacado de quicio, lo cual no me sorprendería, pues la bebida es tan potente como desagradable.

—¡Oh ho! Entonces, ¿has probaste una buena cantidad?

Sir Horace no comprendió su ironía.

—Habría sido descortés no hacerlo.

Lady Carstairs no recibía visitas los viernes, por lo que Riddle no esperaba ninguna. Él había

informado al nuevo lacayo de que necesitaba comprobar las existencias de la bodega y que no deseaba ser molestado. Aunque hacía poco que lo habían contratado, el lacayo sabía que eso significaba que el hombre dormiría la siesta y lo reprendería si era molestado.

Él sabía que esperaban una visita al día siguiente, y no se alteró demasiado con la llegada de lord Seymore, de quien sabía que era el tutor de la señorita Fletcher, pero sus ojos se abrieron de par en par al ver a sir Horace. Él tragó saliva. Se resistía a incomodar al caballero de tan buen aspecto, pero temía aún más molestar a lady Carstairs durante un viernes con un invitado inesperado.

Sin embargo, para cuando recuperó la cordura, los dos caballeros habían pasado junto a él y le estaban ofreciendo sus sombreros. La oportunidad de negarle la entrada había expirado.

—Creo que lady Carstairs me está esperando —dijo lord Seymore con amabilidad, mientras el lacayo seguía extrañamente paralizado frente a él.

Una mirada resignada cruzó el rostro del joven. Dejó los sombreros sobre una mesa bien situada e hizo una reverencia.

—Por supuesto, señor. Por aquí.

Los condujo escaleras arriba y a lo largo de una galería con cuadros de los antepasados Carstairs. Era difícil saber si los numerosos ojos que los seguían miraban hacia abajo con expresiones de benevolencia o de altanería, ya que el revestimiento oscuro que predominaba en la parte más antigua de la casa parecía absorber la poca luz que había.

El lacayo se detuvo un momento ante una gran puerta adornada de hierro y respiró hondo. La abrió y anunció la llegada de los invitados, y solo un ligero cambio en su voz arruinó la impasibilidad que se había esforzado por mantener.

Lord Seymore y sir Horace entraron en la habitación, con la sonrisa congelada en los labios ante el inesperado cuadro frente a ellos. Las paredes oscuras estaban cubiertas con franjas de cortinas claras. En ellas se había bordado minuciosamente una escena extraña y exótica. Un largo río serpenteante fluía de una franja a otra. Estaba salpicado de embarcaciones, desde largos y estrechos botes de remos con los extremos volcados hasta barcos de tres mástiles. Mariposas coloridas se posaban en flores desconocidas o revoloteaban en el aire, elefantes deambulaban por los arcos de los árboles banianos y tigres acechaban entre largas briznas de hierba.

Igual de exótica era la esbelta dama de tez morena, vestida con una larga túnica roja que caía hasta sus tobillos rodeados de pequeñas campanas. Se balanceaba con gracia al son de un instrumento de cuerda de cuello corto. El instrumento más parecido a éste que cualquiera de los dos caballeros había visto era un violín, pero el cuerpo tenía forma de caja y se sostenía verticalmente frente al intérprete, quien movía el arco de un lado a otro sobre las cuerdas.

La intérprete era lady Carstairs. También vestía una larga túnica de muselina roja, decorada con hilos de oro en el dobladillo. En la cabeza llevaba un turbante verde. Tenía los ojos cerrados mientras el instrumento emitía una melodía grave e inquietante.

La bailarina y lady Carstairs tardaron un momento en darse cuenta de la intrusión, pues estaban muy concentrados en su actuación. Pero Charlotte se levantó de un salto y se acercó con las manos extendidas.

—Justin. No te esperábamos hasta mañana.

Sus labios se relajaron en una sonrisa más natural al contemplar el rostro de su custodia. Se sintió gratificado al ver que en sus ojos brillaba un genuino placer por su llegada. Inmediatamente se dio cuenta de que sus temores habían sido injustificados. Un rápido vistazo a la habitación le había informado de que la señorita Hayes no estaba presente, pero Charlotte no mostraba ningún signo de inquietud por estar sola con su tía, ni de incomodidad por verse

descubierta en una situación tan inusual.

—Brinoo, la criada de lady Carstairs, me ha estado enseñando algunos bailes de su país. Nunca he visto nada tan elegante y hermoso.

Lord Seymore levantó la mirada hacia la criada, pero ésta apartó la cara y salió corriendo de la habitación. Lady Carstairs se puso en pie, con el ceño fruncido, y él se inclinó respetuosamente ante ella.

—Siento haber puesto fin a su interpretación antes de tiempo, señora. Parece usted muy hábil con ese instrumento. Creo que nunca he oído nada parecido.

—Es un sarangui —dijo ella, mirándolo de cerca—. Entonces, ¿no se opone a que exponga a su custodia a la cultura india?

Lord Seymore parecía sorprendido.

—¿Por qué no iba usted a compartir con ella algunos de sus conocimientos? Admito que sólo vi un poco de la danza, pero no vi nada objetable en ella.

—Eso es porque no había nada que objetar, lord Seymore, si usted tiene una mente abierta. Parece que la tiene. Me alegro. No es usted el tonto que esperaba.

Su divertida mirada recorrió su inusual, aunque muy femenino vestido, y se posó en su rostro. Ella se mantuvo muy erguida y levantó la barbilla en respuesta a su atento escrutinio. Los ojos grises plateados de la mujer contenían un atisbo de desafío. Le pareció muy bella. Desde luego, ella no se parecía en nada a la gárgola de la torre de la iglesia.

—Y usted, señora, tampoco es exactamente lo que esperaba. Lamento haber avergonzado a su criada.

—Eso ya no se puede evitar, pero es desafortunado. Esta habitación es para mi uso privado. No recibo visitas aquí. Brinoo es muy modesta. Nunca habría accedido a la interpretación si hubiera pensado que habría algún peligro de que nos interrumpieran. No puedo pensar cómo es que usted ha sido traído aquí. He dejado muy claros mis deseos al respecto.

—Ah, eso explica por qué su lacayo parecía desconcertado a nuestra llegada.

Lady Carstairs miró hacia la puerta abierta, pero el joven había logrado escapar.

—¡Ja! Ha salido corriendo. Pero es Riddle, mi mayordomo, quien tendrá que dar algunas explicaciones —dijo con cierto entusiasmo.

Lord Seymore sintió compasión por Riddle.

—¿Puedo presentarle a mi amigo, sir Horace Bamber, señora?

La mirada de lady Carstairs giró en su dirección, deteniéndose por un momento en su elegante vestimenta.

—¿Bamber? ¿Es usted pariente de nuestro digno vicario?

—Hermano, señora. Estoy visitándolo. Pensé en venir y presentar mis respetos. No pretendía importunar.

—No, estoy segura de que no. Pero el hecho es que lo ha hecho y, sin duda, se ha formado una opinión muy extraña de mí.

Sir Horace pareció sorprendido.

—No me he formado ninguna opinión, señora. Ni se me ocurriría hacerlo. No soy nadie para hacerlo. Pero ahora que lo pienso, ese vestido es muy favorecedor. Inusual, pero muy llamativo. Supongo que está de moda en la India.

Al ver el brillo satírico en los finos ojos de lady Carstairs, y sintiendo la certeza de que estaba a punto de destruir a su amigo con un comentario mordaz, lord Seymore intervino.

—Charlotte, sir Horace ha conocido recientemente a tus amigas, la señorita Montagu y lady Georgianna, en Cheltenham.

Charlotte le sonrió tímidamente.

—Pero eso es maravilloso. Por favor, siéntese conmigo y cuénteme cómo les va a ellas.

Lady Carstairs miró a lord Seymore con reticente aprobación y soltó una risa suave.

—¿Salvando al cordero del matadero?

Lord Seymore le dedicó una sonrisa encantadora.

—Él ya ha sufrido mucho este día, señora.

Él procedió a relatar los entretenimientos que le esperaban a su amigo. Lady Carstairs soltó una carcajada.

—Yo daría mucho por poder ser testigo de la ejecución de cualquiera de estas tareas. Si no fuera tan tonto, sentiría lástima por él.

Lord Seymore dirigió una rápida mirada en dirección a su amigo, pero Charlotte y él mantenían una profunda conversación y no parecían haber oído el comentario de lady Carstairs.

—Parece creer que el mundo está plagado de tontos, señora. Puede que el entendimiento de sir Horace no sea más que moderado, pero yo no lo llamaría tonto. Y sí lo compadezco. Sir Horace Bamber es uno de los hombres más amables que conozco. No hay nada que él no haría por un amigo.

Los labios de Lady Carstairs se crisparon.

—Usted no tiene miedo de confrontarme, ¿eh? Bien. No soporto a los pelotilleros. Tendré que creer en su palabra, supongo. Por cierto, estoy muy contenta con la señorita Hayes. Su juicio ha sido acertado. Es muy buena compañía para Charlotte y para mí.

—Me alegra oírlo, señora. ¿Ella no deseaba disfrutar de esta tarde de cultura india?

—No tanto como deseaba ir a montar. ¿Y quién puede culparla? Estar recluida en ese seminario durante tanto tiempo debió haber sido una tortura para alguien tan naturalmente vivaz.

CAPÍTULO 4



Sarah estaba segura de que habría disfrutado mucho del entretenimiento planeado por lady Carstairs, pero deseaba potenciar el vínculo afectivo que estaba creciendo rápidamente entre Charlotte y su tía. Se había convertido en una experta en encontrar excusas para dejarlas solas durante unos momentos. Estaba segura de que lady Carstairs era muy consciente de su motivación, pues cuando descubría repentinamente que había extraviado algún pequeño objeto, o que tenía un ligero dolor de cabeza y debía recostarse un rato, la mujer le dirigía una mirada muy cómplice.

Sin embargo, hoy ella no había tenido que inventar ninguna excusa. Cuando lord Carstairs la había encontrado deambulando por sus establos, discutiendo con entusiasmo con Greeves, su encargado de los establos, las sutilezas de las numerosas y magníficas monturas que allí había, él había insistido en que Sarah se sintiera libre de hacer uso de ellas, si así lo deseaba.

—Parece que usted conoce bien a los caballos —dijo él, sonriendo—. Y sabrá que necesitan ejercicio. Me hará un favor, señorita Hayes, si los saca a pasear de vez en cuando.

Lady Carstairs no se había opuesto.

—Por supuesto que debes ir. Has estado encerrada demasiado tiempo. Todos los viernes es mi día de la India, así que tendrás muchas más oportunidades de aprender algo sobre el país y su gente.

Sarah eligió una vivaz yegua negra.

—Ella es un poco juguetona, señora —advirtió Greeves mientras él se inclinaba y juntaba las manos para acercarlas a las botas de Sarah—. Necesita una buena carrera.

—Yo también —dijo Sarah, saltando a la silla de montar.

Mientras acomodaba la pierna sobre el estribo y sujetaba las faldas del traje de montar, el inquieto caballo bailó de lado sobre los adoquines, sacudiendo la cabeza.

—Paciencia —dijo Sarah con suavidad, sujetando las riendas ligera pero firmemente, mientras ejercía una suave presión con la pierna izquierda.

—Usted lo logrará —dijo Greeves con aprobación—. ¿Está segura de que no quiere que la acompañe, señorita?

Sarah sonrió con confianza al hombre.

—No, pero gracias. No saldré de los terrenos.

La casa estaba situada en muchos acres de campo ondulante, y una vez que ella y la yegua se hubieron acostumbrado la una a la otra, le cedió el control. Una amplia sonrisa curvó sus gruesos labios mientras volaban juntas sobre la hierba. ¡Cómo había echado de menos esta sensación de libertad! El simple placer de sentir la brisa en la cara mientras la tierra pasaba a toda velocidad bajo sus pies.

Por un momento, le pareció oír el ruido sordo de otro par de cascos golpeando el césped. Giró la cabeza y su sonrisa se desvaneció. No había nadie, sólo el fantasma de un recuerdo. ¿Cuántas veces se había girado y se había encontrado con los ojos brillantes de su padre? Muchas, muchas veces. Suspiró y olvidó el recuerdo, no le serviría de nada. Parpadeó rápidamente y soltó una suave risita. Sin duda, su padre no habría aprobado el repentino brillo de lágrimas en sus ojos.

Aminoró la marcha al acercarse a un puente que cruzaba un ancho río. Desmontó, condujo al caballo a una pequeña playa de guijarros y lo dejó beber. Contempló el rápido movimiento del agua durante un momento y luego se sentó en la orilla cubierta de hierba, permitiendo que sus pensamientos divagaran.

Aunque el deber de cuidado que sentía por Charlotte la había traído hasta aquí, no sabía si había sido una decisión acertada. Lady Carstairs insistía en tratarla como a una valiosa invitada y no como a una simple profesora o acompañante. Cuando había bajado a cenar esa primera noche, con un vestido simple, oscuro y de cuello alto, la mujer la había apartado y la había regañado.

—Tu abuelo se revolcaría en su tumba si pudiera verte. Eres la hija de un barón, sea cual sea la desgracia que te haya ocurrido. Mientras estés en mi casa, te vestirás como tal. Me deprime verte ataviada de un modo tan lúgubre.

A Sarah no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Incluso la señorita Wolfraston le dejaba mucho margen de libertad, y no era raro que su empleadora le concediera autoridad en algunos asuntos. Siendo una dama astuta, reconocía que la señorita Hayes tenía una comprensión de la calidad mucho mejor que la suya y, ciertamente, no deseaba enemistarse con su maestra más dotada.

Sarah se había mantenido firme y había informado fríamente a lady Carstairs de que no podía acceder a esta petición, aunque lo deseara, ya que todos sus vestidos viejos estaban acumulando naftalina en los baúles que guardaba en el ático de la señorita Wolfraston.

—Ya veo —había dicho lady Carstairs, pensativa—. Bueno, supongo que tendré que acostumbrarme, entonces.

Cuatro días después, sus baúles habían llegado. Sarah había entrado en su dormitorio para descubrir a Frampton, la criada que le habían asignado, desempacando alegremente.

—Nunca he visto tantos vestidos hermosos, señorita. Algunos necesitan algunos retoques, pero nada que no se pueda arreglar con un poco de encaje o un par de cintas.

Su criada se había quedado estupefacta cuando la señorita Hayes, de modales normalmente apacibles, había girado sobre sus talones y salido de la habitación. Después de un largo rato de búsqueda, había encontrado a lady Carstairs en el jardín egipcio, llamado así porque contaba con una serie de altos setos esculpidos en forma de pirámide. Ella había estado cortando con cuidado algunos brotes sueltos que desmejoraban su pulcra apariencia.

—Me gusta mucho la jardinería —había dicho suavemente.

—Supongo, señora, que es porque le gusta controlar todo y a todos a su alrededor.

Lady Carstairs había observado el creciente color de Sarah, y luego había bajado la podadera.

—Eso es incorrecto, señorita Hayes. Tengo muchos defectos, estoy segura, pero ése no es uno de ellos. Ambas sabemos lo que es estar a la entera disposición de otra persona, y estoy segura de que a ti te ha desagradado tanto como a mí. Pero admiro la belleza en sus muchas formas. Eres muy hermosa, como estoy segura que sabes. Me agrada más ver a una vieja que viste como jovencita que a una señorita vestida como vejestorio.

Sarah había visto tanto compasión como comprensión en los ojos de lady Carstairs y su enfado se había disipado.

—Lo siento, señora. No debería haberle hablado así.

Lady Carstairs había sonreído.

—El mal genio saldrá, ¿eh? Me atrevería a decir que piensas que me he tomado una gran libertad al mandar a buscar tus cosas.

—Pues sí, señora. Lo creo —había dicho en tono más suave—. Pero no es eso. Debe entender que esa parte de mi vida ha terminado. Lo he aceptado. Me he esforzado mucho por hacerlo y asumir el papel que ahora me corresponde. Me sentiría casi como una impostora si me pusiera los adornos de mi antigua vida.

—Eso es una tontería —había dicho lady Carstairs con cierta aspereza—. La joven que he visto de pie ante mí con fuego en los ojos es la verdadera Sarah Hayes. La señorita Hayes del seminario para señoritas Wolfraston es la impostora. No puedes negar tu naturaleza, niña. Has apagado tu espíritu, pero sigue ahí, una brasa incandescente esperando a encenderse. Si te encuentras en un lugar oscuro, enciende una lámpara, no la apagues. Te han repartido una mala mano de cartas, querida, pero la forma de jugarlas depende de ti.

Sarah había soltado una carcajada.

—¿Qué sugiere que haga? ¿Que utilice todas mis galas y me busque marido? ¿Casarme con un hombre simplemente por interés y vivir con él sin ningún tipo de afecto?

—Permíteme decirte, señorita Hayes, que es muy posible que conozcas a un hombre por el que puedas sentir algo de afecto. Pero no hay ninguna posibilidad si te recluyes. Porque eso es exactamente lo que has estado haciendo. Tienes mucho orgullo, y parte de él es falso.

Sarah había jadeado.

—Pensé que mi comentario te haría sentir menos segura de ti misma. No veo ninguna razón para que te pongas fuera del alcance de los que son como tú. Estoy segura de que podrías encontrar muchas situaciones agradables si lo intentaras. No sólo las viejas cascarrabias necesitan compañía.

—Entonces, ¿por qué se quedó con una por mucho tiempo, señora?

Había pensado que por fin había hecho que su oponente pareciera estar equivocada en esta batalla verbal. Pero lady Carstairs no se había inmutado.

—Nunca he sido hermosa —había dicho, con un poco de tristeza—. Y tenía muy pocas posibilidades de encontrar marido y encariñarme con él. Al menos, no uno al que pudiera tolerar. Además, llegué a encariñarme con lady Brabacombe. Ella me divertía. Pero cuando tuve una oportunidad, la aproveché.

—Sí, y usted encontró al señor Fancot —había dicho ella, con suavidad.

—En efecto. Y si yo pude encontrar un marido por el que sentía, y aún siento, un gran afecto, ¡tú también puedes!

Lord Turnbull había aparecido en su mente, haciéndola fruncir el ceño.

—Oh, sé que ya te han lastimado. Me he ocupado de averiguarlo. Y antes de que vuelvas a subirte a las cuerdas, mis averiguaciones fueron muy discretas. Después de todo, yo tenía que saber quién estaba a cargo de Charlotte.

Sarah se había quedado mirando a su ingeniosa anfitriona durante un momento, y luego se había echado a reír.

—Es usted una anciana intratable y entrometida —había jadeado.

Lady Carstairs lo había aceptado como un cumplido, sonriendo ampliamente.

—Lo admito por completo. Excepto eso de anciana, pues aún no he llegado a la tercera edad, jovencita.

Al recuperar la compostura, Sarah había sonreído y dicho:

—Estoy demasiado agotada para seguir discutiendo con usted. Pero si cree que voy a ponerme todas mis galas, se equivoca.

Lady Carstairs le había dedicado una sonrisa de suficiencia.

—Tendrás que hacerlo, querida.

—¿Oh? ¿Y eso por qué?

—Porque, señorita Hayes, me he tomado más libertades de las que crees. Te he quitado todos tus vestidos desaliñados y los he guardado en un lugar seguro.

Sarah soltó una carcajada al recordar ese argumento contundente. Afortunadamente, su sentido de lo ridículo había superado su indignación. Después de ese encuentro, se habían hecho muy amigas.

Tras un período de tranquila reflexión, tuvo que admitir que había algo de verdad en las afirmaciones de lady Carstairs. No había tenido la madurez necesaria para aceptar con humildad su caída en desgracia. Su estrella había brillado intensamente durante un breve periodo de tiempo, y ella había pensado que sería menos doloroso que se apagara por completo en lugar de dejar que se desvaneciera lentamente.

Pero, por muy agudas que hubieran sido las observaciones de lady Carstairs, esperaba completamente volver al seminario de la señorita Wolfraston después de esta pausa. Pero no sería una transición fácil. En cuanto la suave seda de uno de sus vestidos de noche se había deslizado sobre su piel, se había sentido como la Sarah de antes. Pero a su regreso tendría que volver a apartarla, junto con el vestido.

Suspiró. Eso no ocurriría hasta dentro de un tiempo. Ya se ocuparía de ello cuando llegara el momento. Por ahora, disfrutaría de esta emancipación temporal de su monótona existencia. No era como si tuviera muchas opciones; ¡Lady Carstairs era una fuerza fuera de su dominio!

El suave empujón de un hocico la sacó de su ensueño. Le provocó cosquillas detrás de las orejas al caballo.

—Tienes razón —murmuró—. Ya era hora de que volvamos.

—Buenas tardes, señorita Hayes.

Levantó rápidamente la mirada y vio al señor Fancot de pie en el borde de la orilla suavemente inclinada.

—Buenas tardes, señor —dijo ella, levantándose rápidamente—. Me ha asustado. Estaba soñando despierta.

Él sonrió.

—Eso deduje cuando usted no respondió a mi primer saludo. Pensé que necesitaría ayuda para volver a montar.

—Qué considerado de su parte —dijo ella, llevando a su caballo de vuelta a la orilla.

Él la subió con facilidad.

—El camino de vuelta a la casa a través del bosque es agradable. ¿Quiere que le muestre el camino?

—Gracias, sí. Creo que ya he estado bastante tiempo al sol.

Ella lo siguió por el puente y se adentró en los árboles que marcaban el límite del bosque. Unos metros más adentro, había un sendero lo bastante ancho como para que cabalgaran uno al lado del otro. Los árboles se arqueaban sobre ellos, proyectando divinamente una fresca y moteada sombra sobre el áspero sendero.

—Se le dan bien los caballos, señorita Hayes. Nyx no siempre se porta tan bien con un extraño. Más de un mozo de cuadra ha sido derribado al ejercitarla.

—¿Nyx? —su ceño se frunció por un momento—. Ah, entiendo. Diosa de la noche.

Las cejas del señor Fancot se alzaron.

—Bien hecho, señorita. Ella no es una de las deidades más conocidas. No habría pensado que usted enseñaría cosas de ese estilo en su seminario.

—No lo hago —dijo secamente Sarah—. Es una lástima. Pero mi padre intervino en mi educación. Él pensaba que una mujer debía ser capaz de mantener una conversación racional sobre una amplia variedad de temas.

Un crujido en la maleza hizo que Nyx avanzara furtivamente. El señor Fancot intentó coger su brida, pero Sarah le lanzó una mirada feroz.

—No lo haga —dijo de modo cortante—. No estoy en problemas, como puede ver.

—Perdóneme, señorita —dijo él, bastante rígido.

—No hay nada que perdonar —dijo ella con más suavidad—. Mi padre insistía en que aprendiera a manejar una variedad de monturas de su establo, sin importar sus temperamentos. Él solía decir que si yo no podía, merecía ser derribada.

El señor Fancot pareció bastante sorprendido por esta revelación.

—¿Y fue derribada?

Sarah se rio.

—Por supuesto. Pero aprendí rápido, así que eso se volvió muy poco frecuente.

Cuando empezaron a moverse, otro crujido salió de los arbustos. Un ciervo saltó y corrió por un sendero más pequeño. Sarah lo siguió con la mirada y vio una brecha entre los árboles. Vislumbró un tejado de paja y una ventana. Le pareció ver una figura oscura detrás de la gran cantidad de pequeños cristales.

—¿Quién vive ahí?

—Mi madre y yo, señorita. Es la residencia de la viuda. Yo tenía habitaciones en el ala este del salón, pero cuando mi padre murió el año pasado, traje a mi madre aquí y me mudé a la casa con ella.

—Lo entiendo, debió haber sido mucho más cómodo que andar por Priddleton solo.

¿Cuántas veces en los últimos años había anhelado tener su propia casa? A menudo había pensado que estaría satisfecha con una cabaña acogedora en un claro boscoso. Sus labios se crisparon. Se había estado engañando a sí misma, por supuesto. Se habría aburrido muchísimo.

El señor Fancot cambió de tema.

—¿La señorita Fletcher sabe andar a caballo? Tenemos una yegua dócil en los establos que sería muy adecuada para una joven.

—No —dijo Sarah—. Es muy amable de su parte pensar en ella, pero estoy segura de que ella no lo disfrutaría. Es un poco tímida, y creo que le asustaría la idea de subirse a una criatura tan grande.

—Por supuesto. Ella tiene una naturaleza tan apacible que yo debería haberlo adivinado.

Mientras trotaban hacia el patio, lord Carstairs, lord Seymore y otro caballero que ella no reconoció salieron de los establos.

Sarah sintió que se le calentaban las mejillas. Se había preparado para este encuentro, pero no había esperado tener que enfrentarse a él. Lord Seymore se acercó rápidamente a ella como si fuera a ayudarla a bajar. Sarah cogió las riendas con la mano derecha, retiró el pie del estribo, pasó la pierna derecha por encima del borrén delantero y giró para sentarse de lado. Pero antes de que él pudiera alcanzarla, ella saltó y giró hábilmente en el aire, aterrizando con habilidad para luego darle palmaditas a Nyx.

—Bravo —dijo lord Carstairs—. Nunca he visto a una mujer desmontar de semejante manera, pero usted lo ha hecho muy bien, señorita Hayes.

—Madre mía —exclamó sir Horace—. Nunca he visto nada igual. Maravilloso, eso es lo que es.

El señor Fancot seguía sentado a horcajadas sobre su caballo. Le sonrió a Sarah.

—¿Otra enseñanza de su padre?

—No, he aprendido yo sola. No creo en depender de los demás para cada pequeña cosa.

Al girarse, sus ojos colisionaron con los de lord Seymore. Hacía siete años que ella no lo veía y, aunque lo había reconocido a primera vista, ahora veía que el tiempo lo había cambiado. A Sarah le parecía muy injusto que la naturaleza a menudo distinguiera y embelleciera a los hombres a medida que envejecían, mientras que a las mujeres les robaba el esplendor de la juventud.

Sus ojos azules eran más oscuros de lo que ella recordaba, y estaban rodeados de finas líneas. Su mandíbula era más cuadrada, y su barbilla albergaba un hoyuelo que Sarah no recordaba.

—Creo que ya conoce a lord Seymore, señorita Hayes —dijo lord Carstairs.

Sarah asintió.

—¿Cómo está usted, señor?

Lord Seymore hizo una reverencia. Su sonrisa también era mucho más encantadora de lo que ella recordaba.

—Me encuentro muy bien, señorita Hayes. Espero que no me considere descortés si no le pregunto cómo se encuentra. Veo que se encuentra en perfecto estado de salud.

No estaba del todo segura de concordar con él, pues su pulso se agitó repentinamente. Fue un alivio para ella que su presentación ante sir Horace la liberara de la necesidad de dar cualquier tipo de respuesta. La sonrisa de Sarah, más bien dura, se relajó hasta convertirse en algo más genuino al contemplar el animado semblante del hombre.

—Es un placer conocerla, señorita. Desearía que Inglaterra estuviera rebosante de maestras como usted, pues debo decirle que recientemente he conocido a tres de sus alumnas: la señorita Montagu, lady Georgianna y ahora la señorita Fletcher. ¡Chicas muy elegantes, todas ellas! ¡Siéntase orgullosa!

Los ojos de Sarah bailaron con diversión.

—Estoy encantada de oír que usted piensa así. Pero no puedo atribuirme todo el mérito de sus cualidades. Todas habrían sido buenas chicas con o sin mi intervención.

Ella se volvió hacia lord Carstairs.

—Debo agradecerle, señor. Hacía mucho tiempo que no me divertía así. Ahora, si me disculpáis, debo entrar. La señorita Fletcher se preguntará qué ha sido de mí. No tenía intención de permanecer fuera tanto tiempo.

Acababa de cambiarse cuando llamaron ligeramente a su puerta. Frampton la abrió y Charlotte entró a trompicones en la habitación, con un brillo de emoción en los ojos.

Sarah sonrió a su protegida.

—¿Y bien, querida? Veo que estás llena de noticias.

—Lo estoy. Mi primo ha venido.

—Lo sé. Acabo de verlo.

—¿Y él te ha agradado? —preguntó, ansiosa.

—Ha sido muy educado —dijo con cautela.

Charlotte parecía un poco decepcionada, pero se animó al cabo de un momento.

—Ésas no son todas mis noticias. Él ha traído a su amigo, sir Horace, de visita.

—¿Y él te ha agradado? —dijo Sarah, interesada en oír la opinión de su protegida sobre un caballero tan entusiasta.

Ella se rio.

—Sí, mucho. Hay algo en él que es muy abierto y...

Sarah levantó una ceja.

—¿Y?

—Bueno, adorable, supongo. Aunque es una forma extraña de describir a un caballero.

—En absoluto. Yo también acabo de conocerlo y creo que es una descripción muy acertada.

Supongo que te habrá dicho que hace poco conoció a Marianne y Georgianna.

Ese brillo de emoción iluminó nuevamente los ojos de Charlotte.

—Sí, él me ha contado todo sobre ello. Él estaba en Cheltenham con su amigo lord Cranbourne, que es conde. Conocieron a lady Brancaster, Marianne y Georgianna en un baile. Dijo que lord Cranbourne parecía muy prendado de Marianne, ¡y que él los había invitado a todos a su finca de Wiltshire para una fiesta en su casa! Aunque yo esperaba debutar con Marianne, ¿no sería maravilloso que se convirtiera en condesa?

Sarah sonrió.

—Sí, supongo que sí, porque Marianne nunca se casaría si su corazón no estuviera comprometido. Debo admitir que sentiría curiosidad por conocer al hombre que pudiera conquistar su corazón o soportar su comportamiento franco y sus ocurrencias impredecibles. Pero no le des importancia a esta invitación, Charlotte. No quisiera decepcionarte cuando ella te escriba quejándose de que él es un estirado engreído. Después de todo, la vida no es un cuento de hadas.

Charlotte se negó a dejarse abatir.

—Ya veremos. A veces eres muy desconfiada, Sarah. Le creo a sir Horace cuando dice que rara vez ha visto a su amigo comportarse tan bien o ser tan diligente en sus atenciones hacia una joven.

Se dio la vuelta y salió de la habitación. Sarah la siguió con la mirada en un silencio atónito. Al cabo de un momento, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. El tono de Charlotte había tenido cierta reprobación. Ésta no era la chica tímida y asustadiza a la que había vigilado durante los últimos cinco años. El afecto de lady Carstairs ya había hecho maravillas en su confianza. Parecía que su franqueza también se le estaba contagiando. Ignoró con firmeza el ligero nudo en el estómago. Estaba segura de que se alegraba mucho de que Charlotte pronto pudiera prescindir de ella.

CAPÍTULO 5



Un hombre bajito y más bien regordete, de mejillas sonrosadas, estaba de pie con los brazos extendidos y un abrigo cuidadosamente aferrado entre sus manos. Una ligera arruga se dibujó en su ceño, y miró ansiosamente a su empleador.

—Ejem.

Lord Seymore se sobresaltó y le dirigió una sonrisa de disculpa a su ayuda de cámara.

—Lo siento, Tench. Estaba a kilómetros de distancia.

—¿Es por su chaleco, señor?

—¿Mi chaleco? —se miró al espejo, con una expresión de desconcierto en su ceño fruncido—. No veo nada malo en mi chaleco.

Tench parecía aliviado.

—Me alegro, señor. Esta noche he elegido el negro liso, porque siempre pienso que realza a la perfección su abrigo color burdeos, además de ser una adecuada muestra de respeto hacia su tía.

Lord Seymore miró a su ayuda de cámara con cierta sorpresa.

—¿Te sientes bien, Tench?

—Sí, señor. Es sólo que estuve tanto tiempo mirando su chaleco en el espejo, que pensé que tal vez no le gustaba.

—¡Tench! ¿Cuándo he interferido yo en tus decisiones sartoriales? Te pago un buen sueldo por hacerlas.

Su ayuda de cámara suspiró.

—No me atrevo a contradecirlo, señor, pero usted interfirió cuando le presenté el hermoso chaleco de seda con las flores rosadas exquisitamente bordadas.

Lord Seymore soltó una carcajada.

—Creo que lo hice.

—Y usted se negó rotundamente a ponerse los pantalones Petersham de rayas amarillas y azules.

—¡Eran ridículos!

—Pero no había nada objetable en los verdes...

—¡Basta, Tench! Si deseabas convertirme en un hombre bien vestido, debiste haberte dado cuenta hace tiempo de que tu ambición estaba destinada al fracaso.

—No en un hombre bien vestido, señor —protestó Tench—. Su sastre confecciona al hombre bien vestido, pero usted, señor, confecciona a su sastre. Usted daría distinción a cualquier cosa que vistiera.

Sus palabras no fueron pronunciadas de manera obsequiosa, sino con una sencillez sincera,

como si se tratara de una afirmación más que de una opinión.

Lord Seymore sonrió con compasión a su ayuda de cámara.

—Debo de ser una dura prueba para ti, Tench. Me sorprende que no me dejaras hace años y encontraras a otro que te diera la oportunidad de desarrollar tu arte.

Tench se encogió de hombros.

—Eso no tendría sentido, señor. Es raro toparse con un caballero que tenga a la vez una excelente figura y un carácter ecuánime. Ni una sola vez me ha tirado una bota a la cabeza por imaginar que tenía la huella de un pulgar, ni me ha amenazado con despedirme cuando su pañuelo no estaba almidonado a su gusto, ni me ha golpeado por descubrir una arruga en su abrigo. En resumen, señor, es usted un excelente amo.

Recogió la ropa descartada de lord Seymore e hizo una reverencia.

—¿Eso es todo, señor?

—Creo que es más que suficiente —dijo secamente.

Cuando la puerta del vestidor se cerró tras su ayuda de cámara, volvió a mirarse en el espejo. Pero no se vio a sí mismo, sino un par de ojos verdes ligeramente desafiantes.

Había estado deseando reencontrarse con la señorita Hayes. La dama amable y modesta que tanto la señorita Wolfraston como Charlotte le habían descrito, no coincidía con la criatura vivaz y enérgica que él recordaba. Se había preguntado si había estado tan obsesionado con ella de chaval como para sobrevalorar su atractivo con el paso del tiempo. Realmente había esperado descubrir que su memoria había fallado. Y así había sido. Era mucho más hermosa de lo que recordaba.

Al igual que un retrato, sin importar la maestría de su ejecución, rara vez capturaba la chispa de vida que revelaba la esencia de su sujeto, así que la memoria de lord Seymore había apagado la luminosidad nacarada de su tersa piel, la sensualidad carnosa de sus labios y la claridad de sus ojos. Éstos le recordaban a las refrescantes aguas turquesas donde el mar, poco profundo y de fondo arenoso, se encontraba con un acantilado boscoso.

Cuando ella había cabalgado hasta el establo con toda la confianza y la elegancia que él asociaba con ella, fue como si los años hubieran retrocedido. Por un instante, volvió a ser un chaval. Se le había formado un nudo en la garganta y el corazón le había latido con mayor rapidez, pero en el momento en que ella desmontó de una manera tan audaz e inusual, volvió a ser él mismo.

Si él no hubiera sabido con certeza que ella había pasado los últimos años de su vida enseñando en un seminario, nunca lo habría sospechado. Se compadecía mucho de ella; Turnbull era un canalla al dejarla en semejante situación. Pero aunque seguía admirando su belleza y sentía una deuda de gratitud hacia ella por su incansable cuidado hacia Charlotte, no estaba tan agradecido como para pensar en ofrecerse por ella. Ya no tenía ninguna ambición de aliarse con una criatura tan magnífica; estaba casi seguro de que la señorita no se sentiría cómoda siendo esposa. No podía imaginarla feliz viviendo casi permanentemente en el campo, como tampoco podía imaginarse a sí mismo capaz de soportar los rigores de la temporada.

Al bajar las escaleras, oyó que lo llamaban desde abajo. Al bajar la mirada, vio el pelo blanco y los brillantes ojos azules de lord Carstairs.

—Acompáñeme a la biblioteca, lord Seymore. Aún faltan unos minutos para que nos reunamos con las damas en el salón.

Lo siguió hasta el ala este, y sus ojos brillaron divertidos cuando lord Carstairs se llevó el dedo a los labios al pasar por el salón. Abrió una puerta más adelante en el pasillo e hizo un gesto cortés a lord Seymore para que avanzara primero.

Lord Seymore entró en la biblioteca. La habitación le encantó de inmediato. Una enorme chimenea dominaba el centro de la pared situada frente a él, y un fuego acogedor titilaba en la amplio espacio. A ambos lados había grandes sillones de cuero, y sobre ellos colgaba un enorme escudo con un águila con las alas desplegadas. Las paredes estaban forradas de estanterías desde el suelo hasta el techo, y algunos de los volúmenes que las llenaban parecían bastante antiguos. Unas sofisticadas cortinas de color rubí cubrían las ventanas, mientras una gruesa alfombra con remolinos de colores brillantes adornaba el suelo. Lord Seymore tardó un momento en distinguir los animales que se habían entretejido artísticamente en la tela, pero poco a poco fueron apareciendo los elefantes, los tigres y los pavos reales.

—Es maravilloso, ¿verdad? —suspiró lord Carstairs—. He tenido que dejar atrás muchas cosas hermosas, pero al menos esto se pudo enrollar y transportar fácilmente.

—¿Supongo que ha disfrutado de su estancia en la India, señor?

—Oh sí, más que disfrutarlo. Se ha convertido en parte de mí. Fui con la esperanza de hacer fortuna, como tantos otros. Pero el país y su gente pronto me sedujeron. No de un modo sórdido, como usted comprenderá, aunque lamento decir que fui testigo de muchos que cayeron en semejante insensatez. Las costumbres de los nativos me parecían fascinantes y siempre creí que había que tenerlas en cuenta a la hora de administrar justicia. Tuve la suerte de ascender a un puesto en el que pude asegurarme de que así fuera. Pero no me haga parlotear sobre eso o estaremos aquí toda la noche. Por favor, siéntese.

Lord Seymore ocupó uno de los cómodos sillones junto a la chimenea.

—Su diligencia, señor, es digna de admiración. ¿Sería correcto suponer que eso le impidió hacer su fortuna?

Lord Carstairs soltó una risita.

—Desde luego que sí. Cuando un joven llega por primera vez a la India tiene muchos gastos y pocos ingresos. Yo, como muchos antes de mí, caí en la trampa de pedir dinero prestado. La tasa de interés es exorbitante, y he visto a muchos insensatos no recuperarse nunca y morir en la pobreza. Sin embargo, pronto me di cuenta de que pedir prestado era un juego de tontos, pero aun así tardé unos años en recuperarme. Y no fue nada malo, después de todo; me permitió apreciar mejor las numerosas dificultades a las que se enfrenta a diario la población local.

Lord Seymore sonrió.

—Creo que usted debería compartir esta sabiduría con sir Horace. Su hermano parece empeñado en enseñarle una lección similar.

—¿En serio? Bueno, el señor Bamber es un buen tipo. Si él cree que sir Horace se beneficiaría de una lección así, estoy seguro de que tiene razón. Pero quizás yo no debería hacer comentarios, porque, después de todo, volví de la India como un hombre muy adinerado.

—Debió haber sido muy competente para ascender al rango de juez, así que estoy seguro de que usted merecía las recompensas.

Lord Carstairs soltó una risita.

—Mi posición me permitió estar muy cómodo, pero fue Augusta quien me hizo rico. Es una mujer muy extraordinaria.

Las cejas de lord Seymore se alzaron.

—Yo sabía que la antigua empleadora de lady Carstairs le había dejado un regalo en su testamento que le permitió viajar a la India, pero no tenía ni idea de que había sido una fortuna.

—No fue así. Pero ella observaba con creciente desprecio la forma en que tantos de nuestros compatriotas; hombres y mujeres, intentaban crear su pequeño rincón de Inglaterra en el país. Anhelaban todo lo británico y ella los complació. Vio en su extravagancia e insensatez una

oportunidad. Nunca habría tolerado explotar a los lugareños, pero no veía nada malo en aprovecharse de lo que ella llamaba los intrusos. Ella empezó a importar de todo, desde muebles, telas, sombreros, vino, porcelana y café. Aprendió persa, hindustaní y bengalí, y desarrolló una red de contactos indios para transportarlos a cualquier lugar donde hubiera un asentamiento inglés.

—Sin duda, ese es un logro impresionante. ¿Y no le importó que su esposa se dedicara al comercio, señor?

—¿Por qué habría de importarme? Recuerde, yo era sólo el señor Fancot en esa época, y estábamos muy lejos de casa. Ahora no sería así, por supuesto. Pero estoy seguro de que Augusta encontrará otro proyecto. No le gusta estar ociosa.

Lord Seymore sonrió.

—¿Supongo que Charlotte es el último proyecto de ella?

—Oh, ella es mucho más que eso. Los dos estamos muy encariñados con ella. Es una chica encantadora. Lady Carstairs me ha propuesto crear un fideicomiso para ella.

—Es muy generoso por su parte, señor. Charlotte es también la principal beneficiaria del testamento de mi difunta tía. Se está convirtiendo rápidamente en una joven rica.

—¿De verdad? Tenía la impresión de que, aparte de usted, Charlotte no tenía amigos.

—Me temo que eso es cierto —dijo con tristeza—. Mi tía no siempre gozaba de buena salud y no se sentía capaz de ofrecer ningún apoyo a mi custodia. Esto se apoderó de su mente, y parece que su culpa la llevó a este último acto generoso.

—No parece preocupado por este gesto redentor, lord Seymore; sin embargo, usted podría haber esperado razonablemente obtener algún beneficio.

Lord Seymore se encogió de hombros.

—Soy suficientemente rico. Podría hacer poca diferencia para mí, y aunque Charlotte está lejos de estar sin un centavo, eso sólo puede mejorar sus posibilidades de lograr un matrimonio respetable.

—Os ruego que me disculpéis por interrumpir, pero lady Carstairs me ha pedido que os recuerde que se acerca la hora de la cena y que estaría encantada de que os unierais a las damas en el salón.

Ninguno de los dos caballeros había oído al señor Fancot entrar en la habitación.

Lord Carstairs se puso en pie.

—Continuaremos esta conversación en otro momento, lord Seymore.

Se volvió hacia su mayordomo y sonrió.

—Apostaría, Charles, a que ella no ha formulado su petición de esa manera.

—Tal vez no, señor. Pero he interpretado con precisión la esencia de su mensaje, aunque no el tono utilizado.

—¿Qué solía haber aquí? —preguntó lord Seymore.

Se había acercado a un atril tallado en forma de águila. Sus garras formaban la base y sus alas extendidas la parte superior. Era evidente que algún tipo de libro había permanecido allí durante mucho tiempo, ya que la madera del centro era mucho más oscura que la de los bordes.

Lord Carstairs frunció el ceño.

—Era un libro que contenía la historia de la familia. Es deber de quien sea cabeza de familia mantenerlo actualizado. Contiene el árbol genealógico, por supuesto, pero también fragmentos de interés sobre mis antepasados, incluyendo tanto sus logros como sus tonterías. Es una especie de guía. Siempre ha estado ahí. Se guarda en una caja de cuero con cerradura. Sólo el actual conde puede tener la llave. Después de todo, no sería bueno que alguien descubriera nuestros

secretos. Cuando llegué a casa, encontré la llave pero el libro había desaparecido. Aunque Charles y yo lo hemos buscado por todas partes, no hemos sido capaces de encontrarlo. Es un enigma —su expresión se alivió—. Estoy seguro de que aparecerá tarde o temprano. Esta habitación fue repintada justo antes de mi regreso; probablemente alguien lo puso fuera de peligro y luego se olvidó de él.

En cuanto entraron en el salón, lady Carstairs se puso en pie y cruzó la habitación hacia su marido.

—Por fin. Llévame a cenar, de una vez, Carstairs, porque estoy famélica.

Él besó la mano de su mujer antes de colocarla sobre su brazo.

—Por supuesto, querida. No sería bueno que te desmayaras.

—Nunca me he desmayado en mi vida, Carstairs, como bien sabes. Ni soñaría con hacer tal cosa —ella miró por encima de su hombro mientras él la conducía hacia la puerta—. Señor Fancot, puede acompañar a Charlotte.

Lord Seymore ofreció su brazo a Sarah.

—¿Señorita Hayes?

Ella dudó un momento antes de posar sus dedos muy ligeramente sobre el brazo de lord Seymore. Se formó un silencio bastante incómodo entre ellos. Él fue el primero en romperlo.

—Aún no he tenido la oportunidad de agradecerle todo lo que ha hecho por Charlotte.

La mirada de Sarah permaneció fija al frente.

—No es necesario, lord Seymore. Sólo estaba haciendo mi trabajo, después de todo.

—Creo, señorita, que sus numerosas y pequeñas atenciones hacia mi custodia, fueron mucho más allá de las estrictas obligaciones del deber.

Sarah lo miró rápidamente por un breve instante. Las cejas de lord Seymore se alzaron. Él vio claramente en sus ojos una expresión de desaprobación y condena. Ella podía haberlo acusado directamente de no haber hecho más por su cuenta.

Se sintió aliviado de que ella dirigiera su atención a lord Carstairs una vez que estuvieron sentados, ya que él no podía defenderse cuando ella no había pronunciado las palabras en voz alta. Los labios de lord Seymore se torcieron en una mueca. Su único argumento habría sido que Charlotte no había querido que la sacaran del seminario, prefiriendo la compañía de la señorita Hayes a la suya. Y aunque eso podía ser cierto, también había sido el camino fácil.

Sus ojos se alzaron hacia su custodia y fue consciente de un sentimiento de orgullo al verla conversar con el señor Fancot. Sus modales eran perfectos. Parecía un poco más reservada de lo que había sido con sir Horace, pero le respondía con compostura cuando se dirigía a él.

—Debe ser una dura prueba para usted, lord Seymore.

Se volvió hacia lady Carstairs, sorprendido.

—¿Disculpe, señora?

—Padecer sordera a una edad tan temprana.

Sus ojos se arrugaron con diversión.

—Perdóneme, señora. No sé dónde han ido a parar mis modales. ¿Qué era lo que usted deseaba decirme?

—Le preguntaba si tenía alguna opinión sobre los baños de mar.

—Lo encuentro muy estimulante, señora —dijo, sonriendo—. Winbourne está muy cerca de la costa, y en verano acostumbro a darme un chapuzón.

—Bien. Entonces no se opondrá a que Charlotte pruebe las aguas en Weymouth.

Él arqueó una ceja.

—¿Usted se ha bañado alguna vez en el mar en Inglaterra, señora?

—No. Sin embargo, creo que uno debe intentar cosas nuevas, especialmente las cosas locales.

Lord Seymore miró a Charlotte. Como la voz de lady Carstairs tendía a llegar a todos los rincones de una habitación, no le sorprendió verla siguiendo su conversación.

—¿Y bien, Charlotte? ¿Crees que eso te gustaría? Te advierto que el agua del mar está muy fría.

Ella parecía un poco insegura.

—No sé nadar.

—He hecho algunas averiguaciones —dijo lady Carstairs—. No importa si no puedes tocar el fondo, querida. Y si estás preocupada por tu pudor, no tienes por qué estarlo. Creo que te cambias en un carruaje cerrado, que luego es arrastrado al mar por un caballo. Los baños masculinos y femeninos se mantienen estrictamente separados, por supuesto.

Charlotte miró a Sarah.

—¿Vendrás, señorita Hayes?

—Por supuesto —respondió ella—. Teníamos un lago en nuestra finca y mi padre me enseñó a nadar de niña. La sensación del agua fresca corriendo sobre tu piel es maravillosa. Me gustaba flotar en la superficie mientras veía las nubes surcar el cielo. La sensación de ingravidez es extraordinaria —se volvió hacia lady Carstairs—. Es una idea excelente, señora. ¿Nos acompañará?

Lady Carstairs le dirigió una mirada de aprobación.

—Por supuesto. ¿No he dicho que me gusta intentar cosas nuevas?

—Parece que no tengo nada que decir al respecto —dijo secamente lord Seymore, desterrando con firmeza la imagen de la señorita Hayes a la deriva sobre el agua, con su cabello suelto flotando a su alrededor.

—¿Vendrás? —preguntó Charlotte.

—Sí —respondió él. Miró a lady Carstairs—. Si a usted no le importa, le preguntaré a sir Horace, señora. Estoy segura de que él agradecerá la diversión.

—Cuanto más, mejor —dijo ella—. ¿Carstairs?

—Creo que no, querida. Si estuviera hecho para nadar, tendría branquias. Y teniendo en cuenta lo poco que te gusta el frío, estoy seguro de que no lo disfrutarás, Augusta —le sonrió amablemente—. Sin embargo, sé que una vez que hablas una y otra vez de algo no hay quien te pare, así que no intentaré disuadirte.

Él se volvió hacia el señor Fancot.

—Si deseas ir, Charles, no dudes en hacerlo.

Sonrió con desaprobación.

—Creo que soy como usted en este asunto, señor. Además, deseo supervisar la excavación del nuevo sistema de drenaje en el campo oeste.

—No sé qué haría sin ti, Charles. Realmente deberíamos considerar conseguirte ayuda. Después de todo, todo esto será tuyo cuando yo no esté. Deberías socializar más y trabajar menos. Deberías pensar en buscar una esposa. Mi hermano debería haber cumplido con su deber y haberse casado, por supuesto, pero siempre fue un poco raro. La verdad es que nunca lo entendí.

Charles esbozó una sonrisa comprensiva.

—Él podía ser bastante malhumorado, señor, pero siempre fue muy generoso conmigo. En cuanto al matrimonio, aún queda tiempo, y soy muy feliz en mi puesto actual. De hecho, sería muy reacio a dejarlo.

—Como desees. Pero quizás cambies de opinión cuando termine el año de luto de tu madre. Sé que no te gusta dejarla sola. Me alegro de que, al menos, hayas empezado a cenar con nosotros algunas noches.

—Realmente eres un hijo muy escrupuloso y cariñoso —dijo lady Carstairs—. Debo visitar a la señora Fancot e intentar de nuevo persuadirla para que también cene con nosotros. He invitado al vicario y a su hermano a que nos acompañen mañana por la noche; la presencia de tu madre igualaría un poco el número de invitados.

—Es usted muy amable, señora.

—Si vas a bañarte en el mar tendrás que irte temprano, querida —dijo lord Carstairs—, así que déjame eso a mí.

CAPÍTULO 6



Sir Horace aprovechó la oportunidad de escapar de las garras de su hermano. Debió haber estado atento a la llegada de su liberador, pues en cuanto lord Seymore se detuvo frente a la casa parroquial, con la calesa siguiéndolo de cerca, el hombre se precipitó por el sendero con más prisa que elegancia.

—Creo que Loftus está un poco loco, Seymore —dijo él—. Mi ayuda de cámara piensa lo mismo. Esta mañana me trajo un par de ásperos pantalones marrones y una especie de blusón. Cuando le dije a Loftus que la broma estaba perdiendo su gracia, me aseguró que no era una broma. ¡Dijo que no quería que yo estropeará ninguna de mis finas ropas mientras cortaba la leña!

Él hizo una pausa para quitarse el sombrero y saludar a las damas cuando la calesa se detuvo.

—Me alegra ver que es usted muy puntual, sir Horace —dijo lady Carstairs, con un brillo divertido en los ojos—. Está claro que tiene muchas ganas de hacer ejercicio. Estoy deseando saber si ha disfrutado de su chapuzón.

La boca de sir Horace se torció en algo entre una sonrisa y una mueca.

—Bueno, en cuanto a eso, señora. He pensado que yo simplemente podría disfrutar de una caminata por el paseo marítimo.

—Todos disfrutaremos de una caminata por el paseo marítimo —le aseguró ella.

Él pareció aliviado.

—Después de que nos hayamos dado un chapuzón —añadió ella con firmeza.

El rostro de sir Horace cambió.

—Venga, hombre. Hasta Charlotte, que le tiene un poco de miedo al agua, se va a meter.

Su mirada se dirigió hacia ella, y enderezó los hombros cuando la joven le sonrió tímidamente.

—Creo que es justo que usted también lo intente, sir Horace —dijo Charlotte con dulzura—. Así podremos comparar opiniones después.

Él hizo una elegante reverencia.

—Sus deseos son órdenes, señorita Fletcher. La idea de que una criatura tan delicada como usted esté soportando...

Lady Carstairs enarco las cejas.

—Quise decir, *disfrutando* de la experiencia en el mismo momento que yo, reforzaré mi determinación, estoy seguro.

—Pero a una gran distancia uno del otro —dijo secamente lady Carstairs.

Sir Horace se sonrojó.

—Por supuesto, señora, no pretendía insinuar, es decir...

—Vamos, Bamber —dijo lord Seymore—. No debes hacer esperar a mis caballos.

Envío una mirada agradecida en dirección a su amigo.

—No, por supuesto que no. Lo siento, amigo.

Mientras el carruaje se alejaba, Charlotte ahogó una risita.

—¡Bufón! —murmuró lady Carstairs.

—Oh, no diga eso —protestó Charlotte—. Él me agrada.

—¿De verdad? —dijo, sorprendida.

Charlotte asintió.

—Sí. Creo que es muy dulce.

—¿En serio? Bueno, tal vez he sido un poco dura. Pero si él sumerge algo más que sus rodillas en el agua, ¡me quedará asombrada!

Lady Carstairs les leyó fragmentos de la guía que había adquirido mientras se acercaban a Weymouth.

—Te alegrará saber, Charlotte, que la bahía está tan bien protegida de los vientos que el mar es extraordinariamente tranquilo.

Mientras recorrían el paseo marítimo, descubrieron la veracidad de esta afirmación. El día era agradable, y el agua brillaba en un azul turquesa en los bajíos. Prácticamente ninguna ola perturbaba su superficie uniforme, que se deslizaba suavemente contra la orilla como una delicada invitación. La arena dorada estaba salpicada de casetas de playa movibles, cada una con un techo pintado de vivos colores. El chillido de las gaviotas, que se deslizaban elegantemente mar adentro, se reflejaba en los chillidos de los bañistas al sumergirse en el agua por primera vez.

Sarah compartía la caseta de baño con Charlotte. Se puso rápidamente su vestido recto de baño hecho de franela antes de ayudar a Charlotte a ponerse el suyo.

Una vez que la caseta se hubo metido lo suficiente en el agua, Sarah abrió la puerta y saludó con la cabeza a las dos mujeres que allí esperaban en caso de que necesitara su ayuda. Se apartaron, y ella se zambulló hábilmente en el mar.

—¿Está muy fría? —preguntó Charlotte, mirándola con incertidumbre.

—Sí —admitió Sarah, rodando sobre su espalda y remando con las manos—. Pero sólo por un momento.

Charlotte bajó lentamente, chillando y riendo mientras el agua subía centímetro a centímetro por su cuerpo.

—Es mejor entrar rápidamente —dijo Sarah.

—Creo que tiene usted razón, señorita Hayes —coincidió lady Carstairs, saliendo de la caseta contigua.

Se aferró a la falda de su vestido recto con una mano, respiró hondo y saltó al mar con los pies por delante.

Charlotte jadeó cuando su tía desapareció momentáneamente bajo el suave oleaje. Sarah intentó ponerse de pie, pero su vestido ondulado ralentizó el proceso y, para cuando sus pies encontraron apoyo en la arena firme, lady Carstairs había emergido entre las olas, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro empapado.

—¡Frío! —gritó—. ¡Ciertamente hace un frío ártico!

Al momento siguiente, todos estaban cogidas de la mano y riendo.



Lady Carstairs había cometido una injusticia con sir Horace al sugerir que no era probable que

sumergiera algo más que sus rodillas al agua. Aunque era cierto que le gustaban las cosas cómodas, una vez que sir Horace se comprometía a algo, siempre lo cumplía.

A ella también le habría sorprendido mucho ver que, aunque su figura no estaba tan bien definida como la de lord Seymore, era muy esbelta, y los músculos delgados ondulaban en sus brazos mientras se abría paso por el agua con notable facilidad.

Tras un rápido baño, ellos flotaron un rato en las cálidas aguas poco profundas.

—Eres un fraude, Bamber —dijo su amigo—. ¿Por qué mostrar tanta reticencia cuando eres un nadador muy competente?

—No soy tal cosa, Seymore. Nunca dije que no supiera nadar, pero aprendí en las cálidas aguas del Mediterráneo, colega.

—Por supuesto. Había olvidado que viajaste a Grecia y Turquía.

—Qué tiempos aquellos —dijo sir Horace, un poco melancólico—. Había muchas ruinas fascinantes que explorar. También quería ir a Egipto, pero mi padre murió y tuve que volver a casa. Mi madre estaba tan abatida que me pareció cruel volver a marcharme. Las aguas allí son cristalinas, y cuando nadas es como darte un baño caliente. Debo admitir que no me entusiasmaba la idea de sumergirme en nuestras aguas inglesas. Pero debo decir que, tras el shock inicial, son realmente refrescantes.

—¿Dónde más haces ejercicio? Nunca te he visto boxear en Jackson's.

—No boxeo. No puedo decir que me guste el deporte. Cranbourne, mi vecino, es muy aficionado.

—Sí, lo sé. He disfrutado más de un encuentro con él.

—Nunca entenderé por qué todos disfrutáis tanto dándoos puñetazos. Él me ha dado clases particulares, eso sí. Insistió en ello. Dijo que yo sería el blanco perfecto para los ladrones. Nunca he tenido que ponerlas en práctica, gracias a Dios.

—Entonces, ¿cómo explicas tu buen estado físico?

—Suelo caminar kilómetros en el campo cuando estoy en casa. Me interesan bastante los pájaros. Y disfruto montando a caballo como cualquier otro hombre. Menos mal porque soy terrible manejando carruajes. Completamente torpe. He tenido que reparar dos carruajes de dos caballos. Uno se estrelló contra la carretilla de un granjero; un maldito y feo asunto, con nabos por toda la carretera, y el otro contra un árbol al intentar esquivar a un joven loco que se había hecho cargo de una diligencia.

Lord Seymour se rio y salpicó juguetonamente a su amigo.

—Aun así, eres un poco hermético, Bamber.

A continuación se produjo una breve e indecorosa pelea a bromas en la que se abalanzaron el uno sobre el otro como si fueran enemigos mortales dispuestos a ahogar a su víctima.

—No pretendía serlo —jadeó sir Horace, cuando acordaron una tregua—. No es el tipo de cosas de las que se habla jugando a las cartas en un club. Para ser sincero, yo pasaría mucho más tiempo en el campo si mi madre no insistiera en que la acompañara a la ciudad durante la temporada, y si ella se abstuviera de invitar a una serie de parientes desafortunados para despertar mi interés durante el verano.

Lord Seymore le sonrió con compasión.

—Venga, Bamber. No queremos hacer esperar a lady Carstairs.

Se reunieron con las damas en el paseo marítimo.

—¿Y bien, Sir Horace? ¿Ha disfrutado del agua? —preguntó lady Carstairs, mirando su cabello húmedo.

—Completamente, señora —se volvió hacia Charlotte y le ofreció el brazo—. ¿Le apetece

comparar esas opiniones?

Lord Seymore caminó entre la señorita Hayes y lady Carstairs.

—Entonces, ¿él sí entró? —dijo lady Carstairs, mientras Charlotte y sir Horace se quedaban un poco atrás.

—Ha nadado como un pez, señora. Pero prefiere las aguas de climas más cálidos.

—¿Oh? Entonces, ¿él ha viajado?

—Creo que bastante, señora. Le fascina la arqueología.

Ella lo miró con cierto asombro.

—Veo que tendré que tener una conversación con sir Horace después de la cena de esta noche.

—Un momento —dijo repentinamente la señorita Hayes, mirando por encima de su hombro—. No puedo ver a Charlotte.

Lord Seymore no pasó por alto el tono ansioso en su voz.

—No se preocupe, señorita Hayes, estoy seguro de que estará a salvo en compañía de sir Horace.

Él se percató de que no estaba simplemente ofreciéndole consuelo; él realmente lo creía. Empezaba a darse cuenta de que, bajo el carácter de un dandi y los comentarios a veces ingenuos de su amigo, había profundidades ocultas. Sir Horace parecía maleable, pero no había sucumbido dócilmente a los intentos de casamentera de su madre ni a las tácticas intimidatorias de su hermano.

El paseo marítimo estaba lleno de gente disfrutando del aire, y sir Horace y Charlotte no se distinguían de inmediato entre la multitud, pero lord Seymore tenía la ventaja de la altura y no tardó en divisarlos. Se habían acercado al borde de la pasarela peatonal para conversar con dos mujeres delgadas y de aspecto muy ordinario. Conociendo la tendencia de su amigo a olvidar los nombres de la mayoría de las damas que le eran presentadas, esperaba sinceramente que no estuviera a punto de ser avergonzado.

Lord Seymore no tenía por qué preocuparse. Para desesperación de lady Bamber, en sus esfuerzos por evitar tener que enfrentarse a las muchas jóvenes aspirantes que abarrotaban un salón de baile, sir Horace había cultivado la amistad con una serie de damas que, debido a su situación, edad o disposición, no solían bailar. De este modo, él se libraba de la insoportable vergüenza de pisar los pies de otra bella doncella, por no mencionar el hercúleo esfuerzo de intentar mantener una conversación coherente mientras se esforzaba por recordar los pasos.

Él levantó la mirada cuando se acercaron y presentó a lady Turnbull y a la señorita Lavenham. Lord Seymore no pudo evitar mirar a la señorita Hayes para ver su reacción. A él le pareció detectar una expresión de sorpresa en sus ojos, pero desapareció rápidamente y ella pareció recuperarse.

—Me han aconsejado que venga aquí por mi salud —les informó lady Turnbull—. He estado un poco indispuesta últimamente.

Su aire de extrema fragilidad y las sombras oscuras bajo sus ojos confirmaron su afirmación.

—¿Y cree que las aguas le están haciendo algún bien? —preguntó lady Carstairs.

—Sí, llevo aquí una semana y me siento mucho mejor así que creo que asistiré a un baile en el salón de actos el viernes —ella sonrió amablemente a sir Horace—. ¿Consideraría asistir? Siempre disfruto de nuestras charlas en esos eventos.

Sir Horace se sonrojó.

—Estaría encantado, señora, pero me estoy quedando cerca de Dorchester con mi hermano, ya sabe, y la cosa es que no tengo transporte.

Lady Turnbull aceptó esta excusa con resignación y se volvió hacia su acompañante de aspecto más bien severo.

—No importa, tengo a la señorita Lavenham para hacerme compañía.

Las mujeres se despidieron y pronto desaparecieron entre la multitud.

—¿Tía Augusta? —dijo Charlotte con suavidad.

Lady Carstairs permanecía inmóvil, con la mirada fija en el mar y sus pensamientos aparentemente en otra parte.

—Usted irá al baile, sir Horace —exclamó repentinamente ella.

Los ojos del hombre se abrieron alarmados.

—¡No! Quiero decir, es decir, no es necesario...

La mirada penetrante de la mujer giró en su dirección.

—Es muy necesario. Charlotte no puede permanecer escondida en la residencia Priddleton todo el verano. Es hora de que extienda un poco sus alas.

—Pero, tía, aún hay mucho tiempo, ¿no? Estoy intentando cosas nuevas. Hoy me he metido en el mar, y sir Horace se ha ofrecido a enseñarme a montar si tienes un caballo adecuado en los establos. ¿Eso no es suficiente, por ahora?

—Oh, ¿él se ha ofrecido? ¿De verdad? Bueno, es un buen comienzo; puede que desees montar en el parque de la ciudad. Pero sigo pensando que deberías ir al baile. Tendrás la ventaja de contar con tres acompañantes que ya conoces; Carstairs, lord Seymore y sir Horace.

—Pero a ti no te gustan las reuniones sociales, tía.

—Con mayor razón debemos ir. Antes de debutarte debo hacer que asistas a un sinfín de esas cosas. Será mejor que me acostumbre cuanto antes.

—¡Pero, señora, soy un bailarín espantoso! —exclamó sir Horace. Miró a Charlotte y se sonrojó—. Si tuviera que bailar, estoy seguro de que no hay nadie con quien me gustaría más estar que con usted, señorita Fletcher, pero siempre lo hago fatal.

—Bueno, tiene seis días para mejorar —señaló lady Carstairs.

Charlotte no podía soportar ver a sir Horace tan alarmado. Le colocó suavemente la mano en el brazo.

—Haremos un trato. Usted me enseñará a montar y, a cambio, yo le ayudaré a practicar su baile. Tocaré para nosotros, ¿verdad, señorita Hayes?

—Por supuesto —murmuró ella, un poco distraída.

—Bueno, entonces está decidido —dijo lady Carstairs—. Puede venir y quedarse en la residencia, sir Horace. Entre las clases de equitación y las prácticas de baile usted estará allí la mayor parte del tiempo. Además, si no hace esto, se le acabarán las formas de evitar todas esas pequeñas tareas que su hermano ha preparado para usted. ¡No deseo oír que todavía no sabe bailar porque estaba demasiado ocupado dando de comer a las gallinas para practicar!

La cara de sir Horace se iluminó.

—Si me permite decirlo, señora, eso es muy amable de su parte.

CAPÍTULO 7



De algún modo, Sarah consiguió mantener una conversación carente de significado durante el trayecto de vuelta a la residencia Priddleton, pero agradeció mucho poder huir a su habitación para darse un baño caliente antes de que llegara la hora de vestirse para la cena.

Se recostó, cerró los ojos e intentó relajar los tensos músculos que le oprimían los hombros. Había pasado los últimos años intentando controlar rigurosamente su vida. Había planificado sus clases, había ayudado a las alumnas que lo necesitaban, especialmente a Charlotte, y había sustituido a la señorita Wolfraston siempre que se había encontrado indispuesta. No se había permitido pensar mucho más allá de eso. Se había asegurado de que sus días estuvieran muy ocupados para tener poco tiempo para la reflexión.

Pero ahora las cosas parecían estar escapándosele de las manos. La decisión de acompañar a Charlotte había abierto la puerta a una serie de consecuencias imprevistas. Primero, se había topado con lord Turnbull. Luego había tenido que enfrentarse a lord Seymore. Él no había indicado, ni a la señorita Wolfraston ni a Charlotte, que tuviera intención de reunirse con ellas en Dorset. Considerando sus esporádicas visitas a su custodia, Sarah no lo había considerado nada probable. Le había parecido mucho más probable que él considerara la invitación de lady Carstairs como una excusa para renunciar a toda responsabilidad respecto a ella.

El encuentro con lord Turnbull debería haber sido el más perturbador por mucho, pero extrañamente no lo fue. Una vez pasada la rabia que le produjo el escandaloso comportamiento del hombre, ella se había sentido aliviada por no haberse unido permanentemente a ese hombre. No le cabía duda de que él se había sentido, y seguía sintiéndose, atraído tanto por su aspecto físico como por su espíritu, pero Sarah estaba igualmente segura de que nunca la había amado.

Ella había sentido un amor profundo y duradero por su padre, y habría hecho cualquier cosa para ayudarlo si hubiera sabido que se encontraba en una situación tan desesperada. Desde luego, nunca le habría permitido despilfarrar semejante cantidad de dinero en su debut en sociedad. Lo irónico era que nunca había sido tan feliz como cuando estaba en casa con él. No podía negar que se había sentido deslumbrada por la vida y la alegría de la metrópoli, pero nunca había tenido la ambición de causar sensación allí; la ambición había sido toda de su padre, y a Sarah nunca le había gustado decepcionarlo.

Su reacción ante lord Seymore fue mucho más inquietante por contradictoria e hipócrita. El hombre apenas le había causado impresión cuando lo conoció, pero sería inútil negar que ahora sentía una extraña e inoportuna atracción hacia él.

Al principio, Sarah sólo había reconocido para sí misma que los años habían realzado su buen aspecto juvenil. Pero ayer, cuando le había colocado la mano en la manga, ella había sentido un cosquilleo en los dedos a pesar de ser una caricia muy leve. Había intentado atribuirlo

a la rabia que sentía desde hacía tiempo hacia el hombre que pudo y debió haberle dado un hogar a Charlotte. La excusa de que un hombre soltero no podía saber hacerlo mejor no tenía peso para Sarah. Su padre no se había negado a criar a una niña él solo. Ella reconocía que las circunstancias eran diferentes; el afecto no era tan fuerte, pero el principio era el mismo.

Sin embargo, cuando Sarah había caminado junto a lord Seymore por el paseo marítimo de Weymouth, aunque apenas había oído una palabra de lo que él había dicho, había sido plenamente consciente de su presencia. No entendía por qué sentía esa incómoda atracción física hacia el hombre al que durante tanto tiempo había despreciado. Sabía, por supuesto, que Charlotte había pedido quedarse en el seminario, pero él no había hecho ningún intento verdadero de disuadirla. ¿O sí? Habiéndose ausentado de todos sus encuentros, Sarah no podía estar segura. Era evidente que Charlotte sentía afecto por él. El hombre la había visitado tres veces al año y mantenido correspondencia regular con ella entre esas visitas, así que tal vez dicho afecto no era de extrañar.

Sarah frunció ligeramente el ceño mientras se frotaba distraídamente el brazo con la barra de jabón de rosas. Él no era como ella lo había imaginado. Su comportamiento era seguro, encantador y relajado, pero ¿acaso lord Turnbull no había sido también encantador? Ella abrió los ojos y suspiró. Él también había sido inquieto, a menudo intolerable y bastante mordaz con quienes no admiraba. A Sarah le habían divertido sus comentarios maliciosamente ingeniosos.

No se había sentido orgullosa de ello una vez recuperada de su enamoramiento, sobre todo porque sus comentarios solían ir dirigidos a las jóvenes más ordinarias en busca de marido, o a los viejos atigrados más excéntricos que no dudarían en entrar en conflicto con él. Sarah sentía lástima por la pobre criatura que se había convertido en su esposa. Sólo podía imaginar que era rica.

Si lord Turnbull había necesitado una esposa rica, no era de extrañar que se hubiera sentido aliviado cuando ella lo había liberado de su obligación. Sin embargo, se habría sentido agradecida si él se lo hubiera explicado; al menos le habría ahorrado cierta humillación. Pero, aunque Sarah podía entender que sus circunstancias habían hecho previsible su matrimonio con una mujer acaudalada, el comportamiento posterior del hombre fue despreciable. Lady Turnbull no había estado nada bien, y mientras ella intentaba restablecer su frágil salud, su marido despilfarraba su dinero en las carreras, se emborrachaba y forzaba sus atenciones hacia su antiguo amor. Ella había sido infeliz.

Lord Turnbull habría denigrado a lady Carstairs, estaba segura. Sin embargo, a lord Seymore se le iluminaban los ojos de diversión ante sus comentarios bruscos y a menudo bastante groseros. Tampoco parecía oponerse a la manera autoritaria en que ella esperaba que todos se sumaran a sus planes. Lord Turnbull nunca habría accedido a hacer nada que no hubiera deseado. Había sido muy egoísta.

Sarah había atribuido este defecto a lord Seymore, pero ya no estaba tan segura de que fuera cierto. Él no sólo había hecho el viaje a Dorset para asegurarse de que Charlotte fuera feliz con su tía abuela, sino que parecía dispuesto a quedarse y fomentar su relación con su custodia, así como a conocer a sus parientes. Sarah comprendió que, de alguna manera, había entrelazado su propia sensación de abandono por parte de lord Turnbull con el abandono de Charlotte por parte de lord Seymore. Pero, en realidad, él no la había abandonado y los casos eran muy diferentes.

Hizo una mueca al darse cuenta de que el agua se había enfriado. Frampton asomó la cabeza por el biombo.

—Vamos, señorita, bajará tarde si no nos damos prisa.

Mientras se levantaba, Sarah tomó una decisión. Debía permitir que sus prejuicios la

abandonaran, al igual que el agua se deslizaba ahora lejos de su cuerpo. Empezaría de nuevo con lord Seymore, por el bien de Charlotte y por el suyo propio. En cuanto a su atracción por él, estaba segura de que sería algo pasajero. No podía esconderse de él aquí como lo había hecho en el seminario. Su ceño fruncido desapareció. No era de extrañar que se sintiera atraída por él. Llevaba muchos años sin estar en compañía de un hombre apuesto, o de cualquier hombre en realidad. Solo que él fue el primero que se cruzó en su camino —sobrio, al menos—. Cuanto más viera a lord Seymore, menos la afectaría. ¿No mencionó Shakespeare en una de sus obras que el exceso de algo hace que el apetito por ello enferme y muera?

Con esto en mente, sonrió cálidamente a lord Seymore cuando éste se inclinó ante ella al entrar en el salón.

Las cejas del hombre se alzaron.

—Buenas noches, señorita Hayes. Me complace verla de tan buen humor.

—¿He parecido una gruñona, señor?

Él sonrió amablemente.

—Yo no iría tan lejos, señorita. Pero tuve la sensación de que tal vez usted me desaprobaba.

Sarah sintió una descarga de fastidio. ¿Tenía que ser tan directo? Tal vez ella le estaba ofreciendo reconciliación, pero no tenía ningún deseo de abrirle su corazón.

—No me corresponde a mí aprobarlo o desaprobalo, lord Seymore —dijo, un poco rígida.

Él frunció el ceño, pero dijo con calma:

—Si no desea expresar sus quejas contra mí, respetaré sus deseos, señorita. Pero, por favor, no se escude en su situación. Es falso e indigno de usted. Lamento mucho que la muerte de su padre la haya dejado en una situación tan desafortunada, pero ambos sabemos que su nacimiento es noble. Aunque no lo fuera, no veo por qué a una acompañante o maestra no se le debería permitir hablar con la misma franqueza utilizada por la otra persona involucrada en la conversación.

Este encuentro no estaba saliendo como Sarah había previsto. Se sintió aliviada cuando sir Horace y el señor Bamber fueron anunciados. Una vez más, sus expectativas de un caballero se vieron frustradas. Lady Carstairs había compartido la lista de cosas que el señor Bamber había preparado para su hermano, y Sarah se había formado en su mente la imagen de un hombre muy severo. Ciertamente vestía con mucha más seriedad que su hermano, como correspondía a un sacerdote, y tenía un rostro alargado, delgado e inteligente. Pero sus ojos, del mismo verde musgo que los de su hermano, mostraron un claro brillo de humor cuando habló con ella.

—Señorita Hayes, encantado de conocerla. Sospecho que mi madre también lo estaría.

Eso provocó que Sarah soltara una carcajada.

—¿Y eso por qué, señor?

—Ella está desesperada por llevar alguna vez a mi hermano al altar. Siempre se ha sentido muy incómodo con las jovencitas y las evita siempre que puede. Pero ahora no puede parar de elogiar a tres jóvenes que ha conocido, todas alumnas suyas.

Los ojos de Sarah se volvieron un momento en dirección a sir Horace y vio que estaba felizmente enfrascado en una conversación con Charlotte.

—Debo creer en su palabra, ya que nunca he visto ninguna incomodidad entre él y la señorita Fletcher. Pero no puedo atribuirme el mérito de su cambio de opinión. Tal vez se deba a que todas las chicas que usted menciona son muy jóvenes y aún no han debutado, por lo que se siente seguro al conversar con ellas.

—Coincido con usted, pero creo que es muy posible que el próximo año, cuando vaya a la ciudad para la temporada, no sea tan reacio a relacionarse con las damas.

—Espero que tenga razón, señor —su actitud amistosa la animó a expresar en voz alta los pensamientos que ocupaban su mente—. Debo admitir que me sorprende un poco que a usted no parezca disgustarle en absoluto que él haya salido corriendo a la residencia antes de haber tenido tiempo de llevar a cabo alguna de las *extraordinarias* tareas que usted le encomendó.

Se sorprendió al ver que una sonrisa bastante voraz cruzó el rostro del vicario.

—Qué extraña impresión debí haberle dado, señorita Hayes. Admitiré que lo estaba castigando, sólo un poco, y también siguiendo un curso de acción que estaba seguro que mi madre aprobaría.

Él soltó una risita al ver su asombro.

—Ahora pensará que estamos todos locos. Se lo explicaré. Mi hermano se escabulló a Cheltenham alegando que tenía una severa inflamación de las articulaciones en el pie izquierdo. Era una completa mentira, por supuesto; él sólo deseaba evitar a la última mujer solitaria que mi madre había invitado a quedarse. Luego fue a visitarme por si ella seguía allí.

Sarah sonrió.

—Ya veo. Usted pensó en castigarlo por su engaño y, al mismo tiempo, hacerlo sentir tan incómodo que, después de todo, podría volver a casa. Me alarma bastante que un vicario pueda ser tan taimado, señor Bamber.

—Impactante, ¿verdad? —aceptó alegremente.

—Pero usted ha fracasado en sus dos objetivos, ¿así que tal vez ha recibido su merecido?

La sonrisa del hombre se ensanchó.

—Dios se mueve de maneras misteriosas, señorita Hayes. Horace no sólo está cultivando una amistad con una dama, sino que también está decidido a mejorar por fin su execrable baile, ¡y se propone asistir a un baile! Mi madre estaría bailando una giga si supiera cómo.

Sarah se rio.

—¿Su baile es realmente malo?

—¡Sí!

—Oh, vaya. Veo que Charlotte se ha propuesto una tarea difícil. Él, a su vez, se ha ofrecido a enseñarle a montar. ¿Debo permitirlo?

—No debe temer por eso, señorita. Él monta muy bien, pero por el amor de Dios, ¡no le permita acercarse a un coche de caballos!

Ambos levantaron la mirada cuando dos recién llegados fueron anunciados. Parecía que el poder de persuasión de lord Carstairs era mayor que el de su esposa. El señor Fancot llevaba a su madre del brazo. Era bastante menuda, muy delgada, y llevaba un vestido bastante fino de seda negra. De su sombrero colgaba un espeso velo que le ocultaba el rostro. A Sarah le sorprendió que la mujer pudiera ver por dónde iba. El señor Fancot la condujo a una silla. Una vez sentada, desató lentamente las cintas de su capota y se la quitó.

Sarah tuvo un momento de sorpresa. Si no hubiera sabido que la mujer debía tener al menos cuarenta y tantos años para tener un hijo de la edad del señor Fancot, nunca lo habría adivinado. Su cabello oscuro como la medianoche apenas se veía alterado por algunas canas, y sólo las líneas más finas estropeaban su tersa piel. Sus ojos, grandes en su rostro en forma de corazón, eran del marrón más suave y profundo. Éstos se detuvieron un momento en cada uno de los miembros del grupo cuando le fueron presentados, y su voz al saludarlos apenas fue más que un susurro.

El señor Bamber se inclinó ante Sarah.

—Hace tiempo que deseo conocer a la señora Fancot, pero es una ermitaña y ni siquiera va a la iglesia. Tal vez pueda hacerla cambiar de opinión, así que, ¿si me disculpa?

—Por supuesto. No quisiera apartarlo de un esfuerzo tan valioso.

Ella encontró a lord Seymore a su lado. Él le sonrió encantadoramente.

—Me disculpo si fui descortés antes. ¿Empezamos de nuevo?

—No es necesario disculparse, señor —dijo, sin encontrarse con su mirada.

Se formó un gran silencio entre ellos y Sarah no supo cómo romperlo.

—Usted y el vicario parecían estar muy contentos el uno con el otro —dijo finalmente lord Seymore.

Ella le dirigió una rápida mirada, pero se relajó al no ver ningún atisbo de crítica en sus ojos.

—¿De verdad? Estábamos hablando de sir Horace.

Sarah le explicó las motivaciones del vicario con respecto a su hermano, y vio cómo sus ojos se tornaban más divertidos.

—Pobre Bamber. Realmente creo que deberían dejarlo solo. Un hombre no debe ser manipulado de esa manera.

—Tal vez no —concedió ella—. Pero estoy segura de que lo hacen por su bien.

Miró hacia el lugar donde lo había visto por última vez, pero ahora el señor Fancot estaba hablando con Charlotte. Ella tenía la mirada baja y los hombros ligeramente encorvados. Estaba claramente incómoda.

—Discúlpeme, lord Seymore. Acabo de recordar algo que quería decirle a Charlotte.

Se movió rápidamente por la habitación hacia su protegida.

—Señor Fancot —dijo, sonriendo—. Siento mucho interrumpir, pero tengo que hablar un momento con la señorita Fletcher. ¿Le importa?

A Sarah le pareció ver un destello de irritación en sus ojos, pero tal vez estaba equivocada, porque desapareció en un instante.

—En absoluto, señorita Hayes. Podemos continuar nuestra conversación en la cena.

Cuando él hizo una reverencia y se alejó, ella dirigió su clara mirada a Charlotte.

—¿Qué te ha dicho el señor Fancot para alterarte?

Charlotte negó con la cabeza.

—En realidad, nada. Me ha elogiado mucho. Me dijo que yo le recordaba a una margarita fresca. Dijo que yo tenía una belleza que no era menos potente por ser casta y recatada, y así como la pequeña y modesta flor podía alegrar un terreno de hierba, yo traía un rayo de sol a la más sombría de las habitaciones.

Las cejas de Sarah se alzaron.

—Qué presuntuoso por su parte.

Charlotte parecía insegura.

—¿De verdad? No lo sé. No estoy acostumbrada a ese tipo de conversación. Pero no fueron sólo sus palabras las que me incomodaron. Hay algo en él que me da un poco de miedo. Creo que son sus ojos. ¿Te has fijado en la intensidad con la que te mira cuando te habla? Es como si intentara mirar dentro de tu alma.

—Creo que es su expresión natural, y no podemos culparlo por ello —dijo Sarah—. Pero no te preocupes, querida. Saldré y hablaré un momento con Riddle. Le pediré que cambie nuestros asientos. Entonces estarás junto a sir Horace. ¿Te sentirías más cómoda?

Los ojos de Charlotte se abrieron de par en par.

—Sí, pero no quiero causar ningún problema.

Sarah le dedicó una sonrisa reconfortante.

—No habrá ningún problema. El señor Fancot quizá se dé cuenta de que sus palabras han sido inapropiadas, pero estoy segura de que nadie más se dará cuenta.

Si esto no era del todo cierto, sólo lady Carstairs enarcó una ceja. Pero Sarah le dirigió una mirada muy comunicativa y ella se limitó a devolverle un asentimiento casi imperceptible.

El señor Fancot se dio cuenta claramente de que había dado un paso en falso. Jugueteeó con la comida de su plato durante unos minutos, antes de mirar rápidamente alrededor de la mesa.

—Siento haber incomodado a la señorita Fletcher. No era mi intención —dijo en voz baja.

Sarah pensó en la mejor manera de lidiar con él. Parecía un joven muy digno, y podría considerársele un buen partido, ya que era el presunto heredero de lord Carstairs, pero como Charlotte había declarado tenerle miedo, les ahorraría a ambos más situaciones embarazosas si lo disuadía, al menos por el momento. Una vez que a Charlotte se le metía una idea en la cabeza, a veces era muy difícil desprenderse de ella.

—Ella no está acostumbrada a oír poesía florida, señor Fancot.

Un leve rubor se deslizó por sus pómulos.

—Mis palabras eran sinceras, señorita. Ella lucía tan encantadora que se me escaparon antes de que me diera cuenta. Debería haberla conocido mejor, por supuesto, antes de que salieran de mis labios...

—Sí, debería haberla conocido mejor. Pero incluso entonces creo que las palabras habrían sido ignoradas, señor. Apenas ha salido de la escuela y aún no está preparada para las atenciones de un caballero.

Él miró al otro lado de la mesa y vio que Charlotte sonreía por algo que le decía sir Horace.

—Las atenciones de ese caballero no parecen importarle.

Era evidente que estaba un poco celoso. Sarah tenía la sensación de que Charlotte podía ser la primera joven que despertaba el interés del hombre. Sabía por experiencia propia con qué facilidad los jóvenes, hombres y mujeres, que experimentaban su primer enamoramiento, podían confundir la sensación con algo más fuerte.

—Señor Fancot, parece que se ha encaprichado de una cara bonita. Lo compadezco. Pero si cree estar enamorado, se está engañando a sí mismo. Apenas conoce a la señorita Fletcher. En cuanto a sir Horace, están desarrollando rápidamente una amistad, lo admito. Pero es una amistad inocente. Si él repentinamente le dijera tonterías románticas, ella no estaría más complacida con él que con usted. Ha asustado a la niña, por lo que le ruego que mantenga las distancias tanto como se lo permita la cortesía.

La mirada herida en los ojos que se volvieron hacia ella, la hizo suavizar el mensaje con sus palabras.

—Puede que si usted sigue mi consejo, ella tenga una mejor disposición hacia usted, pero debe ser paciente.

Al volver la cabeza, Sarah se encontró con la mirada de la señora Fancot. No dijo nada y su expresión era enigmática, pero estaba segura de que la mujer había oído cada palabra.

Después no le quedó ninguna duda. Cuando las damas se retiraron al salón, mientras Charlotte hablaba con lady Carstairs, la señora Fancot se volvió hacia Sarah, quien estaba sentada en una silla cerca de ella, y le dijo:

—Creo que usted está aquí como acompañante de la señorita Fletcher.

—Sí, señora. Tengo, en este momento, ese placer.

La señora Fancot soltó una suave carcajada.

—¿Placer? Vamos, señorita Hayes, puede ser sincera conmigo. De hecho, espero que lo sea. Admitamos que rara vez es un placer servir a los demás. Yo también fui acompañante de una dama antes de casarme con el señor Fancot. Él vivía aquí en esa época.

Las cejas de Sarah se alzaron.

—No lo sabía. Yo tenía la impresión de que su hijo llegó aquí cuando terminó sus estudios.

—Sí —confirmó—. Nos mudamos de distrito antes de que él naciera. No deseo hablar mal de los muertos, señorita Hayes, pero el anterior lord Carstairs tenía un carácter muy diferente al actual. Era tan frío e inflexible, mientras que el actual poseedor del título es cálido y considerado. Mi marido y él discrepaban en varios asuntos y, por eso, cuando quedó libre la vivienda en su otra finca, Filton, acordaron que él se fuera allí.

La señora Fancot no pudo evitar que su voz desprendiera cierta amargura.

Sarah le ofreció una sonrisa comprensiva.

—Santo Cielo, señora. Sus discrepancias debieron haber sido muy grandes.

—Sí —reconoció ella con rotundidad, dejando caer los ojos hacia el regazo, donde tenía las manos tensas.

Sarah buscó algo que decir para dar un giro más positivo a los pensamientos de la señora Fancot.

—Al menos esta riña no impidió que el difunto lord Carstairs ayudara a su hijo, señora —dijo con suavidad.

Su cabeza se levantó de golpe, y sus ojos se habían oscurecido hasta tal punto que parecían casi negros.

—El difícilmente podría haber dejado de hacerlo cuando era muy probable que Charles lo sucediera. Tanto la edad de su hermano como la circunstancia de que pasara mucho tiempo en la India, debieron haber hecho cada vez más improbable que viviera lo suficiente para ello. Por lo tanto, era correcto, e incluso su deber, asegurarse de que Charles entendiera su linaje y estuviera completamente preparado cuando llegara el día para reclamarlo.

Sarah quedó bastante sorprendida por la silenciosa vehemencia de sus palabras.

—Debe estar muy orgullosa del señor Fancot, señora. Lord Carstairs habla muy bien de él.

Su expresión se suavizó.

—De hecho, lo estoy, señorita Hayes. También me alegro de que su dedicación al deber por fin sea reconocida como corresponde.

—Sí —sonrió Sarah—. Siempre es agradable sentirse apreciado.

—Nos hemos desviado del tema, pero eso me lleva de regreso al comienzo de nuestra conversación. Es usted una acompañante muy segura de sí misma, señorita Hayes.

Sarah miró a la señora Fancot con recelo. Aunque las palabras fueron pronunciadas con suavidad, parte de su instinto le advirtió que no pretendían ser un cumplido.

—¿Eso cree? —dijo ella con cuidado—. Quizás sea mi edad, señora.

—Quizás —coincidió la señora Fancot—. Pero no creo que eso la excuse de hablarle a mi hijo como lo ha hecho durante la cena. Entiendo por qué le ha dado ese consejo, por supuesto.

Sarah se sonrojó ligeramente y se sentó un poco más erguida.

—Eso espero, señora. Sólo deseaba evitar que la señorita Fletcher y el señor Fancot siguieran pasando vergüenza.

Los ojos de la señora Fancot se entrecerraron.

—¿No me diga? Dado que la señorita Fletcher tiene a su tutor y a su tía abuela para velar por su bienestar, tal vez habría sido más prudente consultarlos sobre el asunto antes de ocuparse de él por su cuenta. ¿No se le ha pasado por la cabeza que, como ambos aprecian claramente a la señorita Fletcher, podrían desear tal unión?

—Es muy posible que tenga razón, señora. Pero conozco mi cargo mejor que nadie. Puede ser que ella llegue a desarrollar afecto por el señor Fancot; ya se lo he dicho a él. Pero no habrá esperanza de ello si él le provoca un disgusto sometiéndola a atenciones que, por el momento, no

son deseadas.

Se había esforzado por mantener un tono de voz moderado y razonable, pero vio que los ojos de la señora Fancot se volvieron fríos ante la mención de la palabra disgusto.

—¿Puedo darle un consejo, señorita Hayes? Aunque parece que aquí la tratan como si fuera igual a ellos, haría bien en recordar que no lo es, sea cual sea su nacimiento. Y aunque comprendo perfectamente que su incierto futuro pueda animarla a buscar marido, le sugiero que busque en una posición un poco más baja que la del próximo conde de Carstairs.

Sarah jadeó y sus manos se cerraron en puños.

—Usted debería seguir mi propio ejemplo —continuó—. El vicario parece todo un caballero, y creo que es un objetivo mucho más realista en sus circunstancias actuales. Me he dado cuenta de que lo tenía atento a cada una de sus palabras.

Sarah dijo con voz tensa:

—¡No es cierto! Y lo que es más, aunque comprendo que cualquier madre pueda pensar que su hijo es un partido eminentemente deseable, puedo asegurarle que nunca he tenido tales pensamientos hacia el señor Fancot ni hacia ningún otro caballero de aquí.

La señora Fancot levantó una ceja, escéptica.

—Sin embargo, la vi cabalgando con mi hijo desde mi ventana, la otra mañana. A solas. Me sorprende que le dé tan mal ejemplo a su pupila.

Los ojos de Sarah brillaron.

—Puedo asegurarle, señora, que nuestro encuentro fue completamente accidental.

La señora Fancot pareció bastante complacida por su pérdida de compostura y dijo, con una pequeña sonrisa que no alcanzó sus ojos:

—Si usted lo dice, señorita Hayes.

Sintiendo claramente que había dejado clara su opinión, sonrió a Charlotte y palmeó el sitio vacío que había a su lado en el sofá.

—Por favor, siéntese conmigo, señorita Fletcher. Me interesaría mucho saber qué le han parecido las aguas de Weymouth,

Sintiéndose bastante perturbada por la conversación, Sarah se levantó y dio una vuelta por la habitación. No era incomprensible que el cariño natural de una madre por su hijo hubiera provocado tal resentimiento por las palabras que Sarah le había dirigido al hombre. También era comprensible que deseara fomentar la felicidad de su hijo y, por tanto, su interés por Charlotte. Pero acusarla de tener un motivo oculto para disuadirlo y llegar al extremo de decir que era por los propios fines egoístas de Sarah, estaba totalmente fuera de lugar.

Sin encontrar alivio en los decorosos pasos que se veía obligada a dar por la habitación, se sentó al piano y empezó a tocar distraídamente una cancioncilla.

—Muévete, querida.

Tocó la tecla equivocada y una nota discordante sacudió el aire. No había oído la llegada de lady Carstairs.

—Creo que has controlado muy bien tu temperamento. No le des importancia a las palabras de la señora Fancot. Ha perdido a su marido y ahora sólo tiene a su hijo como centro de su atención. Me estremezco al pensar lo grosera que yo podría llegar a ser si perdiera a Carstairs.

Sarah parecía consternada.

—¿Usted ha oído la conversación? No me diga que Charlotte también.

Lady Carstairs negó con la cabeza.

—No, no lo creo. En las ocasiones en que me vi obligada a celebrar una cena o asistir a un baile en la India, por el bien de mi marido, aprendí el arte de mantener una conversación incluso

mientras escuchaba otra. Allí había muchas puñaladas por la espalda y manipulaciones políticas, y me pareció una forma útil de distinguir quién era nuestro amigo o nuestro enemigo.

Sarah sonrió.

—Creo que usted sería un enemigo formidable.

Una luz perversa iluminó los ojos de su anfitriona.

—Se me ocurren una o dos personas que podrían estar de acuerdo con usted. Ahora muévase. Encendamos esa chispa de la música de una forma más productiva. ¿Supongo que es una concertista experta?

Sarah le permitió sentarse en el asiento doble.

—Lo soy, señora.

Lady Carstairs cogió una carpeta de música que yacía encima del instrumento. Se lamió el dedo y empezó a examinar las hojas.

—Esta servirá. Es una sonata de Bach en fa mayor para cuatro manos. ¿Está preparada para el reto, señorita Hayes?

A Sarah se le iluminaron los ojos.

—Siempre estoy dispuesta a un reto, lady Carstairs.

—Me alegra oírlo —le entregó la partitura—. Será mejor que la lea detenidamente unos instantes porque es bastante intrincada, por no decir rápida en algunas partes.

La puerta se abrió ante sus palabras y los caballeros entraron en la habitación.

—Milady —dijo lord Carstairs en tono reprobador—. ¿Acaso pensaba ofrecer una de sus raras actuaciones sin mi presencia? Protesto, ¡es lamentable por su parte! Ya sabe lo mucho que disfruto escuchándola tocar.

A Sarah le hizo gracia ver cómo un leve rubor de placer iluminaba la mejilla de lady Carstairs. Sin embargo, su voz mostró su severidad habitual cuando dijo:

—¡Si tanto disfruta, señor, será mejor que se siente y me deje continuar!

Cuando los caballeros se sentaron, Charlotte se acercó a ellas.

—¿Puedo pasar las páginas por vosotras?

—Eso sería muy útil, niña —dijo lady Carstairs—. Puede que vayamos demasiado rápido para que nos sigas, así que asentiré cuando lleguemos a los últimos compases de cada página.

Sarah colocó las hojas en el atril y posó sus largos y delgados dedos sobre las teclas.

—¿Lista? —dijo lady Carstairs.

—Lista —confirmó ella.

Dieron comienzo a la pieza. Sarah era muy hábil con el instrumento, pero aun así, un leve ceño fruncido se dibujó en su frente mientras se concentraba en igualar la ligereza y velocidad de los dedos de lady Carstairs. Se compenetraban bien. Sarah se relajó mientras lograban una armonía perfecta tanto en ritmo como en precisión. La pieza era a la vez entretenida y estimulante, y, al llegar a la mitad, se volvieron brevemente la una hacia la otra e intercambiaron una sonrisa de mutua alegría y agradecimiento.

Cuando terminaron con una floritura, la sala estalló en aplausos.

—Te has superado a ti misma, querida —dijo lord Carstairs, acercándose. Le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Era necesario. Tenía una dura competencia.

Lord Carstairs se volvió hacia Sarah e hizo una reverencia.

—Mi esposa dice la verdad, señorita Hayes. Su interpretación también ha sido sobresaliente —sus ojos se volvieron hacia Charlotte—. Y la volteadora de páginas no tuvo fallos.

Charlotte se rio.

—¿Tocarás algo para nosotros, querida?

Miró un poco nerviosa alrededor de la habitación.

—No esperarás que imite esa interpretación, tío Oliver.

Él pareció un poco decepcionado, lo que hizo que Sarah dijera suavemente:

—Tocas bastante bien, Charlotte, y cantas de una forma muy dulce. Si tal vez eligieras una canción popular, las dos interpretaciones no se podrían comparar porque son muy diferentes.

—Espléndida idea —dijo sir Horace, acercándose a ellas—. No se preocupe, señorita Fletcher, yo pasaré las páginas por usted.

Lady Carstairs lo miró con sorpresa.

—¿Sabe leer partituras, señor?

—Para nada, señora. Pero estoy seguro de que la señorita Fletcher me dirá cuándo hacerlo.

Cuando lady Carstairs respiró hondo, Charlotte dijo rápidamente:

—Gracias, señor. Es muy amable por su parte —los ojos divertidos de Sarah se encontraron con los de lord Seymore y ella vio su propio humor reflejado en ellos.

Charlotte hojeó las partituras hasta que encontró una sencilla balada que reconoció. La tocó muy bien y, aunque a veces sus dedos tropezaron con las teclas cuando sir Horace se retrasó un poco en su tarea, su voz clara y pura lo compensó.

—Permítame decir, señorita Fletcher —dijo él cuando ella terminó—. Pocas veces he escuchado algo que me haya gustado más.

Ella le sonrió con un poco de timidez y con cierta picardía en los ojos.

—¿Y suele asistir a recitales musicales, señor?

—No —admitió—. Fui arrastrado a una de esas veladas hace unos años... —hizo una pausa e hizo una mueca—. Fue insoportable.

—Entonces no puedo considerar sus palabras como un cumplido, señor. Después de todo, tiene poco con qué compararlo —bromeó ella suavemente.

—Bueno, usted es extraordinaria, señorita Fletcher. Un hombre sabe lo que le gusta y lo que no, ¡y eso es todo!

Las palabras fueron pronunciadas con profunda convicción, pero con su brusquedad habitual, lo que las despojó de cualquier connotación ofensiva, y Charlotte se encontró riendo.

Cuando sirvieron el té, la señora Fancot se puso en pie.

—Tengo que irme —dijo en voz baja—. Gracias por vuestra amable hospitalidad, lord y lady Carstairs, pero ya no estoy acostumbrada a la compañía y me siento bastante abrumada.

El señor Fancot se puso inmediatamente en pie.

—Por supuesto, madre. Te llevaré de vuelta.

Una vez que salieron de la habitación, lady Carstairs dijo:

—Sir Horace, siéntese conmigo, si desea. He oído que ha viajado por Grecia y Turquía. Me interesaría mucho escuchar sus observaciones sobre estos países.

—Con mucho gusto, señora —dijo alegremente, sentándose a su lado—. Pero no dude en interrumpirme si me pongo a parlotear.

—Puede estar seguro de que no lo haré —dijo secamente ella.

Sin embargo, se sorprendió al oír a Sir Horace hablar como un hombre sensato sobre las costumbres locales, las numerosas atenciones que había recibido de la gente y el legado histórico de los lugares que había visitado. Cuando ella se levantó para retirarse, se dio cuenta de que el hombre le agradaba más de lo que jamás habría esperado.

CAPÍTULO 8



Sarah bajó temprano para dar un paseo a caballo antes del desayuno. Mientras pedía que prepararan a Nyx, lord Seymore entró en los establos.

—Buenos días, señorita Hayes —dijo, sonriendo—. Se ha levantado con la alondra. Parece que compartimos el amor por los madrugones.

—Sí. En casa siempre solía montar a caballo antes de desayunar.

—Elija su caballo, señor. Enseguida estoy con usted —dijo Greeves, dirigiéndose a la habitación de arneses.

—Déjame a mí, Greeves —dijo lord Seymore—. Creo que sé cómo ensillar un caballo.

Eigió un semental de buen aspecto. Sarah observó con aprobación cómo deslizaba una mano segura sobre el caballo antes de prepararlo con eficacia. Para cuando ella estuvo sentada en la silla, él ya había terminado.

—Veo que ya lo ha hecho antes, señor —dijo Greeves con aprobación.

—Los caballos siempre han sido mi pasión —admitió—. ¡De niño siempre seguía a nuestro mozo de cuadra! Aprendí a hacer todos los trabajos del establo.

Greeves levantó una ceja, escéptico.

—¿Incluso fregar, señor?

—Incluso fregar —sonrió.

Miró a Sarah.

—¿Cabalgamos juntos, señorita Hayes?

Las palabras de la señora Fancot de la noche anterior la hicieron dudar. Lord Seymore frunció el ceño.

—Por supuesto, si no desea mi compañía, iremos cada uno por nuestro lado —dijo fríamente.

—No —se apresuró a decir ella—. No es eso en absoluto. ¿Cómo pudo pensar que yo sería tan arisco?

Él levantó una ceja, inquisitivo.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No es nada. Simplemente estoy reflexionando demasiado sobre unas palabras que me dijeron anoche.

Ella esperaba que él dejara las cosas así. Pero una vez que estuvieron fuera del patio, él le pidió que se explicara.

Sarah suspiró.

—La señora Fancot vio a su hijo cabalgando conmigo el día que usted llegó. Yo había salido sola y nos encontramos por casualidad, pero ella insinuó que mis acciones no eran del todo correctas.

—Tonterías —dijo él—. Usted está en el campo, después de todo, y mientras permanezca dentro del terreno, no veo dónde está la falta de decoro.

—No, eso mismo pensaba yo.

Se le ocurrió que debería informar a lord Seymore del interés del señor Fancot por su pupila. Ella había conseguido hablar unos minutos con lady Carstairs antes de que se retiraran. Aunque había admitido que le complacería mucho que Charlotte se estableciera en algún lugar cercano, había insistido en que no alentaría ningún emparejamiento que pudiera hacer infeliz a la niña.

—Me temo que he provocado el disgusto de la señora Fancot al darle al señor Fancot algunos consejos sobre Charlotte. Espero que usted no piense que fue presuntuoso por mi parte.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo, desconcertado—. Charlotte es asunto suyo. Vi la manera tan hábil en que usted la sacó de las fervientes garras del señor Fancot y me sentí muy agradecido.

Las cejas de Sarah se alzaron con sorpresa.

—¿Usted se dio cuenta?

Sarah se percató de que los ojos del hombre se arrugaban de una forma muy atractiva cuando sonreía.

—Tiene una opinión muy pobre de mis poderes de observación, señorita Hayes. Difícilmente podría no haber notado la forma en que los ojos del hombre siguen a Charlotte por la habitación. Creo que el pobre sujeto tiene un caso grave de amor adolescente. Quizá sea un poco mayor para experimentarlo, pero por lo que he podido averiguar, ha estado demasiado ocupado supervisando las cosas aquí como para haber tenido la oportunidad de ampliar sus intereses en otras áreas.

Sarah sintió un estremecimiento de indignación. Un pequeño esfuerzo por su parte podría haberla librado de una conversación incómoda y de todo el malestar consiguiente. Muy típico de él dejárselo todo a ella.

—¿No se le ocurrió intercambiar unas palabras con el hombre? —dijo ella, exasperada.

—Lo habría hecho si hubiera sido necesario —respondió él con calma—. Pero no pude ver que Charlotte estuviera en peligro. El señor Fancot no parece ser de los que imponen atenciones inoportunas a una mujer indefensa.

—Todo depende de su definición de atenciones inoportunas, señor. Charlotte es mucho más sensible que una joven promedio. Su amiga, la señorita Montagu, probablemente habría cuestionado la elección del símil del hombre, o se habría reído de sus floridos cumplidos, y lady Georgianna lo habría convertido en piedra con una mirada. Pero Charlotte sólo se inquieta, se siente abatida y un poco asustada por esas palabras.

—Puede que usted tenga razón, señorita Hayes —dijo él, imperturbable ante sus intensas afirmaciones—. Ciertamente pude ver que se sentía incómoda anoche, y podría haber intervenido si usted me hubiera dado la oportunidad de hacerlo. Pero usted, más que nadie, debe darse cuenta de que si ella pretende durar cinco minutos en compañía de algunos de los jóvenes que encontrara en la ciudad, tendrá que aprender a lidiar con comentarios que pueden ser un poco más amables de lo que ella desearía. Después de todo, no siempre la tendrá a usted a su lado.

Sarah abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Para ser justos, no podía negar que las palabras de lord Seymore tenían algo de verdad. Ella se había precipitado en el momento en que vio que Charlotte estaba afligida, del mismo modo que si una chica del colegio le hubiera hecho un comentario malicioso. Su instinto siempre había sido protegerla de la adversidad.

—Puede haber sido un poco sobreprotectora con ella —reconoció con cierta dificultad—. Pero cuando llegué al seminario, ella se había escondido en un lugar oscuro en lo más profundo de sí misma. La saqué de ese lugar, poco a poco, y yo lucharía con uñas y dientes para evitar que

volviera a refugiarse en un lugar así.

—Lo sé —dijo con dulzura—. Pero no creo que ella corra ningún peligro, ¿verdad?

—De momento no —coincidió Sarah—. Ha mejorado mucho desde que está aquí. Pero aunque su confianza está creciendo, sigue siendo algo frágil.

—Entonces debemos fortalecerla, señorita. Debe predicar con el ejemplo. Después de todo, sólo tiene que ser usted misma.

—¿Oh? —dijo ella, desconfiando del brillo latente en sus ojos.

—En efecto. Ella solo ha visto a la profesora modesta y paciente. Muéstrole algunos de sus otros atributos.

—¿En cuáles estaba pensando? —dijo ella, arqueando una ceja.

Él se quedó pensativo.

—Déjeme ver. Determinación, audacia, disposición para la gestión, irritabilidad, pero no —le aseguró—, hosquedad.

Una sonrisa de reticencia se dibujó en los labios de Sarah.

—¡Hombre insufrible!

—Eso es algo que no admito. Venga —dijo, yendo al galope—, despejemos nuestras cabezas.

El aire de la mañana era fresco, el rocío brillaba en la hierba sobre la que corrían y el coro del amanecer daba la bienvenida al día con una alegría optimista. Sarah sintió que se le levantaba el ánimo. Lord Seymore era un excelente jinete que igualaba sus zancadas. Se quedó sin aliento cuando él se volvió repentinamente hacia ella, con una sonrisa temeraria en el rostro y un brillo de emoción, muy parecido al de su padre, en sus profundos ojos azules.

—Quien sea el último en llegar a la próxima arboleda, podrá hacer las otras dos preguntas, cuyas respuestas deberán ser sinceras. ¿Acepta la apuesta?

Mientras hablaba, él había hecho girar ligeramente a su caballo. Sarah arrugó el ceño como si estuviera considerando esta inusual petición, pero luego instó a Nyx a que acelerara el paso, exclamando su acuerdo por encima del hombro mientras corría.

La distancia entre ellos y los árboles era de apenas unos cientos de metros, y Sarah mantuvo los ojos fijos en su objetivo mientras oía el estruendo de los cascos de la montura de lord Seymore detrás de ella. Una sonrisa triunfante se dibujó en sus labios cuando recorrió los últimos veinte metros, pero él la rebasó cuando ella estaba a pocas zancadas de la meta. Dejaron que sus monturas aminoraran la marcha poco a poco, y luego las giraron hacia el río.

—No juegas limpio, señorita —protestó él, pero con una sonrisa.

—Tal vez no —coincidió ella—. Pero usted tiene el caballo más potente, señor, y por eso me pareció justo darme una pequeña ventaja.

—Y creo que no le gusta perder —sonrió.

—Sospecho que no más que a usted. Un verdadero caballero podría haber dejado que una dama reclamara la victoria.

—¿Eso le habría dado alguna satisfacción, señorita Hayes?

Ella se rio.

—No. No lo habría hecho.

Habían llegado al río. Al acercarse al puente, Sarah vio a alguien sentado sobre su abrigo en la orilla del río, dibujando rápidamente. Se sorprendió mucho cuando él volvió la cabeza y percibió que era sir Horace. El motivo de su asombro no solo se debió a su ocupación y al ceño fruncido que estropeó por un instante su semblante, por lo general agradable, sino también a su atuendo. Habían desaparecido todos los accesorios del dandi. Llevaba un cómodo pantalón de

pana, un elegante pero discreto chaleco beige, y las mangas de su camisa las tenía remangadas hasta los codos. Cuando él se levantó y le ofreció una reverencia, Sarah vio que un par de altas botas funcionales habían sustituido a sus relucientes botas hessian.

—No lo había reconocido, señor —dijo ella, sonriendo.

—Oh, nunca llevo ropa de ciudad cuando estoy en el campo. No durante el día, al menos. Lo que ocurre es que no tenía nada más conmigo. Hice que trajeran mi ropa de campo desde Netherhampton casi tan pronto como llegué. Está a sólo un día de distancia.

—¿Qué diablos te ha hecho salir a estas horas, Bamber? —preguntó lord Seymore.

—Pájaros. Esperaba ver un martín pescador; son criaturas escurridizas y suelen ser más activas a primera hora de la mañana.

—¿Y lo ha visto, señor? —preguntó Sarah.

—Sí, dos de ellos. Pero me temo que los ha espantado.

Él giró el bloc de dibujo que sostenía y Sarah alzó las cejas. Había completado una serie de bocetos, algunos de los cuales capturaban al pájaro en vuelo. El dibujo central representaba al pequeño pájaro posado en una rama y, aunque no estaba del todo terminado, era excelente. Había utilizado pasteles para captar el turquesa iridiscente de sus alas y el anaranjado brillante de su pecho.

—Es hermoso, sir Horace. Enséñeselo a la señorita Fletcher. Ella solía entretenerse viendo cuántos pájaros diferentes podía encontrar en los terrenos del seminario.

—¿De verdad ella hacía eso, por Júpiter? —dijo él, radiante—. Entonces se lo enseñaré. Os veré a los dos en el desayuno, tengo que terminar esto.

Sarah fue la primera en cruzar el puente, sintiéndose repentinamente un poco incómoda al pensar en lo que lord Seymore podría preguntarle. Él debió haberlo notado en su expresión, porque cuando llegaron al sendero que atravesaba el bosque y se colocó a su lado, sacudió suavemente la cabeza.

—Reclamaré mi premio en otro momento, señorita Hayes. Parece que hoy hemos llegado a algún tipo de entendimiento, y yo no lo pondría en peligro tan pronto. Pero no dude de que haré esas preguntas.

—Por supuesto. Nunca me retracto de una apuesta —lanzó una mirada hacia la casa de la viuda y soltó una risita—. Si la señora Fancot pudiera oírme, añadiría las apuestas a todos mis otros defectos.

—Supongo que, habiendo vivido muchos años como esposa de un vicario en una pequeña parroquia, ella podría escandalizarse fácilmente. Si yo le dijera a ella, por ejemplo, que una mañana usted compitió en una carrera con dos caballeros en Hyde Park, usted quedaría sumida totalmente en el reproche.

—¿Usted no haría eso! —jadeó Sarah—. Además, era muy temprano, casi no había nadie, y uno de ellos era mi padre.

—Cierto. ¿Quién era el otro caballero? Lo he olvidado.

—El señor Aldersney,

Lord Seymore frunció el ceño.

—¿Aldersney? Oh, sí, lo recuerdo. Era ese tipo raro que estaba loco por los caballos y que siempre utilizaba su ropa de montar, fuera cual fuera la ocasión.

—Exacto —dijo Sarah, riendo—. Él era muy excéntrico. Nos conoció mientras ejercitábamos nuestros caballos y fue lo bastante tonto como para decir que yo montaba bastante bien; para ser una mujer.

—Ah, ya veo. Supongo que era inevitable que usted lo retara a una carrera.

—Para nada—dijo con delicadeza. Pero el efecto se vio arruinado por el brillo de sus ojos—. Ni se me habría ocurrido hacer algo tan escandaloso.

Lord Seymore enarcó las cejas con escepticismo.

—Es verdad. Yo no fui tan descarada. Fue mi padre quien se opuso. Le dijo en términos muy claros que yo podía montar tan bien como cualquiera de los caballeros de la ciudad, y mejor que la mayoría.

Lord Seymore sonrió.

—Él tenía razón.

—Gracias. Sin embargo, el señor Aldersney no lo creyó. Fue entonces cuando mi padre sugirió la carrera.

—Y usted lo venció.

—Oh, no. Fue una carrera muy reñida. Gané sólo por una cabeza, el señor Aldersney quedó segundo y mi padre sólo media cabeza por detrás.

Lord Seymore sonrió.

—Desearía haberlo presenciado. Él debió haber estado muy disgustado.

—En absoluto. Le pidió permiso a mi padre para casarse conmigo, allí mismo. Dijo que no lo habría creído si no lo hubiera visto con sus propios ojos, y que nunca encontraría otra chica tan viva que le conviniera la mitad de bien.

Sus risas fueron interrumpidas por unas voces procedentes de la casa de la viuda. Intercambiaron una mirada y luego desviaron sus caballos hacia el sendero más pequeño que los llevaría hasta allí. Al entrar en el claro, vieron que era un edificio de gran belleza. Bajo el tejado de paja, las ventanas enrejadas centelleaban a la luz del sol, y las dispersas rosas trepaban por las paredes y enmarcaban la puerta principal.

Las voces cesaron y la puerta se abrió de golpe, sin demasiada delicadeza. El señor Fancot salió de la casa con tanta prisa que ni siquiera se detuvo a cerrarla tras de sí. Parecía estar muy alterado, pues sólo les dedicó una inclinación de cabeza antes de pasar junto a ellos y desaparecer en el bosque. Su madre apareció en la puerta. Llevaba un pañuelo en una mano y, al verlos, se lo llevó a los ojos y se los secó apresuradamente.

Sarah desmontó rápidamente a su singular manera y corrió hacia ella.

—Señora Fancot, lamento verla tan afligida —le colocó una mano en el brazo mientras hablaba—. Por favor, déjeme llevarla adentro.

La señora Fancot negó con la cabeza y se apartó de ella.

—Gracias, pero ahora estaré bien —dijo, con acento débil. Levantó sus ojos grandes que nadaban en lágrimas—. Él tiene mal carácter. Su padre era igual. Pero no se preocupe, señorita Hayes. Una buena caminata suele calmarlo.

La mujer volvió a entrar en la casa y cerró la puerta. Sarah la miró un momento con asombro. Aunque había visto algún que otro destello de irritación en los ojos del señor Fancot, nunca habría sospechado que su carácter fuera tan irascible como para levantarle la voz a su madre.

Ella se volvió y descubrió que lord Seymore había desmontado y esperaba de pie junto a Nyx.

—¿La ayudo? —dijo él, con una sonrisa ladeada—. ¿O también ha desarrollado una forma interesante de *subir* a la silla de montar?

Sarah sonrió, con muy poco entusiasmo. El extraño espectáculo del que habían sido testigos había empañado un poco su buen humor.

—De hecho, sí —admitió—. Pero como es muy impropio de una dama, aceptaré su ayuda, señor.

—Parece bastante perturbada, señorita Hayes —dijo él mientras cabalgaban hacia la casa.

—Estoy un poco sorprendida —admitió—. Pensaba que el señor Fancot era un hijo muy devoto.

—Quizá ha sido demasiado devoto. Ha estado encerrado en esa casa con su madre durante casi un año. ¿No oí decir al vicario que ella era una especie de ermitaña?

—Sí, él dijo eso—dijo, pensativa.

—No me parece sano que un joven con tanta energía haya cortado sus alas durante tanto tiempo.

—No, estoy de acuerdo. Tuvo toda la residencia para él solo antes de traer a su madre aquí. Comprendo que, de repente, sentirse restringido y vigilado tan de cerca pueda molestarlo de vez en cuando.

Después de desayunar, todos se dirigieron al pueblo para asistir a la misa del domingo por la mañana. A Sarah no le sorprendió que la iglesia estuviera tan concurrida, porque el señor Bamber ciertamente tenía presencia. Habló larga y elocuentemente sobre el tema de la tolerancia y, cuando pronunció las palabras: *Si os ofenden, estad inmediatamente dispuestos a perdonar al primer reconocimiento de la falta, como Cristo os ha perdonado*, ella no pudo evitar mirar hacia el señor Fancot. Sin embargo, su rostro seguía siendo tan pétreo y frío como la columna finamente tallada que se alzaba tras él.

Para Sarah, la elección del sermón por parte del vicario había sido muy acertada después de los acontecimientos de la mañana, y casi podía atribuirle al hombre un sorprendente grado de clarividencia. Sin embargo, sus verdaderos motivos no tardaron en manifestarse. Al estrechar la mano de su hermano a la salida de la iglesia, le colocó la otra sobre el hombro y le dedicó una sonrisa burlona.

—Espero que me perdones, Horace, cuando reconozca que te he utilizado vergonzosamente.

Sir Horace no era propenso a reflexionar sobre recuerdos desagradables, y sentía un afecto muy genuino por su hermano. Le sonrió y le estrechó vigorosamente la mano.

—No hay nada que perdonar, mi querido Loftus. Me encuentro en una situación muy feliz, y todo gracias a ti. Si no hubieras tomado esa extraña decisión, nunca me habrían invitado a la residencia, y eso, ya sabes, habría sido una gran desgracia.

El vicario ni siquiera parpadeó ante esta referencia a su salud.

—Me siento honrado por tu generosidad de espíritu, Horace. Espero que no se vea disminuida en gran medida cuando te informe de que espero la visita de nuestra estimada madre en un futuro próximo.

—No, ¿por qué iba a ser así? —dijo él. Su rostro se desplomó—. Es decir, a menos que... maldita sea, Loftus, ¿no me digas que va a traer a esa chica, Jane, o Anne, o algo así, con ella?

A Sarah se le escapó un ruido extraño, entre un chillido y un resoplido muy poco propio de una dama. Sus ojos se cruzaron por un momento con los de lord Seymore y vio reflejada su diversión. Él le ofreció su pañuelo y ella, agradecida, se sonó la nariz.

—No, Horace. No te lo diré. Parece que nuestra madre no estaba muy contenta con Jane y la ha enviado a casa.

El ceño de sir Horace desapareció.

—Bueno, eso es un alivio. Debo decir, Loftus, que tienes unas ideas muy raras en esa cabeza tuya. ¿Por qué me importaría que mi madre viniera de visita? Le tengo mucho cariño. Te diré una cosa; creo que estás trabajando demasiado.

—El trabajo de Dios nunca es una tarea, Horace —dijo, en un tono un poco reprobador.

—No, no, claro que no, viejo. No quise insinuar que...

—Sé de qué va la cosa, no temas —dijo, cediendo.

Sir Horace pareció aliviado y continuó avanzando para dar paso a la siguiente persona de la larga fila que deseaba hablar con su hermano.

El grupo acababa de llegar a la puerta de la iglesia, cuando una voz aguda y bastante penetrante surgió de detrás de ellos.

—Yuhu, lady Carstairs. ¡Oh, lady Carstairs!

A Sarah le pareció oír a lady Carstairs pronunciar una palabrota bastante escandalosa en voz baja. Sin embargo, esbozó una sonrisa antes de girarse.

Una señora más bien regordeta de edad madura corría por el sendero, sujetándose el sombrero a la cabeza con una mano. Se detuvo ante ellos y jadeó:

—Me alegro de haberla encontrado, lady Carstairs. Estaba esperando que me devolviera la visita que le hice hace siete días, pero ahora que veo que tiene invitados, le perdono el descuido.

—Muy amable de su parte, lady Truboot —dijo ella, sin verdadera convicción.

Como no ella le ofreció más ánimos, su lord intervino y presentó a sus visitantes.

—Que alegre grupo debéis ser —gorjeó ella—. Eso me lleva a lo que quería decirle, lady Carstairs. Vamos a celebrar una pequeña cena el viernes, y me encantaría que usted, lord Carstairs, el señor Fancot, oh, y de hecho todo su grupo vinieran.

La sonrisa de lady Carstairs se ensanchó.

—Muy amable de su parte, lady Truboot. Todos estaríamos encantados, estoy segura, pero, desgraciadamente, el viernes tenemos que asistir a los salones de actos de Weymouth.

Un brillo decidido y bastante duro iluminó los ojos de lady Truboot.

—¿He dicho el viernes? Oh, qué tonta soy. Había querido decir miércoles.

Se volvió hacia su marido, un hombre de aspecto marchito, de la edad de lord Carstairs, quien se acercó a ella con una joven del brazo.

—Sir Richard, por favor, apóyeme. ¿No sería espléndido que lady Carstairs llevara a su grupo a nuestra cena del miércoles?

Ella enfatizó ligeramente la última palabra. Estaba claro que él conocía su deber, pues una vez se hubo quitado el sombrero, hecho una reverencia y presentado a su hija, la señorita Emma Truboot, dijo suavemente:

—Sí, por favor, acompañadnos.

Los ojos del hombre se posaron un momento en Charlotte.

—Sería muy agradable que Emma recibiera la visita de otra dama de su edad, pues sólo Amelia Shadstow vive en los alrededores, pero se ha ido con su madre a Bath. Temo que mi Emma ha estado bastante sola últimamente.

La señorita Truboot se ruborizó ante la atención que esto provocó en ella. Había estado mirando fijamente al suelo, pero ahora levantó la mirada, mostrando un rostro que, si bien no era hermoso, resultaba bonito gracias a un par de ojos inteligentes y al delicado brillo de la juventud que resplandecía en sus suaves mejillas rosadas.

Lady Carstairs miró a su marido y un mensaje tácito pareció pasar entre ellos. Ella se volvió hacia lady Truboot y dijo:

—Qué suerte que se haya dado cuenta de su error, señora. En efecto, estamos libres el miércoles y estaríamos encantados de asistir a su cena.

El hecho de que el poderoso sermón del señor Bamber no hubiera impresionado demasiado al señor Fancot, quedó confirmado cuando éste no se apresuró a volver a la casa para hacer las paces con su madre. En la cena de esa noche quedó claro que cualquier esperanza de una rápida reconciliación parecía cada vez más improbable. Una vez retirado el primer plato, lord Carstairs

golpeó ligeramente su copa de vino con el tenedor. El sonido resonó en el aire durante unos segundos, atrayendo la atención de todos.

—Me complace informaros de que, a partir de esta noche, el señor Charles Fancot ocupará sus antiguas habitaciones en el ala este.

Él miró alrededor de la mesa, observando las diversas expresiones de sorpresa de los demás comensales. Luego añadió suavemente:

—Es justo que, como mi heredero, así lo haga.

—Por supuesto que lo es —confirmando lady Carstairs—. Pero, ¿qué hay de la señora Fancot, Carstairs? Creo que quizás deberíamos animarla a venir también. Después de todo, tenemos espacio suficiente.

—¡No! —el señor Fancot se sonrojó cuando todas las miradas giraron en su dirección—. Mi madre no aceptaría una invitación así —dijo en tono más suave—. Le resulta difícil estar rodeada de gente, especialmente de extraños. Se sintió muy agotada después de su última visita.

—Por supuesto —dijo lord Carstairs con tono reconfortante. Miró hacia su señora, con una expresión cálida en los ojos—. Tu amable consideración es digna de admiración, querida. Siempre he pensado que eres una mujer excepcional.

Una sonrisa de satisfacción cruzó por el rostro de la mujer, pero ella dijo:

—No intentes engatusarme, Carstairs. ¡Pensarías que cualquier mujer que estuviera de acuerdo contigo es una mujer excepcional!

—Aunque me duele discrepar contigo, querida, debo decirte que te equivocas. Pero no te preocupes por la señora Fancot, me encargaré de hacer una breve visita a esa buena señora una vez al día hasta que se haya acostumbrado a la ausencia de su hijo.

La sonrisa de lady Carstairs se desvaneció.

—No necesitas preocuparte, Carstairs. Esa tarea debería recaer en mí.

—No, milady —dijo él en tono suave, pero implacable—. Usted ya tiene las manos ocupadas. Además, entre usted y Charles, me queda muy poco por hacer. Permítame realizar esta pequeña tarea, ¿por favor?

Los ojos de lady Carstairs se apartaron de los suyos.

—Como desees.

CAPÍTULO 9



Sir Horace había disfrutado de una prórroga en la abrumadora tarea de mejorar su baile, ya que no se consideraba apropiado participar en una actividad tan frívola en domingo. Pero a la mañana siguiente, después del desayuno, Sarah y Charlotte se lo encontraron cruzando el vestíbulo en dirección a la puerta principal.

—Sir Horace —dijo Sarah—. ¿Ha olvidado nuestra cita en el salón?

Él se sonrojó un poco y tartamudeó:

—N-no, n-no, claro que no. Pero pensándolo mejor, creo que convendría que empezáramos con las clases de equitación.

Charlotte intercambió una mirada divertida con su acompañante.

—Pero no estoy vestida para montar, y veo que usted lleva su bloc de dibujo, señor. ¿Pretende dibujar también el caballo?

Los ojos del hombre se cruzaron con los de ella durante un instante, y luego él sonrió tímidamente.

—He sido pillado con las manos en la masa, ¿verdad?

—Sí —ella se rio—. ¿Sabe? Realmente no hay necesidad de que se escabulla. No voy a pensar menos de usted sólo porque es posible que me pise los talones.

—Eso no es posible —dijo con tristeza—, sino inevitable. Nunca he conseguido bailar sin pisar a alguien.

Charlotte lo cogió del brazo y empezó a caminar con él hacia el salón.

—En realidad, sólo necesita dominar algunos pasos básicos. El truco está en ejecutarlos de forma precisa y oportuna.

—Haré lo que pueda, señorita —le aseguró él.

—Usted puede hacer eso y más.

Sarah sonrió ante este suave estímulo emocional. Fue expresado de una forma que ella misma había adoptado a menudo con Charlotte cuando estaba insegura de algo.

—Sugiero que empecemos con un baile de campo —dijo, acercándose al piano y cogiendo la carpeta con la música—. No es ideal que sólo seáis dos, pero colocaremos algunas sillas para representar a las demás personas del grupo. Sólo tendréis que usar un poco la imaginación.

Una ligera capa de sudor cubría el ceño fruncido de sir Horace mientras se concentraba intensamente en sus pasos. Pero cuando aplastó la zapatilla de Charlotte con su bota por segunda vez, le soltó la mano bruscamente y exclamó frustrado:

—¿Veis? Eso es inútil. Soy un caso perdido.

—Tonterías, sir Horace. No debe rendirse ahora. No creía que usted fuera una criatura tan débil.

Sarah ocultó una sonrisa ante las censuradoras palabras de su pupila.

—No es que desee incumplir nuestro trato, señorita Fletcher. Soy un hombre de palabra, se lo aseguro. Pero me temo que le haré un grave daño, y entonces usted no podrá bailar con nadie en el baile.

—Eso no me preocuparía en exceso, se lo aseguro.

Él le dirigió una mirada severa.

—¿Ahora quién es la débil criatura? No lo haré. Usted debería participar en el baile. La mayoría de la gente lo disfruta, y yo no desearía que se perdiera algo que podría darle placer. Eso sólo es una tortura para los zoquetes torpes como yo.

—No es torpe ni zoquete —reprendió Charlotte—. No quiero oír cómo se menosprecia.

—No me menosprecio —protestó él—. Sólo expongo los hechos, señorita.

—La culpa no es suya, señor.

Sir Horace parecía desconcertado.

—Bueno, como estos incontrolables pies me pertenecen, no veo de quién más puede ser la culpa.

—La culpa es de quien le haya enseñado a bailar.

Sir Horace no parecía convencido.

—¿De verdad?

—Sin duda. Desde luego, ellos no merecen el título de maestro de baile, porque yo no soy ninguna experta, pero ya me he dado cuenta de dónde está el problema —le aseguró ella.

Un brillo de esperanza iluminó los ojos de sir Horace.

—¿En serio?

—Sí. Tiene los pasos, sir Horace, pero si no le importa que se lo diga, su sincronización no es tan oportuna como debería.

—¿Así que se trata de eso?

—Así es. Creo que se concentra tanto en sus pasos que olvida escuchar la música. Incluso su reverencia del comienzo se demoró un poco. Empezaremos de nuevo, y no quiero que se mire los pies; ellos ya saben lo que tienen que hacer. Sólo quiero que escuche la música y mire cuando yo haga la reverencia. Luego practicaremos esa parte juntos.

Charlotte asintió a Sarah, quien comenzó a tocar la introducción. Sir Horace ladeó la cabeza mientras escuchaba, y observó con atención cuando Charlotte dio un pequeño paso hacia un lado, hizo una reverencia y volvió a su posición original.

—Ahora lo haremos juntos. ¿Listo?

—Sí, creo que lo tengo.

Y así pareció, porque se movieron al unísono.

—Bravo —dijo Sarah—. Eso ha estado mucho mejor, sir Horace.

Charlotte hizo que él escuchara y la observara de nuevo. Esta vez, después de hacer su reverencia y volver a su posición, ella le dio la mano a un compañero imaginario y brincó alrededor de la primera silla y regresó. Cuando sir Horace terminó estos movimientos con ella de manera pulcra y oportuna, una amplia sonrisa cruzó el rostro del hombre.

—Señorita Fletcher, usted hace milagros.

Cuando él consiguió repetir el baile y brincar en círculo con Charlotte de la mano, sin pisarla ni una sola vez, Sarah se sintió tentada a darle la razón al hombre. Pero como ella siempre había creído que uno no debería mejorar en algo que ya estaba hecho, se levantó del piano una vez conseguida esta hazaña aparentemente imposible.

Sir Horace parecía un poco decaído.

—No pararemos ya, ¿verdad? Acabamos de empezar.

—Y es un comienzo muy prometedor, señor —dijo ella, sonriendo—. Pero siempre he creído que es mejor trabajar una habilidad poco y a menudo. Volveremos a practicar esta tarde.

Él aceptó esta declaración de buen grado.

—Nunca pensé que diría estas palabras, pero lo espero con impaciencia. Os agradezco mucho a las dos. Ahora, señorita Fletcher, cumpliré mi parte en este trato. Mientras se cambia, veré que su caballo esté listo.

—Oh, sí, por supuesto —dijo ella, con reservas.

—Vamos, señorita Fletcher —dijo sir Horace en tono reconfortante—. No hay necesidad de sentir ansiedad. Estará a salvo, se lo aseguro.

—Subiré a ayudarla a cambiarse —dijo Sarah, cogiéndola del brazo.

Ella le había dado uno de sus atuendos de amazona, y Charlotte había hecho los ajustes necesarios el día anterior. Era de fina tela de merino en color azul Florentia; le sentaba bien y combinaba casi a la perfección con el azul de sus ojos. Sobre sus mechones rubios llevaba una gorra militar del mismo color, adornada con plumas teñidas a juego.

—Estás preciosa —dijo Sarah—. Ese color te sienta mucho mejor que a mí.

—Gracias —Charlotte le besó rápidamente la mejilla—. Eres muy buena conmigo. Este traje y el vestido de baile que me has regalado son, con diferencia, las prendas más bonitas de mi guardarropa.

Sarah le pellizcó suavemente la mejilla.

—No seas tan boba. Tengo muchas más galas de las que necesito. Estoy segura de que cuando te vayas a Londres, lady Carstairs te engalanará con mucho estilo, pero, mientras tanto, me complace donar alguna que otra prenda de mi armario. Después de todo, la mitad de mis cosas me servirán muy poco cuando vuelva al seminario.

Charlotte frunció un poco el ceño ante esto, pero se limitó a decir:

—¿Quieres bajar conmigo?

—Esta vez no —dijo Sarah—. No quisiera que sir Horace sintiera que no confío en él, además, el vicario me ha asegurado que su hermano es muy capaz de enseñarte.

Pero cuando Charlotte salió de la habitación, Sarah contó hasta veinte y se apresuró a seguirla. Cruzó rápidamente el gran salón y desapareció en el ala este. Pasó por delante de la sala y la biblioteca y se dirigió a una puerta lateral. Tras ésta, un corto trecho de hierba la condujo a la parte trasera de los establos. Siguió la pared del garaje de carruajes hasta el final y se asomó con cautela por la esquina del edificio. Al ver que Charlotte y sir Horace le estaban dando la espalda mientras esperaban fuera de los establos, Sarah dobló la esquina y entró en el garaje.

Se apoyó un momento en la pared y soltó una suave carcajada. Era bastante ridículo que anduviera a hurtadillas de esta manera tan furtiva. Estaba decidida a no ser tan protectora con Charlotte, y por eso había resistido la tentación de acompañarla cuando tuvo la oportunidad. Se limitaría a cerciorarse de que sir Horace estaba capacitado para la tarea y luego los dejaría solos.

Soltó un grito consternado cuando una alta sombra, la de un hombre sin lugar a dudas, oscureció repentinamente el suelo. Un momento después, lord Seymore entró en el garaje con el ceño fruncido. Echó un rápido vistazo al lugar y, al girar la cabeza, la vio.

Sarah suspiró.

—Me ha descubierto, señor —dijo en voz baja.

—Eso parece —dijo secamente, y su expresión se suavizó—. ¿Qué está haciendo, señorita Hayes?

Ella se llevó rápidamente el dedo a los labios.

—¡Shh! No quiero que Charlotte o sir Horace sepan que estoy aquí.

Ella miró hacia atrás por encima de su hombro y vio cómo un caballo era sacado al patio.

—Ah, así que es eso.

Sarah sintió que un rubor calentaba sus mejillas.

—Sí. Yo no quería estorbar.

—Está claro. Supongo que no confía en sir Horace en este asunto. ¿Sabe? Puede confiar en él.

—Estoy segura de que tiene razón, señor. Pero me gustaría verlo por mí misma. Ahora, por favor, aléjese de la puerta o lo verán.

Cuando él se movió un poco hacia un lado, Sarah se volvió y se asomó. Vio a Charlotte colocar el pie en las manos de sir Horace y luego la mano en su hombro antes de alcanzar la silla de montar. Cada movimiento lo hacía lenta y deliberadamente, como si estuviera siguiendo cuidadosamente unas instrucciones. Pero antes de que pudiera montar, el caballo se movió un poco. Ella soltó la silla y se alejó de sir Horace.

—Probablemente el caballo puede sentir su miedo —dijo lord Seymore en voz baja.

Sarah asintió. La voz de sir Horace, inusualmente aguda, atravesó el patio.

—Mantenla quieta, ¿por favor?

El mozo de cuadra sujetó con más fuerza la brida, pero Greeves apareció y lo echó de allí con voz enfadada. Se colocó a la cabeza de la yegua.

Sir Horace se inclinó y volvió a ofrecer sus manos, pero se enderezó cuando Charlotte negó con la cabeza.

—Habría sido útil que usted le enseñara a Charlotte cómo se hace —dijo amablemente lord Seymore.

—Estoy intentando que ella sea más independiente —siseó Sarah, enderezándose—. Pero iré a ofrecer mi ayuda.

—No se precipite, señorita Hayes. Mire.

Sarah volvió a asomar la cabeza por la puerta. Charlotte estaba de espaldas al caballo. Mientras miraban, sir Horace la cogió por la cintura y la subió a la silla. Una vez allí, él dio instrucciones mientras hacía gestos. Lo vieron levantar la pierna y moverla hacia un lado. Charlotte hizo lo mismo y levantó la pierna por encima del borrén delantero. Luego él giró un poco las caderas y enderezó la espalda. Charlotte ajustó ligeramente su postura. Aparentemente satisfecho, sir Horace cogió las riendas de las manos Greeves y empezó a pasear lentamente al caballo por el patio.

Cuando lo giró en dirección al garaje, ambos se apartaron rápidamente de la puerta. Sus miradas se cruzaron, y sonrieron.

—¿Satisfecha, señorita Hayes?

—Sí. él lo hará muy bien.

Sarah había esperado que sir Horace llevara a Charlotte al parque, pero después de unos minutos, quedó claro que no era tan ambicioso.

—Como parece que estamos atrapados aquí por el momento, ¿qué tal si echamos un vistazo a los carruajes? —sugirió lord Seymore.

Además de su propio coche de caballos y la calesa, que Sarah ya había visto, había un carruaje con el escudo de águila, otro coche de caballos y, escondido en un rincón oscuro, un faetón de asientos ligeros y altos.

A Sarah se le iluminaron los ojos.

—Sí, creo que éste es más su estilo —dijo lord Seymore, sonriendo—. Aunque no es tan

elegante como el suyo.

—¿Lo recuerda? —dijo, sorprendida.

—Sí, pero lo que realmente llamó mi atención fue el encantador par de caballos grises a juego que tiraba de él.

Ella se echó a reír.

—Creo que sus propios castaños son igual de finos. Pienso que está usted tan loco por los caballos como el señor Aldersney.

—Tal vez —reconoció—. Pero al menos no voy a las cenas vestido de jinete.

Sus ojos sonrientes se encontraron, mirándose por unos instantes. Sarah sólo había visto ojos de un azul tan intenso una vez. Pertenecían a la compañera de estudios de Charlotte, lady Georgianna Voss. Pero mientras que los suyos eran fríos y distantes, los de lord Seymore eran cálidos y divertidos, y Sarah se sintió hipnotizada por ellos.

—Oh, cielos. Espero no haber interrumpido una cita secreta.

Sarah se sobresaltó y se giró rápidamente.

—Lord Carstairs. No se trata de eso.

El hombre le sonrió amablemente.

—Pues claro que no. Sólo estaba bromeando, señorita Hayes. Acabo de volver de visitar a la señora Fancot y he oído voces. Como la mayoría de los mozos de cuadra parecen inexplicablemente interesados en que Charlotte sea conducida en círculos por el patio, me pregunté quién podría estar aquí. Veo que estáis admirando el faetón.

—Sí —dijo ella—. Parece muy bien equipado.

Al ver la expresión de leve sorpresa que cruzó el rostro de su anfitrión, lord Seymore dijo:

—La señorita Hayes solía pasear por el parque de la ciudad en un faetón de asientos altos, señor, tirado por dos de los mejores caballos que he visto en mi vida.

—Qué espléndido —dijo el hombre—. Detesto ver que las cosas se desperdicien, así que siéntase libre de sacarlo, señorita Hayes.

—Oh —respiró ella—. Yo no podr...

—Tonterías —la interrumpió—. Lleva demasiado tiempo acumulando polvo. Las cosas que permanecen inactivas demasiado tiempo, tienden a marchitarse y morir. Lord Seymore puede acompañarla si está preocupada.

Ella levantó la mirada y lo vio alzar una ceja de manera inquisitiva.

—¿Le gustaría venir, señor?

—Sí —dijo él con firmeza—. Me gustaría.

—Bien, muy bien —dijo lord Carstairs—. Sin embargo, tendrá que esperar hasta mañana. Habrá que mover otros vehículos, y el faetón necesita una limpieza a fondo.

De repente, el hombre frunció el ceño y sus ojos se desenfocaron como si estuviera pensando en algo. Luego se llevó una mano al pecho y se lo frotó un poco.

—¿Se encuentra bien, señor? —dijo Sarah, preocupada.

—Sí, ya estoy bien. Sólo un poco de mi viejo problema.

—¿Su viejo problema?

—No es nada —le aseguró—. De vez en cuando tengo palpitaciones, normalmente cuando hago demasiado esfuerzo. Voy a acostarme un rato. Eso suele arreglar las cosas.

—¿Quiere cogerme del brazo, señor? —dijo suavemente Sarah.

—No —sonrió él—. Es muy amable de su parte, querida, pero no deseo llamar injustificadamente la atención.

Lord Seymore lo miró atentamente. Había una ligera capa de sudor en su frente.

—¿Traigo al doctor?

—No, gracias. Augusta ya está muy preocupada. Os pido que no se lo mencionéis. Esto pasará. Siempre es así.

Sarah no se sentía cómoda con su petición. Él pareció percibirlo, porque cogió su mano entre las suyas y le dio una palmadita.

—Le prometo, señorita Hayes, que si esto no cesa, o empieza a ocurrir con más frecuencia, informaré a Augusta y llamaré al médico. ¿Eso le parece bien?

—Sí, supongo que sí —dijo ella a regañadientes.

CAPÍTULO 10



A cordaron salir en el faetón antes del desayuno en lugar de la cabalgata matutina. Lord Seymore llegó primero y se paseó por el patio mientras la esperaba. Se percató de que estaba ansioso por el paseo. Cuando se olvidaba de estar enfadada con él, la señorita Hayes era realmente muy buena compañía.

Una sonrisa irónica torció sus labios al recordar cuántas veces había deseado que fuera él, y no lord Turnbull, quien se sentara junto a la señorita Hayes mientras conducía sus caballos grises por el parque. Si los deseos hubieran sido flechas, el corazón de Turnbull habría sido atravesado muchas veces. Habiéndose beneficiado de unas cuantas temporadas en la ciudad, ese caballero tenía toda la pulcritud que a lord Seymore tanto le había faltado. Sus cumplidos ordinarios y sus miradas de adoración no habían estado a la altura del ingenio y el encanto de Turnbull. Era mejor así; lord Seymore había sido demasiado joven para formar un vínculo duradero con alguien. A decir verdad, el ardor de su corazón había sido más una actitud que otra cosa. Había sido mucho más cómodo admirar a la señorita Hayes desde lejos.

Él, y algunos de sus compinches, casi se habían sentido obligados a rendir homenaje a la incomparable más reciente, y habían pasado muchas tardes agradables ahogando sus penas al comprender el desarrollo de la situación y decidir qué hacer.

Lord Seymore se detuvo frente al garaje cuando sacaron el faetón, y sacudió la cabeza al recordar la tontería que se le había ocurrido el día anterior. Había salido de la biblioteca justo a tiempo para ver a la señorita Hayes desaparecer apresuradamente por la puerta lateral. Tanto su prisa como su comportamiento sospechoso lo habían intrigado y por eso la había seguido. Cuando había oído su risa grave procedente del garaje, se había sentido sorprendido y consternado a la vez. La desagradable idea de que ella pudiera haberse escabullido para encontrarse con alguien había cruzado su mente. Sabía que lord Carstairs había ido a visitar a la señora Fancot y, como él acababa de dejar en la biblioteca a una lady Carstairs inexplicablemente fuera de sí, y tanto sir Horace como Charlotte habían estado a la vista de todos, sólo había quedado el señor Fancot.

Aunque lord Seymore sabía que no era razonable por su parte, por un breve instante se había preguntado si, al rescatar a Charlotte de las atenciones de ese caballero, ella también estaba satisfaciendo sus propios intereses. Él había desechado la idea casi de inmediato; ella no demostraba ninguna debilidad por el hombre. En cuanto sus ojos se habían posado en ella, se había sentido aliviado de que la acompañante de su pupila no tuviera un comportamiento tan censurable. Cuando él había descubierto el verdadero motivo de su presencia, también se había sentido un poco avergonzado. Charlotte siempre era la primera preocupación de la mujer.

Lord Seymore sonrió. Qué enfadada se habría puesto si hubiera podido adivinar sus

pensamientos. Ya no era la criatura intrépida y audaz que él recordaba, pero tampoco la profesora modesta y amanerada en la que él estaba seguro de que se había esforzado por ser. La forma en que sus ojos lo habían mirado con fastidio cuando él le había sugerido que habría sido mejor que le demostrara a Charlotte cómo montar a caballo, lo demostró.

—Buenos días, lord Seymore. Me pregunto cuáles son sus pensamientos; parece muy divertido por algo.

—Buenos días, señorita Hayes —dijo él, haciendo una reverencia—. Sólo estaba soñando despierto, se lo aseguro.

Por un momento pensó que ella iba a presionarlo más, pero entonces su mirada se desvió más allá de su hombro y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Va a dejarme conducir sus castaños? Qué amable de su parte.

—En realidad no. Simplemente estoy asegurando mi propia comodidad, señorita. En los establos de lord Carstairs no pude encontrar un par que encajara. Además, no lo haría si no supiera que usted es buena con el látigo.

—En cuanto a eso, señor, me parece justo advertirle que estoy un poco oxidada.

—Si siento que mis caballos o yo mismo estamos en peligro, puede estar seguro de que le quitaré las riendas.

Las cejas de Sarah se alzaron.

—No creo que eso sea necesario, señor.

Él ocultó una sonrisa mientras la subía al faetón. Con qué facilidad se elevó. Las ganas de provocarla eran casi irresistibles.

En cuanto se sentó a su lado, ella accionó con elegancia el látigo y puso a los caballos al trote rápido. Un mozo de cuadra, que estaba barriendo desganadamente los adoquines, retrocedió apresuradamente cuando Greeves lanzó un grito de advertencia. Ella mantuvo un ritmo vertiginoso durante todo el camino de la entrada, y sólo aminoró la marcha cuando se acercaron a la puerta principal.

—Me pregunto si debería haber traído una trompa —dijo lord Seymore, pensativo.

—¿Para alertar al guardián del peaje? Como no tenemos prisa, señor, no creo que sea necesario.

—Oh, estoy de acuerdo —dijo en tono agradable—. Más bien pensaba que sería útil para despejar el camino y no dejar un rastro de cadáveres a su paso.

Sarah sonrió.

—Se refiere al mozo de cuadra, supongo. Ha sido culpa del muchacho y, de todos modos, un pequeño susto le vendrá bien. La próxima vez prestará más atención.

—Es usted severa, señorita.

—Tal vez. Pero los vehículos y los jinetes van y vienen todo el tiempo en el patio de un establo, y los mozos de cuadra tienen que estar alerta o podría haber un accidente desagradable. Realmente creo que Greeves necesita ser un poco más firme con sus muchachos. Si mi padre los hubiera pillado a todos boquiabiertos como ayer cuando Charlotte era conducida por el patio, él habría tenido algo que decir, puedes estar seguro.

—¿Supongo que él imponía reglas firmes? —dijo suavemente lord Seymore.

Sarah enarcó una ceja.

—Por supuesto que lo hacía...

Se detuvo y sus manos soltaron ligera y momentáneamente las riendas.

—Al menos, él lo hacía en lo que se refería a sus caballos.

Lord Seymore oyó tristeza y arrepentimiento en su voz, pero resistió el impulso de ofrecerle

su compasión, sabiendo de algún modo que no sería bien recibida.

—Creo que descubriré, señorita Hayes, que la falta de atención de los hombres respecto a sus deberes no es habitual. Charlotte era toda una belleza con su atuendo de amazona. Nunca la había visto tan atractiva. Supongo que debo agradecerérselo a usted.

—Ella lo era, ¿verdad? —asintió ella, con una nota de orgullo en la voz—. Pero, por favor, no me agradezca por haberle dado mi ropa usada. Nunca me ha gustado ese color en mí.

Los ojos de lord Seymore se detuvieron un momento en el austero traje de amazona gris pizarra y el sombrero redondo de seda musgo a juego. No cualquier dama podría lucirlo, pero le sentaba bien a la esbelta figura de la señorita Hayes y resaltaba el brillo de su pelo y sus ojos.

—¿Por dónde? —preguntó ella.

—Por el pueblo.

Sarah entró en Priddleton a un trote tranquilo y se detuvo cuando vio al vicario de pie junto a la puerta de la iglesia, observándolos.

—Buenos días, señor Bamber —dijo ella, sonriendo—. Me complace informarle de que las clases de baile de su hermano están progresando muy bien.

Lord Seymore frunció un poco el ceño al ver que un destello de agradecimiento iluminó los ojos del vicario mientras se posaban —demasiado tiempo en su opinión—, en la señorita Hayes.

—Me complace oírlo, señorita. Pero si espera que yo me sorprenda, me temo que se sentirá decepcionada. Usted parece ser una dama muy consumada. Ciertamente maneja las riendas de forma excelente. ¿Hay algo que no pueda hacer?

Lord Seymore enarcó una ceja y miró a la señorita Hayes, interesado en cómo interpretaría este halago. Le alegró que ella se lo tomara a broma.

—El mérito de la mejora de sir Horace debe atribuirse a la señorita Fletcher. Yo he tenido muy poco que ver en ello. Y hay un montón de cosas en las que no destaco, se lo aseguro.

El señor Bamber parecía escéptico.

—Su humildad la caracteriza, señorita. Pero creo que si ese es realmente el caso, debe deberse a una falta de interés en esas cosas más que a cualquier falta inherente de habilidad.

—Buenos días, vicario —dijo lord Seymore, inclinando su sombrero—, debemos seguir nuestro camino o llegaremos tarde al desayuno.

La señorita Hayes no puso objeciones, y él pronto la dirigió por un sendero a su izquierda.

—Admito que estoy intrigado. ¿En qué cosas usted no destaca?

—Mi dominio del arpa es rudimentario, y mi italiano sólo pasable —le informó rápidamente. Él se rio.

—Ha aliviado mi mente, señorita Hayes. No me gustaría pensar que la educación de Charlotte ha carecido de alguno de los logros necesarios.

—No tema —le aseguró ella—. ¿Ha olvidado que pagó la suma extra necesaria para que ella contara con los servicios de un excelente tutor italiano?

Cuando él le dijo que por supuesto que no lo había olvidado, Sarah le lanzó una mirada escéptica, no dejándole ninguna duda de que, aunque ahora ella lo miraba con ojos más amistosos, estaba lejos de agraderle. Le sorprendió que eso lo irritara un poco. Se estaba convirtiendo en un engreído. Sin embargo, por mucho que disfrutara de su compañía, no dejaba de ser cierto que Sarah no estaba hecha para aceptar el rol de esposa y, por lo tanto, él no tenía derecho a desear que ella le otorgara un alto grado de aprobación.

Regresaron a la casa por otro camino. Sarah aminoró la marcha de los caballos y se detuvo junto a una entrada.

—Así que por aquí se accede a la casa de la viuda desde la carretera —dijo.

Un corto camino de grava conducía a la parte trasera de la casa. Bordeaba un jardín muy agradable. Una parte estaba cubierta de césped, pero la mayoría del terreno se dedicaba al cultivo de flores, hierbas y hortalizas. Las distintas zonas estaban divididas en ordenados compartimentos por setos bajos.

Al parecer, la señora Fancot compartía la afición de lady Carstairs por la jardinería, pues estaba inclinada sobre uno de los setos, cortando unas hojas. De pronto levantó la mirada, pero antes de que pudieran saludarla, cogió una cesta que estaba a sus pies y se apresuró a entrar en la casa.

—Pobre señora —dijo Sarah—. Debería haber sido más considerada con ella en nuestro primer encuentro. Debe de sentirse muy sola sin su marido, y ahora sin su hijo, como compañia. Si fuera a la iglesia, se sentiría menos aislada y poco a poco empezaría a sentirse menos abrumada por la presencia de otras personas.

—El dolor es un extraño compañero —dijo lord Seymore, pensativo—. Mi propio padre se aisló durante un tiempo tras la muerte de mi madre.

—Sí, lo es —murmuró Sarah, animando a los caballos a trotar.

—¿Todavía echa mucho de menos a su padre? —preguntó lord Seymore con dulzura.

—A menudo pienso en él —reconoció— Sobre todo cuando cabalgo.

Se volvió hacia él y, por una vez, su expresión estuvo expuesta. Sus ojos contenían una suavidad y una vulnerabilidad que él no había visto antes.

—Usted es la primera persona con la que he podido hablar de él. Tal vez sea porque me conoció antes de que él... cuando aún vivía. Cuando nos reímos de esa ridícula carrera la otra mañana, me di cuenta de lo lejos que yo había llegado. Poder compartir un recuerdo agradable ha significado mucho para mí. Gracias.

Lord Seymore resistió el impulso de tocarle la mano enguantada, pues Sarah se había ruborizado como si se sintiera avergonzada por la confesión.

—Me alegro —dijo simplemente—. En un inicio echaba mucho de menos a mi padre. Era un viejo cascarrabias, pero yo le tenía mucho cariño.

Sarah sonrió.

—¡No me extraña que usted sepa manejarse tan bien con lady Carstairs!

Él se rio.

—Sí, él era muy parecido, aunque ella no ha estado de muy buen ánimo últimamente. Ayer parecía muy hundida. ¿Cree usted que ella sospecha que lord Carstairs no está bien?

—No creo que sea eso —dijo, pensativa—. Si no me equivoco, está un poco disgustada porque él va a visitar a la señora Fancot.

—Seguramente usted *está* equivocada, señorita Hayes. Fue lady Carstairs quien se preocupó de que estuviera sola y sugirió que la mujer viniera a quedarse en la residencia.

—Quizás lo estoy —concedió ella—. Pero cuando lord Carstairs le aseguró al señor Fancot que su madre gozaba de buena salud anoche durante la cena, y le dijo que había disfrutado de una de las mejores tartas de almendras que había probado en su vida, juraría que la oí murmurar algo en voz baja.

—¿De verdad? ¿Y qué podría haber sido?

—No lo entendí todo, pero estoy segura de que ella dijo 'cara bonita'. Se me ocurrió que a pesar de toda su bravata, lady Carstairs podría no ser tan segura de sí misma como aparenta. Una vez me dijo, con cierto arrepentimiento, que nunca había sido hermosa.

—¿Usted cree que ella está celosa? —dijo él, sorprendido—. Pero lord Carstairs es siempre muy atento con ella, incluso coqueto después de todos estos años.

—Lo sé —coincidió Sarah—. Y lo encuentro encantador. Creo que le gusta reafirmarle su afecto, como si intuyera que ella aún lo duda a veces.

Lord Seymore no parecía convencido, pero en la cena de esa noche, lady Carstairs vio que su marido empujaba la comida por el plato en lugar de comérsela y, de pronto, dijo:

—¿Has encontrado algún defecto en el cordero, Carstairs? ¿O es que te has deleitado con tanta tarta de almendras de la señora Fancot que ya no te queda sitio para ésta comida?

Lord Seymore miró a la señorita Hayes e intercambiaron una mirada significativa.

—Me has descubierto, querida —dijo él con suavidad—. Siempre he sido goloso.

—Pues deberías haber sido sensato —dijo ella de modo cortante—. Sabes muy bien que demasiados dulces no te sientan bien.

—Como siempre, tienes razón —dijo él, un poco irritado—. Pero sería descortés rechazarlo cuando ella lo ha hecho especialmente para mí.

Lady Carstairs abrió la boca, sin duda para soltar uno de sus mordaces comentarios, pero él levantó la mano y ella volvió a cerrarla.

—Si todos me disculpáis —dijo él, poniéndose en pie—. Voy a acostarme.

Lady Carstairs parecía contrita. Ella también se puso en pie.

—Estás enfermo, Carstairs. Iré contigo.

Él le hizo un gesto para que se quedara.

—No, querida. Es sólo un estómago irritable. Estoy seguro de que, aunque sin duda pasaré una noche incómoda, estaré totalmente restablecido por la mañana.

Ella se hundió en su silla y dijo con inusual formalidad.

—Muy bien, señor.

Una vez que él hubo abandonado la habitación, lady Carstairs dirigió su mirada al señor Fancot.

—¿No cree que ya es hora de que haga las paces con su madre?

Él se removió un poco en su silla.

—Tal vez, señora. No sabía que lord Carstairs se tomaría tantas molestias. No puedo explicárselo a usted, es de lo más incómodo...

—No deseo que me lo explique, joven. Sólo deseo que mi marido no se tome tantas molestias. No digo que usted deba volver a vivir con la señora Fancot, pues es justo que usted ocupe su lugar aquí, pero le estaría muy agradecida si se encargara de visitarla en lugar de mi marido.

El señor Fancot le dirigió una mirada ligeramente resentida, pero se limitó a decir:

—Desde luego que lo haré. Pero debo ir a Filton pasado mañana.

Lady Carstairs frunció el ceño

—¿Debe ir?

—Sí, señora. Debo hacerlo. Pero sólo estaré fuera unos días.

Con eso tuvo que sentirse satisfecha.

—Muy bien. Pero una vez que regrese espero que libere a lord Carstairs de esta obligación en particular.

CAPÍTULO 11



A la mañana siguiente, la armonía se restableció. Lord Carstairs entró en la sala del desayuno, aparentemente restablecido en su salud y buen humor. Fue directo hacia su señora, le cogió la mano y le dio un ligero beso.

—Perdóname, mi amor, si estuve un poco malhumorado anoche.

—¿Ya estás mejor? —dijo ella, examinándolo con detenimiento.

—Desde luego —sonrió él—. Y hoy encontraré la manera de meterme en el bolsillo la tarta de la señora Fancot. Estoy seguro de que los pájaros lo agradecerán. Pero debo pedirte que me sustituyas durante unos días a partir de mañana. He decidido ir a Filton con Charles. He descubierto que el viernes es su cumpleaños, y sería una pena que no tuviera a nadie con quien brindar.

—Por supuesto —dijo lady Carstairs, levantando su ánimo algo pensativo—. Le llevaré a la mujer algunos esquejes para su jardín.

—¿Volverás a tiempo para el baile? —preguntó Charlotte.

—Me temo que no, hija mía —dijo él con dulzura—. Siento mucho perderme tu primer baile, pero, después de todo, habrá muchos otros.

Sarah miró a su pupila, esperando ver una expresión de decepción en su rostro. Pero en lugar de eso, vio un brillo especulativo en sus ojos.

—Es una pena —dijo Charlotte—. Pero, ¿quizá mi tía y tú podríais uniros a nuestra clase de baile de hoy? Las sillas son muy prácticas, pero tienen sus limitaciones. Sir Horace necesita practicar cómo moverse e interactuar con otros bailarines.

Lord Carstairs miró a su señora y enarcó una ceja inquisitiva.

—¿Es seguro? —dijo secamente lady Carstairs.

Sir Horace se echó a reír.

—Si me hubiera hecho esa pregunta hace tan sólo dos días, señora, le habría respondido que definitivamente no. Aún no puedo garantizarlo, pero tengo la esperanza de que usted pueda salir ilesa.

Sus ojos se volvieron hacia su marido.

—Creo que podríamos arriesgarnos, Carstairs.

Los ojos de Charlotte se dirigieron ahora a su primo.

—También te necesitaré, Justin —le informó con firmeza.

—Como desees —dijo él.

Sarah se sintió complacida, aunque un poco confundida, cuando Charlotte miró al señor Fancot, quien estaba desayunando tranquilamente, y dijo:

—Y me encantaría que usted también se uniera a nosotros, señor.

¿Qué tenía en mente su pupila? Seguramente no esperaba que los caballeros bailaran juntos, ¿verdad?

El señor Fancot levantó la mirada, sorprendido. Había seguido al pie de la letra el consejo de Sarah y mantenía sus interacciones con Charlotte al mínimo.

—Gracias, pero no. Tengo una docena o más de asuntos pendientes que resolver antes de irme mañana.

—Por favor, señor Fancot —dijo Charlotte de manera persuasiva—. He invitado a la señorita Truboot a unirse a nosotros. Seremos ocho para el cotillón.

—Vamos, Charles —comentó lord Carstairs—. Estoy seguro de que esos asuntos pendientes pueden esperar. Además, ¿no te he dicho que deberías socializar más?

Charlotte se volvió hacia su tía.

—Espero que no te importe que me haya tomado la libertad de invitar a la señorita Truboot sin tu permiso.

—No, ¿por qué debería importarme? ¿No te he dicho que seas más ambiciosa? Me alegro de que hagas amigos —de repente, frunció el ceño—. Me pregunto si ella traerá a su madre.

—Supongo que estará demasiado ocupada con los preparativos de la cena de esta noche —dijo Charlotte en tono tranquilizador.

—Espero que tengas razón, querida. Es una mujer muy invasiva, aunque no veo nada objetable en su hija. Tiene unos modales encantadores; debió haberlos heredado de su padre.

—Pero, Charlotte —dijo Sarah—, sólo seremos ocho si yo me uno. Pero entonces, ¿quién tocará?

—El señor Bamber —dijo ella, muy satisfecha de sí misma—. Cuando vino a cenar descubrí que toca el violín. Le envié una nota ayer, preguntándole si nos acompañaría —dirigió una mirada risueña a sir Horace—. Me contestó que siempre había deseado ver un milagro, ¡y que no se lo perdería por nada del mundo!

—¿De verdad, por Júpiter? —dijo sir Horace—. Sin duda, él espera que me caiga de bruces. Pero diré esto por él, es un buen violinista.

—Has sido muy taimada, Charlotte Fletcher —dijo lady Carstairs—. No, no pongas esa cara. Me alegra ver que tienes mucho iniciativa, y no tengo nada que decir en contra de tu plan. Pero no puedo evitar preguntarme por qué has creído necesario presentarnoslo así. Después de todo, podría haber fracasado si todos nos hubiéramos negado.

—No quería que sir Horace se preocupara —dijo ella, ruborizándose—. Sé lo que es pasar la noche en vela, preocupado por alguna tontería que va a ocurrir al día siguiente. Pero no podía confiar en nadie más, o yo sentiría que lo hacía a sus espaldas. Habría parecido que todos estábamos confabulando contra él. Pensé que era mejor emboscarlos a todos al mismo tiempo.

—Es muy considerado de su parte, señorita Fletcher —dijo sir Horace, claramente conmovido por su consideración—. Pero eso no habría sucedido. Que yo me preocupara, quiero decir. Me parece una idea excelente. Si voy a hacer el ridículo, prefiero hacerlo aquí que en el salón de baile.

—No lo hará —dijo Charlotte con seguridad.

—Muy bien —dijo lady Carstairs, mirando de uno a otro—. Ahora, si has terminado de organizarnos a todos, Charlotte, sugiero que nos reunamos dentro de una hora. Me niego a hacer cualquier tipo de ejercicio inmediatamente después de comer. Es muy malo para la digestión.

—Invitar al señor Fancot ha sido muy acertado por tu parte, Charlotte —dijo Sarah con aprobación mientras movían sillas y mesas auxiliares para hacer sitio al baile.

—Anoche sentí mucha pena por él. Creo que mi tía estaba preocupada por el tío Oliver y eso

la volvió más mordaz de lo normal. Cuando se dirigió al pobre señor Fancot, parecía bastante miserable.

—¿Él ya no te asusta?

—No. Creo que puede que yo haya exagerado —admitió.

Se giraron cuando Riddle anunció a la señorita Truboot.

Al ver que parecía un poco incómoda, Charlotte se apresuró y le cogió las manos.

—Señorita Truboot, me alegro mucho de que haya venido.

—Ha sido muy amable al invitarme, señorita Fletcher —dijo tímidamente—. Mamá está muy contenta de que tenga la oportunidad de practicar mi baile.

—Pero, ¿usted lo está? —dijo Charlotte suavemente, reconociendo la ansiedad en sus ojos.

—Oh, sí, pero estar entre tantos desconocidos es un poco abrumador.

—Sé exactamente cómo se siente —se compadeció Charlotte—. Pero no es una completa desconocida para lord y lady Carstairs, y seguramente ha visto al señor Fancot en la iglesia.

—Sí, aunque apenas he hablado con él. Y vine con mamá cuando visitó a lady Carstairs.

Charlotte se inclinó hacia adelante y susurró:

—No se preocupe, ¡ella no es tan aterradora como parece!

Eso sorprendió a la señorita Truboot, provocando que esbozara una sonrisa.

—Así está mejor. Usted no tiene nada que temer —le aseguró Charlotte—. El vicario va a tocar para nosotros y no es ningún extraño. Aparte de mí, sólo quedan lord Seymore, mi tutor, que es un caballero muy tranquilo, y sir Horace, que es un encanto. Ah, y por supuesto mi acompañante, la señorita Hayes.

Sarah avanzó y le dedicó una sonrisa a la muchacha.

—Le aseguro que no soy ningún ogro.

—Oh, no, por supuesto que no —murmuró ella, sonrojándose.

—Os dejaré para que os conozcáis durante unos minutos mientras le pido al lacayo que avise de que estamos casi listas.

Cuando Sarah volvió, ya estaban sentadas con las cabezas juntas. Sonriendo, se dirigió al piano para buscar la música que necesitarían. Apenas había colocado las partituras sobre el atril que Riddle había sacado de alguna parte, cuando el señor Bamber fue conducido a la habitación. Después de lanzar un saludo bastante casual a las chicas, se acercó a Sarah e hizo una reverencia.

—Señorita Hayes. No sabe cuánto ansío esto —dijo, dejando el estuche del violín sobre el piano y abriéndolo.

—Espero que sea porque está deseando celebrar el éxito de su hermano, señor.

Él esbozó una sonrisa un tanto voraz.

—Siempre he sido optimista, señorita.

Mientras el hombre afinaba su instrumento, los demás entraron en la habitación. Charlotte llevó a la señorita Truboot ante el señor Fancot, y lord Seymore se acercó a Sarah.

—Debo advertirle, señorita, que los dedos de sus pies son los que pueden estar en peligro. Mi baile está un poco oxidado.

Sarah se rio.

—Bueno, ya que me ha confiado sus caballos, lo menos que puedo hacer es confiarle mis dedos.

Ella observó, fascinada, cómo sus ojos se tornaban de un azul aún más intenso. Le recordaron al cielo de un atardecer, justo antes de que la oscuridad lo reclamara. Parpadeó cuando el señor Bamber empezó repentinamente la introducción del baile y todos se apresuraron a ocupar sus puestos.

La pequeña fiesta de baile de Charlotte fue un éxito rotundo. Sir Horace no sólo había superado con éxito el baile campestre, sino que su sincronización había mejorado tanto que incluso había conseguido realizar los pasos más elaborados del cotillón sin molestar ni una sola vez a los demás. De todos los bailarines, el señor Fancot y la señorita Truboot eran los menos expertos, pero se apoyaron mutuamente con sonrisas comprensivas y tímidas y, para cuando el vicario tocó los compases finales del cotillón, parecían sentirse muy cómodos el uno con el otro.

Charlotte sonrió orgullosa en dirección a sir Horace.

—¡Lo ha conseguido! Yo sabía que usted lo haría.

El señor Bamber dejó su violín y se acercó a estrechar la mano de su hermano.

—Bien hecho, Horace. Has mejorado hasta volverte irreconocible.

—Muy amable por tu parte, Loftus. Pero el mérito es de la señorita Fletcher. ¡Es muy paciente!

El vicario le ofreció una reverencia.

—Ha hecho un pequeño milagro, señorita Fletcher.

Ella sonrió.

—No voy a reconocer eso. En realidad, no había nada malo en el baile de sir Horace, sólo tenía que trabajar en su sincronización.

—Eso sí —dijo sir Horace—. Todavía no he conseguido mantener una conversación al mismo tiempo.

—Probablemente sea mejor así —dijo secamente lady Carstairs.

Charlotte parecía un poco consternada, pero se relajó cuando sir Horace le guiñó un ojo y sonrió.

—Yo por mi parte estoy bastante mareada y subiré a acostarme —continuó ella—. Te sugiero que hagas lo mismo, Carstairs, pareces un poco pálido. No es de extrañar, ya que sospecho que estuviste despierto la mitad de la noche.



Los Truboot vivían en una modesta casa solariega cerca de la aldea de Tincton. Sarah y Charlotte compartían el carruaje con lord y lady Carstairs, mientras que lord Seymore y sir Horace los seguían en el coche de caballos, con el señor Fancot por detrás. Como su destino estaba a solo cinco kilómetros de la residencia Priddleton, el viaje duró poco menos de media hora.

Cuando se detuvieron frente a la casa, lady Carstairs se volvió hacia su lord y le dijo:

—Me interesará mucho ver a quién han conseguido reunir con tan poca antelación, pues me atrevo a asegurar que lady Truboot no tenía intención de celebrar una cena esta noche.

—Guarda tus garras, querida —dijo con suavidad—. Estoy seguro de que ella se ha tomado muchas molestias y gastos por nosotros.

—Me agrada la señorita Truboot —dijo Charlotte en voz baja.

—Parece una chica agradable —coincidió lady Carstairs—. Y no dudo de que estará muy agradecida por tu compañía esta noche.

Cuando fueron llevados al salón, lady Truboot se precipitó hacia ellos con una sonrisa de disculpa en el rostro.

—Me temo que hemos tenido algunas cancelaciones. Pero estoy segura de que no tiene importancia. Siempre pienso que una reunión más pequeña e íntima es mucho más agradable. Y estoy segura de que, si no despreciáis nuestra sencilla comida, disfrutaréis de una cena muy

deliciosa —su mirada recorrió rápidamente a los presentes y se posó en Sarah—. Oh, me alegra mucho que hayáis traído a la acompañante de la señorita Fletcher. No recordaba si había dejado claro que estaba incluida en la invitación, y la necesitamos para igualar los números.

—Ni en sueños la habría dejado atrás —dijo fríamente lady Carstairs—. El abuelo de la señorita Hayes, el *barón* Beaumont, era un viejo amigo mío —añadió, sin dudar en exagerar un poco la verdad.

—Ah, ya veo, eso explica su atuendo elegante —lady Truboot se volvió hacia Sarah y, por primera vez, le habló directamente a ella—. Es usted más que bienvenida, señorita Hayes, se lo aseguro.

Sarah no tardó en creerlo cuando tuvo la oportunidad de observar a los demás invitados. El hacendado local, el señor Snook, de mejillas rubicundas y comportamiento directo, parecía deleitarse entablando acaloradas discusiones con la igualmente franca lady Crossington. Esta dama, una formidable viuda de avanzada edad, tenía unos ojos tan mordaces como los de lady Carstairs, y una lengua insensible a las modernas normas de cortesía. Los otros invitados, el señor y la señora Moseley, estaban tan callados así como los otros dos eran ruidosos, y no parecían tener conversación alguna.

Sarah se encontró sentada junto al señor Moseley durante la cena. Sus ojos estrechos y maliciosos se iluminaron cuando observó la mesa abundantemente surtida y, una vez que hubo intercambiado un breve saludo con ella, disfrutó de una copiosa cena, recordando servirle a Sarah solo de vez en cuando alguna de las tentadoras viandas que se ofrecían.

Se trataba de un manjar mucho más suntuoso que cualquiera de los que se servían en la residencia. Las ideas de lady Truboot sobre comida sencilla habrían satisfecho al mismísimo Príncipe Regente. En efecto, ella se había tomado muchas molestias. Después de la sopa de guisantes se sirvió un sinfín de platos, desde chuletas de cordero, ganso, cangrejos condimentados y carpa al horno, hasta ternera, bistec, fricasé de pollo y patitos. Finalmente hubo tarta de perdiz, ave de corral asada, pastelillos, cremas y jalea.

Sólo Sir Horace rompió la estricta etiqueta de la ocasión. Tan conmovido estaba por el festín ofrecido que exclamó repentinamente:

—Una comida sumamente buena, señora. Mis felicitaciones a su chef.

Hubo un coro de aprobación. Sarah pensó que lady Truboot parecía un poco aliviada. Quizá había notado que lord Carstairs sólo picoteaba su comida. Pero a juzgar por las frecuentes miradas que enviaba en dirección a su hija y al señor Fancot, eso no era lo que más le preocupaba.

Cuando las damas dejaron a los caballeros bebiendo su oporto, lady Crossington dirigió su penetrante mirada a lady Truboot.

—Ha sido una cena excelente, aunque algo extravagante, señora. Sólo espero que recupere su inversión.

Lady Truboot sacó su amplio pecho.

—No sé a qué se refiere, lady Crossington. Si mis invitados han disfrutado de su ágape, entonces debo estar satisfecha, estoy segura.

—De eso, al menos, puede estar segura.

Dirigió su atención a Sarah.

—¿He oído que está emparentada con el viejo Berty Beaumont, señorita Hayes?

—Sí, señora. Fue a través de mi abuelo que conocí a lady Carstairs, cuando me llevó a visitar a lady Brabacombe.

Fue consciente de una sensación de alivio cuando esos penetrantes ojos se volvieron en

dirección a lady Carstairs. No tenía ningún deseo de sufrir un interrogatorio minucioso sobre su historia familiar, y estaba completamente segura de que lady Crossington no dudaría en someterla a uno si se sintiera propensa a ello.

—¿Conoció a Letty Brabacombe? —dijo lady Crossington.

—Dudo que alguien la conociera mejor —dijo lady Carstairs—. ¡Viví con ella durante quince años!

—¿De verdad? Si sobrevivió ilesa a semejante prueba, usted debe ser muy fuerte y determinada. Fuimos archirrivales en una época. Tuvimos muchas discusiones —dijo, recordando el pasado—. Siempre he preferido un enemigo digno a un amigo adulador.

—Imagino que esa es una circunstancia afortunada —dijo secamente lady Carstairs.

Lady Truboot jadeó y la señora Moseley pareció encogerse en su silla. Pero a Sarah le pareció que eran muy semejantes en carácter, así que no se sorprendió cuando lady Crossington soltó una carcajada e invitó a lady Carstairs a sentarse con ella.

Charlotte y la señorita Truboot se habían separado un poco y hablaban en voz baja. Lady Truboot miró de una pareja a otra y luego se colocó a medio camino entre ellas.

Sarah se volvió hacia la señora Moseley, decidida a hacerla hablar.

—¿Ha tenido que venir de lejos, señora?

La señora sonrió un poco nerviosa.

—Oh, no.

—Tenemos suerte de que el clima haya seguido siendo bueno.

—Sí, en efecto.

—Ha sido una buena cena, ¿verdad?

—Oh, estoy de acuerdo.

Muchos silencios incómodos acompañaron su forzada conversación, y se sintió extremadamente agradecida cuando los caballeros finalmente se les unieron. Sus ojos parecieron encontrar los de lord Seymore por sí solos. Él enarcó una ceja y se dirigió hacia ella, pero sir Richard fue más rápido.

—Es un placer conocerla, señorita. Conocí a su madre hace tiempo. Usted ha heredado el pelo de su padre, pero sus ojos y su sonrisa vienen de ella.

Parecía que, después de todo, Sarah no iba a librarse de hablar de su familia.

—Apenas la conocí, señor —admitió—. Yo era muy joven cuando murió.

—Es una pena que se fuera tan pronto —dijo suavemente—. Era vivaz y brillante, pero gentil y amable.

—Parece que usted la conoció bien. Lo envidio.

—Sí, lo hice —se inclinó un poco hacia ella y le dijo—: Entre usted y yo, señorita Hayes, le pedí que fuera mi esposa. Pero ella sólo tenía ojos para su padre.

—¡Sir Richard! —llamó lady Truboot.

Él se estremeció cuando su penetrante voz se elevó por encima de la tranquila algarabía de la conversación.

—Ven y ayúdame. Lord Carstairs dice que debe irse pronto, ya que tiene que madrugar, pero la noche aún es joven.

Él envió a Sarah una mirada de disculpa y obedeció la llamada de su esposa. Apenas tuvo un momento para recuperarse de esta revelación cuando el señor Snook se deslizó en el lugar que sir Richard había dejado libre.

Después de haber disfrutado de una cena pantagruélica y de abundantes copas de oporto y brandy, el hombre se encontraba de un humor apacible y bastante alegre. Su tez naturalmente

rubicunda había adquirido el tono de un tomate maduro. Sarah sospechó que podría estar un poco borracho, y tuvo la certeza de ello cuando él le estrujó la mano y le dijo:

—Llevaba toda la noche deseando hablar con usted, señorita Hayes. ¡Nunca había visto una mujer tan bella!

Como Sarah no sabía qué responder a esto, se sintió aliviada cuando el tono mordaz de lady Crossington resonó en la habitación.

—Deja de molestar a esa pobre chica, Snook, y ven a persuadir a lady Carstairs de que merece la pena asistir a la feria de verano de Dorchester.

—¡Maldita sea la mujer! —murmuró en voz baja. Soltó la mano de Sarah a regañadientes—. No vaya a ninguna parte, ¿por favor? Yo no debería tardar más de unos minutos.

Lord Seymore se acercó a ella, con un brillo satírico en los ojos.

—Parece un poco apagada, señorita Hayes. No logro entenderlo. ¿No le resulta agradable la compañía?

Sarah se rio.

—El señor Snook es demasiado agradable, y si usted hubiera pasado la mayor parte de la velada con el señor y la señora Moseley, no me estaría preguntando esto. ¡Me pregunto si hablan entre ellos cuando están en casa!

—Me pregunto qué es peor —reflexionó—, sentarse al lado de alguien que nunca habla, o estar endilgado a alguien que suelta algunas preguntas muy exploratorias entre un exceso de cháchara intrascendente.

—Yo, al menos, me he salvado de esas preguntas exploratorias. Lady Truboot ha estado demasiado ocupada intentando escuchar a escondidas las conversaciones de los demás.

—Creo que lady Truboot estará muy satisfecha con su trabajo de la noche —dijo él.

Sarah siguió la mirada de lord Seymore y vio que el señor Fancot, la señorita Truboot, Charlotte y sir Horace habían formado un pequeño grupo. La señorita Truboot sonreía y sacudía la cabeza ante algo que le decía el señor Fancot.

—Sí, tal vez —reconoció Sarah—. Creo que no es raro que un joven pierda el interés por una joven y se enamore perdidamente de otra.

—Lo que será, será —dijo él—. Y no es nada raro cuando el joven es inexperto, y si sólo ha sido un caso de encaprichamiento. Como Charlotte era la primera mujer joven y hermosa a la que el señor Fancot había estado expuesto, es comprensible que pudiera haber confundido sus sentimientos.

Sarah parecía un poco abatida.

—Tiene usted razón, por supuesto. Es un pensamiento desalentador, pero he aceptado que ya estoy para el arrastre.

Él se rio.

—No diga tonterías. Usted es una joven excepcionalmente, ¡como bien sabe! Pero creo que los gustos del señor Fancot se inclinan por jovencitas más tímidas y retraídas.

—Sí —dijo Sarah con tristeza—. Y me temo que él piensa que soy algo así como una literata.

—¡Sin mencionar que es una jinete excepcional y, además, muy buena con el látigo!

—De hecho, sólo necesitaba eso. Puedo ver perfectamente que él debe considerarme una mujer escandalosa.

Lord Seymore le sonrió de una manera muy inquietante.

—Creo que probablemente sí, señorita Hayes.

Sarah estaba a punto de preguntarle si él la consideraba así, por lo que agradeció que lady

Carstairs eligiera ese momento para despedirse. De alguna manera, Sarah había caído en su antigua forma de bromear, y habría parecido como si estuviera a la caza de cumplidos.

—Supongo que no os iréis todos, ¿verdad? —dijo lady Truboot, un poco desesperada.

—Supongo que no —dijo lady Carstairs—. Charlotte y la señorita Hayes vendrán con nosotros, por supuesto. Pero los demás pueden hacer lo que deseen.

Sir Horace intercambió una mirada con lord Seymore.

—Creo que Seymore y yo deberíamos servir de escolta. Es una noche oscura y podría haber asaltantes de caminos al acecho. Nunca se sabe.

Lady Crossington se rio disimuladamente.

—Me quedaré un poco más, señora —dijo el señor Fancot en voz baja.

El equilibrio de lady Truboot se restableció de inmediato.

—Bueno —dijo lady Carstairs, una vez que estuvieron en el carruaje—. La velada ha resultado mucho más entretenida de lo que esperaba.

—Me alegra que la encontraras así —dijo lord Carstairs, un poco cansado—. Creo que tú también la has disfrutado, Charlotte.

—Oh, sí. Emma y yo teníamos muchas ideas en común.

Él le dedicó una sonrisa a Sarah.

—No creo que usted haya encontrado la velada tan entretenida, señorita Hayes.

—¿Quiénes eran esas personas? —preguntó ella.

—Supongo que se refiere al señor y a la señora Moseley, ya que pareció estar agobiada con ellos durante la mayor parte de la velada.

—Sí. Nunca había conocido a gente con tan poco que decir por sí mismos.

—Creo que el señor Moseley solía dedicarse a las actividades bancarias. Se mostró bastante más expansivo cuando vosotras, damas, abandonaron la sala. Por uno o dos comentarios que soltó, que no merece la pena repetir, deduzco que no le gusta demasiado la compañía femenina.

—Pobre señora Moseley —dijo Sarah.

—Precisamente —coincidió lord Carstairs.

Mientras se dirigían a la cama, lady Carstairs dijo:

—Ven a mi habitación unos minutos, ¿quieres, Carstairs? Deseo hablar de algo contigo y puede que no tenga la oportunidad por la mañana.

CAPÍTULO 12



Lord Seymore y sir Horace aún no estaban listos para irse a la cama y se dirigieron a la biblioteca a por una copa.

—Ha sido una velada muy agradable —dijo sir Horace mientras bebía a sorbos una copa del fino vino de burdeos de lord Carstairs.

Lord Seymore sonrió.

—Sospecho, amigo mío, que a usted le parecería agradable cualquier lugar en el que estuviera mi custodia.

—¿Y por qué no iba a ser así? Es una chica muy agradable.

—Sí —coincidió—. Es un orgullo para mí.

Sir Horace le dirigió una mirada severa.

—Pero eso no es gracias a ti, ¿verdad? Es una suerte que su naturaleza bondadosa haya permanecido intacta después de que casi la abandonaras.

Lord Seymore pareció un poco sorprendido.

—¿Ella ha dicho eso?

—Por supuesto que no. Parece pensar lo mejor de ti, pero no entiendo por qué. Afirma que era muy feliz en el seminario, pero puedo leer entre líneas, y diría que ha habido momentos en los que se ha sentido muy sola. Eso no es lo que yo hubiera querido para mi hermana. Si no fuera por la señorita Hayes, me estremezco al pensar lo que podría haberle pasado. No merece la pena pensar en ello.

—Soy plenamente consciente de la deuda que tengo con la señorita Hayes —dijo lord Seymore, un poco en tono de protesta—. Es por la señorita Hayes que le permití permanecer en la escuela, pero puedes estar seguro de que la habría sacado de allí si hubiera parecido infeliz. La invité a Winbourne, ¿sabes? Ella no quiso ir.

—No es de extrañar. Una persona sabe reconocer cuando no la quieren.

Lord Seymore frunció el ceño ante su copa. El comentario cruel de sir Horace había dado en el blanco. Aunque él habría cumplido con su deber si hubiera sido necesario, no había querido semejante complicación en su vida.

—Lo siento, colega —dijo su amigo con voz desconcertada—. No sé qué me ha pasado. No me corresponde decir nada. Pero te diré lo que deberías haber hecho.

Lord Seymore sonrió irónicamente.

—Soy todo oídos, Bamber.

—Deberías haberte buscado una esposa; haberle dado una madre a la niña. Ahora que lo pienso, todavía deberías hacerlo. Me parece que lord Carstairs no goza de muy buena salud, y lady Carstairs no disfrutará de todo el alboroto y las molestias de la ciudad, además, ahuyentará a

todos los hombres, excepto a los más decididos. Búscate una esposa, Seymore, y deja que ella debute a la señorita Fletcher.

—Esperaba que eso no fuera necesario —murmuró.

—¿No fuera necesario? ¡La chica tiene que hacer su debut!

—Pensé que podría tener interés en la señorita Fletcher —dijo lord Seymore con suavidad.

Los ojos de sir Horace se abrieron de par en par.

—Espera un momento, Seymore. La aprecio mucho, estoy seguro, igual que aprecio a mi hermana. ¡Pero un hombre no quiere casarse con su hermana!

El mayordomo entró en la habitación, con aspecto ligeramente disgustado.

Lord Seymore le dedicó una sonrisa arrepentida.

—¿Te estamos desvelando, Riddle?

—En absoluto, señor. El señor Fancot aún no ha llegado. Me temo que ha habido una pequeña confusión esta mañana. Llegó una carta para usted pero fue entregada a Lord Carstairs con el resto de su correspondencia. No tuve oportunidad de dársela a usted antes de su partida.

Lord Seymore la cogió de sus manos.

—Gracias. No dejes que eso te moleste. Dudo que sea algo importante.

Mientras Riddle salía de la habitación, echó un vistazo a su contenido y luego volvió a leerlo con más detenimiento.

—Espero que no haya ningún problema, Seymore.

Levantó la mirada.

—No sabría decirlo. Mi vecino, sir Francis Hopton, dice que tiene algo que decirme. Dice que no puede esperar. Me ha invitado a cenar mañana.

—Parece un tipo impaciente. ¿Irás?

—Creo que sí. Es un hombre muy apacible, y que me haya escrito cuando sabe que estoy ocupado en otro lugar, sugiere que es un asunto de cierta importancia.

—¡Pero te perderás el baile! ¡El primer baile de la señorita Fletcher! Eres su tutor. Tienes que venir.

—Todavía puedo lograrlo. Sólo me debería llevar siete horas, seis si aprieto, llegar a Winbourne. A menos que algo imprevisto me lo impida, llegaré a tiempo. Pero no me esperes si me retraso; ocupa el lugar de lord Carstairs en el carruaje y nos encontraremos allí. Pero cuida de Charlotte por mí, ¿por favor?

Sir Horace se puso en pie y bostezó.

—Será un placer. Pero intenta llegar si puedes, viejo amigo. Ya es hora de que empieces a tomarte en serio tus obligaciones —sacudió la cabeza—. Ya estoy otra vez sermoneando. No lo entiendo. No es propio de mí.

Lord Seymore sonrió.

—Esta noche has bebido una potente mezcla de vino, oporto y brandy, Bamber. Eso te ha vuelto parlanchín de una manera alarmante.

—Debe ser eso —dijo sir Horace—. Sin ánimo de ofender, colega.

—No me he ofendido. Ahora vete a la cama antes de que te quedes dormido allí de pie.

—Sí, creo que lo haré. Buenas noches, Seymore.

—Buenas noches, Bamber.

Lord Seymore agitó suavemente los posos de su vino y los contempló con un mirada concentrada, como un vidente intentando leer atentamente las hojas de té. Después de un tiempo, suspiró y lo bajó cuidadosamente. Se dirigió a la cama, pero se esforzó en conciliar el sueño.

Su ayuda de cámara lo despertó a las seis en punto. Se levantó algo aturdido y deslizó los

brazos dentro de la bata que Tench tenía preparada para él. Se dirigió al lavabo y se echó varios puñados de agua caliente en la cara para despejarse.

—¿Ha sido una noche pesada, señor?

—Algo así —murmuró lord Seymore.

—Será mejor que me permita afeitarse esta mañana —dijo, deslizando la cuchilla de la navaja por el suavizador.

Era una tarea que lord Seymore solía preferir hacer él mismo, pero esta mañana permitió que su ayuda de cámara se saliera con la suya mientras pensaba por qué sir Francis necesitaba verlo con tanta urgencia. Pero para cuando su mandíbula cuadrada volvió a estar lisa, no estaba más cerca de una respuesta.

—He preparado su bolsa de viaje, señor. ¿Ha dicho que solo sería una noche?

—Eso espero, Tench. Pero no te necesitaré.

Tench había estado limpiando la navaja; hizo una mueca de dolor al herirse un dedo.

—Me alegra haber esperado a que terminaras de afeitarme para mencionarlo —murmuró lord Seymore.

—Pero, señor, usted va a cenar con sir Francis y lady Hopton. ¿Quién lo vestirá?

Se rio.

—Creo que te darás cuenta de que puedo arreglármelas. Seguro que he cenado con ellos un centenar de veces, y nos llevamos tan bien que no me imagino que vayan a levantar una ceja si mis botas no brillan tanto como de costumbre.

Tench frunció el ceño.

—Ya le he lustrado las botas, señor. No les encontrarán ningún defecto. Pero, ¿quién planchará su abrigo?

—Estoy seguro de que tengo una docena de abrigos planchados en Winbourne. Ahora deja de quejarte, hombre. No quiero oír más. Cuando vuelva, estaré apurado por cambiarme para el baile y necesito que tengas toda mi ropa extendida, lista.

—Por supuesto, milord.

Lord Seymore sabía que había ofendido profundamente a su ayuda de cámara al dirigirse a él en un tono tan formal y frígido.

—Si te hace sentir mejor —dijo, entre divertido y exasperado—, me pondré lo que elijas sin rechistar.

Vio que los ojos de su ayuda de cámara se iluminaban y deseó poder recordar sus imprudentes palabras, pero no tenía más tiempo que perder. Cuando se vistió y bebió su café, eran casi las siete. Se apresuró a bajar a los establos. Sin embargo, no era su carruaje el que esperaba en el patio, sino el de lord Carstairs. Ese caballero estaba sentado en su vehículo con las riendas en las manos.

—Buenos días, señor —le dijo, acercándose a zancadas.

—Es una buena mañana para un viaje, Seymore. Riddle me informa que te diriges a Winbourne.

—Sí, señor. Pero espero estar fuera sólo una noche.

—¿Asunto de negocios?

—Sí, señor.

—Entonces debes ir, por supuesto. ¿Volverás para el baile?

—Esa es mi intención —confirmó.

—Bien. Charlotte se sentiría decepcionada si te lo perdieras.

El señor Fancot se apresuró a cruzar los adoquines, con una cesta en la mano.

—Siento haberlo hecho esperar, señor —dijo con una sonrisa burlona—. Me quedé dormido unos momentos y luego la señora Baines no me dejó marchar antes de haber preparado esta cesta. Le dije que el ama de llaves en Filton nos esperaba y que estaríamos allí al mediodía, pero ella no parece creer que podamos sobrevivir tanto tiempo sin sustento. ¡Dice que no se puede confiar en la porquería que sirven en las posadas!

—Estoy seguro de que estaremos muy agradecidos por ello —dijo lord Carstairs con amabilidad.

El señor Fancot depositó la cesta en el suelo del carruaje, pero vaciló con el pie en el escalón.

—¿Está seguro de que no desea que yo conduzca, señor?

—Completamente seguro —dijo lord Carstairs con firmeza—. Yo conducía mucho antes de que tú nacieras, muchacho, y no me sorprendería poder enseñarte un par de cosas.

El señor Fancot sonrió y subió a bordo.

—Lo esperaré con impaciencia, señor.

Lord Seymore les hizo señas para que se pusieran en marcha, pero tuvieron que frenar bruscamente para evitar chocar con la señora Baines, quien entraba corriendo en el patio con algo envuelto en una fina muselina entre las manos.

—Me alegra haberlo alcanzado, señor —dijo ella, jadeando—. La señora Fancot acaba de enviar esta tarta de almendras desde la casa de la viuda. Aparentemente es una de sus favoritas. Dijo que tal vez no la olvidaría durante su ausencia si la aceptaba.

El señor Fancot lo cogió y lo añadió a la cesta.

—Dale las gracias de mi parte, ¿por favor? —dijo lord Carstairs, mientras se alejaban.

Lord Seymore los miró pensativamente. ¿Era posible que lady Carstairs tuviera motivos para estar celosa? No, él no podía creerlo. Era mucho más probable que el mensaje fuera dirigido a su hijo.

Él hizo buen tiempo, e incluso con una breve parada para refrescarse, llegó a Winbourne a las dos en punto. Sonrió al ver la mansión de ladrillos rojos a lo lejos. Estaba construida sobre los cimientos de un monasterio del siglo XIII, pero había sido remodelada al estilo palladiano. Los únicos indicios de sus antiguos orígenes eran el patio cubierto y el cellarium que había bajo él.

Había esperado pillar por sorpresa a su ama de llaves y a su mayordomo, ya que no había tenido tiempo de avisarles de su llegada, pero cuando entró en el vestíbulo, Skelforth lo estaba esperando.

—Ha hecho muy buen tiempo, señor —dijo, cogiendo el sombrero y el abrigo de lord Seymore.

Lo miró con cierta sorpresa.

—¿Has desarrollado el don de la previsión, Skelforth?

—Desearía tenerlo, señor —dijo con un atisbo de sonrisa—. Qué útil sería.

Antes de que pudiera responder, la señora Norton, su ama de llaves, salió de la puerta que conducía a las cocinas y a su sala de estar.

—Milord, no lo esperaba tan temprano. Debí haber conducido a una velocidad vertiginosa —le dijo, en un tono de reproche que sólo una criada con muchos años de servicio se habría atrevido a utilizar.

—No —le aseguró—. Puede que haya espoleado un poco a los caballos, pero no excesivamente, se lo aseguro.

—Si usted lo dice, señor —dijo ella—. Pero no debe preocuparse; lo encontrará todo

preparado.

Él le sonrió.

—De eso no tengo ninguna duda, señora Norton. Pero lo que me gustaría saber es cómo supo que yo vendría.

—La señorita Hopton vino, quizá hace una hora. Ella esperaba hablar con usted antes de que fuera a Shaldon a cenar.

—¿De verdad?

—Sí, señor. Parecía ansiosa por hablar con usted. Si hubiera sido cualquier otra joven la que hubiera venido, la habría echado de manera furiosa, puede estar seguro. Pero como usted y la señorita Hopton llevan muchos años siendo amigos, le dije amablemente que si sir Francis le había escrito a usted hacía sólo dos días, era muy improbable que usted llegara aquí hasta dentro de unas horas.

—Ya veo —dijo él, aunque, a decir verdad, no lo entendía en absoluto. ¿Qué demonios estaba pasando?

Sabiendo que a sir Francis le gustaba cenar a las cinco, llegó quince minutos después de las cuatro, esperando poder hablar tranquilamente con la señorita Hopton. Sin embargo, esta oportunidad no le fue concedida. El mayordomo lo hizo pasar inmediatamente al estudio.

Sir Francis estaba sentado detrás de su escritorio, pero se puso en pie de inmediato y avanzó para saludar a su invitado.

—Seymore, sabía que no me fallarías —le dijo, estrechándole amablemente la mano.

Lord Seymore bajó la mirada hacia la simpática actitud de su anfitrión, pero pasó por alto la ligera expresión de tormento en sus ojos.

—Por supuesto que no, señor. No sé qué ha ocasionado este llamado, pero puede estar seguro de que lo ayudaré en lo que pueda.

La mano de sir Francis seguía perdida dentro de la de lord Seymore, de mucho mayor tamaño, pero colocó la otra sobre ella y dijo:

—Lo sé, Seymore, lo sé. Por favor, siéntate.

Hizo un gesto con la cabeza a su mayordomo y este sirvió dos copas de vino, y luego los dejó.

—Ha habido más problemas en las salinas, Seymore. Hiciste muy bien en retirar tu inversión el año pasado. Este impuesto sobre la sal está matando la industria.

—Por eso puse mi dinero en el astillero, señor.

—Sí. Y también acertaste en eso —dijo sir Francis—. Por desgracia, eso también ha llamado la atención de los contrabandistas.

Lord Seymore asintió.

—Era sólo cuestión de tiempo. El impuesto es insostenible y hay muy pocos beneficios, por no decir ninguno.

—En efecto. Pero, por desgracia, tenemos un oficial de la sal muy serio, un tal señor Fawltly, que está decidido a forjarse un nombre y llevar a los culpables ante la justicia. El problema es que su dedicación a su deber no está acompañada de ningún grado de moderación o sentido común. Sus acciones se han basado en suposiciones.

—Me temo que tendrá que explicarse un poco más si desea que lo entienda, señor —dijo lord Seymore.

—A él le parece muy interesante que la producción, y por tanto el impuesto pagado, disminuyera sustancialmente no mucho después de que usted retirara su interés. Cuando descubrió, no sé por qué medios, que debajo de la casa de usted se extiende un enorme cellarium,

y que el río que fluye por sus tierras desemboca en el mar en Lymington, llegó a la errónea suposición de que sería el lugar perfecto para almacenar el excedente no declarado hasta que llegara el momento de embarcarlo. Me ha solicitado, como juez local, permiso para registrar su propiedad en busca de las pruebas que él tanto necesita.

—Pero, señor, ¿era realmente necesario llamarme para esta tontería? ¿Seguro que sabe que los Seymore nunca han confabulado con los contrabandistas? Mi padre nunca simpatizó con ellos.

Sir Francis asintió.

—Lo sé, lo sé. Pero las guerras le han costado mucho al gobierno, y necesitan recuperar su dinero donde puedan. Este presuntuoso arribista ha persuadido a ciertas personas influyentes de la justicia de su causa.

Lord Seymore frunció el ceño.

—Dejemos que busque. No tengo nada que ocultar. Aunque sigo sin entender la urgencia; de todos modos, yo tenía intención de regresar en una semana más o menos.

Sir Francis bebió un sorbo de vino, pensativo.

—Sí, bueno, me harías un gran favor al quitarme esto de encima.

La expresión de lord Seymore se aligeró.

—¿Tan malo es, señor?

Sir Francis se rio.

—Él es como una avispa irritante, que da vueltas a tu alrededor sin cesar.

—Entonces será un placer quitarle el aguijón a esta avispa, señor —dijo lord Seymore, sonriendo.

—Eres un orgullo para tu padre, Seymore —dijo sir Francis, con una voz un poco ronca—. Todavía lo echo de menos, ¿sabes?

—Sí, sé que eran grandes amigos, señor. Yo también lo echo de menos. Winbourne no es lo mismo sin él.

Lord Seymore se encontró ante una mirada repentinamente intensa.

—No. Estoy seguro de que no lo es. Es hora de que le pongas tu propio sello, Seymore. Necesitas instalar una esposa allí y tener hijos.

—Sí. Lo he estado considerando, señor.

—Excelente. Eso me lleva a la otra razón por la que hice que vinieras.

—¿Oh?

—Se me ha acercado un respetable caballero, un tal señor Clayton. ¿Le conoce?

—Creo que no.

—No, bueno, has estado muy ocupado últimamente. Es un caballero muy respetable y es el segundo hijo del conde de Frome. Afortunadamente no ha sufrido el destino de muchos hijos menores, sino que se le ha concedido su finca en Pennington, a unas diez millas de aquí. Es de un tamaño razonable, y si se administra bien, debería proporcionarle buenos ingresos.

—Me alegra oírlo, señor. Pero no entiendo muy bien qué tiene que ver esto conmigo.

Sir Francis se removió un poco en su silla.

—¿Eres consciente de que tu padre y yo esperábamos que pudieras estrechar un poco más los lazos que siempre han unido a nuestras familias?

Lord Seymore no fingió haberlo malinterpretado.

—Se refiere a Lucy, supongo.

—Así es. Vosotros dos siempre habéis sido buenos amigos, y yo estaba contento de esperar. Pero ella ahora tiene veinticuatro años, Seymore, casi demasiado vieja para que alguien la

considere en matrimonio, podría decirse. El señor Clayton ha concertado una cita para verme mañana. Le ha concedido a Lucy un halagador grado de atención desde que la conoció en un baile en Lymington hace un mes, así que creo saber por qué él vendrá.

—Ya veo —dijo lord Seymore, pensativo—. ¿Y cree que Lucy aceptará la oferta del hombre?

—Sólo hay una razón por la que podría no hacerlo. Le agrada bastante, pero sospecho que no tanto como le agradas tú.

—Ahora entiendo su urgencia, señor.

—Sí, deseaba darte la oportunidad de considerar tu futuro antes de reunirme con el Clayton.

Lord Seymore se sintió un poco irritado. Aunque Lucy había encabezado su corta lista de posibles novias, no le gustaba que lo apresuraran a tomar una decisión de esta manera.

—Te sugiero que la lleves a dar un paseo por el jardín después de la cena y que converses con ella en privado. Pero decidas lo que decidas, siempre serás bienvenido en Shaldon, como espero que sepas. Ahora, creo que deberíamos unirnos a las damas.

Apenas había puesto un pie dentro del salón, cuando una dama ligeramente regordeta y de rostro amable se acercó a él con las manos extendidas.

—Justin. Qué alegría verte.

Él cogió las manos y depositó un beso sobre la mejilla ligeramente empolvada de lady Hopton.

—¿Cómo está, lady Hopton?

—Estoy muy bien, gracias —lo miró con detenimiento—. Sin embargo, no estoy segura de poder decir lo mismo de ti. Estás un poco pálido.

Él sonrió.

—El resultado de una noche larga y un comienzo temprano, señora.

—Bueno, no importa. Una buena cena te sentará bien.

—¿Compraste tus castaños, Justin? —dijo la señorita Hopton, acercándose con la mano extendida.

Él la cogió y la sostuvo un momento.

—Así es, Lucy. Y estoy muy contento con ellos.

—Entonces, ¿supongo que son de la mejor calidad goers?

Él se rio.

—Precisamente.

La señorita Hopton no era una belleza; su pelo, como el de su madre, era de un castaño poco llamativo, pero había algo muy agradable en sus rasgos ordinarios, entre los que destacaban un par de claros ojos grises.

—¿Y cómo está su custodia? —preguntó lady Hopton.

—Charlotte está muy contenta con su tía abuela —dijo él.

—Me complace mucho oírlo. No hay necesidad de que vuelvas a escaparte, al menos por unos días.

—En cuanto a eso, señora. Me temo que no puedo quedarme más de una noche. Charlotte asistirá a su primer baile mañana. No quisiera perdérmelo.

—No, claro que no —dijo, con un poco de pesar.

Durante la cena, y una vez agotado el tema del ridículo oficial de la sal, fue bombardeado con preguntas sobre la residencia Priddleton, los Carstairs y todos los demás invitados que se alojaban allí en ese momento. Disfrutaron mucho escuchando las vicisitudes de sir Horace, al igual que la descripción de algunos de los invitados a la cena de lady Truboot.

—Me parece, Justin —dijo lady Hopton cuando él terminó—, que Charlotte tiene más que suficientes protectores a su alrededor. Sir Horace parece estar bastante prendado de ella.

Lord Seymore sonrió.

—Lo está, en efecto, señora, aunque él todavía no se da cuenta.

—Sí, bueno, más de un caballero ha sido culpable de eso, estoy segura —dejó eso de lado un momento, y lord Seymore miró a Lucy. Ella bajó los ojos y se sonrojó—. Y lady Carstairs parece una mujer formidable.

—No puedo estar en desacuerdo —dijo él.

—Y luego está la señorita Hayes.

Lucy levantó los ojos y él desvió los suyos.

—Sí, señora. Es como una leona protegiendo a su cachorro.

—Y aun así crees necesario volver corriendo a la residencia Priddleton.

Él se percató de que eso era verdad.

—Charlotte lo espera de mí.

Lady Hopton le dirigió una mirada escrutadora y luego se rindió.

—Creo que has cambiado un poco, Justin. Por fin te tomas en serio tus obligaciones. Eso está bien.

—Creo que podemos prescindir del oporto —dijo sir Francis—. Lleva a Lucy a por un poco de aire mientras el clima aún es cálido.

Lord Seymore la miró de nuevo y ella asintió, sonrojándose ferozmente. Entonces, ella sabía que iba a suceder algo. Mientras la joven cogía su capota y pelliza, él se paseó por el vestíbulo mientras su cerebro trabajaba rápidamente. Lucy había sido su confidente durante mucho tiempo, a menudo había cabalgado o paseado con él cuando su padre estaba tan enfermo. Y todos los Hopton lo habían apoyado tras su muerte. Cuando había pensado en elegir esposa, Lucy le había parecido la candidata perfecta; se conocían desde niños. De repente, recordó las palabras de sir Horace de la noche anterior: *un hombre no quiere casarse con su hermana*. No creyó ni por un momento que sir Horace consideraba realmente a Charlotte como una hermana, pero ahora comprendía que así consideraba precisamente a Lucy.

Sin embargo, a juzgar por sus mejillas sonrojadas, su propuesta no sería mal recibida. ¿Qué podía hacer él? No deseaba hacer sufrir a su amiga de la infancia, pero no estaba seguro de ser lo suficientemente bueno.

Dejó de pasearse cuando Lucy bajó corriendo las escaleras, sonrió y le ofreció el brazo.

—¿La rosaleda? —sugirió él.

Ella negó con la cabeza.

—No, vayamos al parque.

Caminaron en silencio durante unos instantes, con la pesada carga de la expectativa entre ellos. Finalmente, él no pudo soportarlo más. De repente, se volvió hacia ella y le cogió las dos manos. Era extraño, Lucy no era de las que se ruborizaban y, sin embargo allí estaba, con las mejillas tan carmesíes como la puesta del sol.

—Lucy. Siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, así que seámoslo ahora. ¿Deseas casarte conmigo?

El rubor se desvaneció mientras un brillo de diversión iluminaba sus ojos.

—¿Justin, criatura torpe! ¿Ha sido una propuesta?

—Sí. No. Es decir, sólo intento averiguar tus sentimientos.

Ella se rio de su incomodidad.

—¿Creo que el caballero debe demostrar su valentía, ¡no intentar averiguar qué responderá su

bella doncella antes de preguntarle!

Parecía un poco avergonzado.

—Estoy armando un lamentable lío, ¿verdad?

—En efecto, amigo mío. Voy a pedirte que confíes en mí.

Justin levantó las cejas.

—Confío en ti, Lucy.

—Bien. Ahora pregúntamelo.

Él dudó y ella sonrió.

—Confía en mí —no fueron sus palabras sino el brillo de picardía en sus ojos lo que la provocó.

—Lucy Hopton, ¿te casarás conmigo? —las palabras salieron a toda velocidad y carecieron de convicción.

Ella volvió a reír.

—Eso es una ligera mejora, pero sigue siendo lamentable. Me temo que no me queda otra opción, Justin. Debo rechazar tu oferta tan poco cortés.

Él sintió que se le quitaba un peso de encima.

—¡Lucy! ¡Pícara! ¿Por qué no me dijiste desde el principio que no querías casarte conmigo?

—Iba a hacerlo —le aseguró—. Por eso me apresuré a ir a Winbourne para intentar verte antes. Pensé que sería un asunto sencillo de hablar contigo, y tal vez lo habría sido, pero no estabas allí. Mi padre habló conmigo antes de que llegaras, y parecía pensar que desearías el emparejamiento.

Lord Seymore sonrió con compasión.

—Y probablemente exageró diciendo que tú y yo casándonos era su deseo; y el de mi padre, desde hacía mucho tiempo.

—Sí. En efecto. Fuera como fuera, sembró una semilla de duda en mi mente.

Los ojos de la joven se suavizaron.

—Justin, eres mi querido, querido, amigo, no desearía causarte ningún dolor. No sabía qué hacer. Me sentía bastante mortificada. Pero cuando por fin hablaste, pude ver que eras tan reacio como yo. Tendríamos un matrimonio muy agradable, estoy segura, pero carecería de algo, ¿no crees?

—Sí, querida Lucy. Y creo que has descubierto que el señor Clayton tiene ese algo.

Un suave brillo calentó sus ojos.

—Así es.

—Entonces deseo que seas muy feliz.

—Gracias.

—Pero, ¿por qué me has hecho soltar la propuesta?

—¡Porque así ni mamá ni papá podrán culparte, bobo! Tú me lo preguntaste y yo me negué. No pudiste haber hecho más.

La miró con cariño.

—No tenías por qué hacerlo, ¿sabes? Tu padre ya me ha asegurado que siempre seré bienvenido aquí sin importar mi decisión.

—Bueno, ahora podemos estar seguros de ello.

Habían estado caminando lentamente hacia la casa. Cuando se acercaron, Lucy se volvió hacia él, se puso de puntillas y le besó rápidamente la mejilla.

—No entres, Justin. Deja que yo lo explique.

Ella subió corriendo los escalones hasta la puerta principal y luego miró por encima del

hombro, con la picardía de nuevo en sus ojos.

—Creo que también has encontrado a alguien con ese algo, Justin. Te sugiero que practiques tu discurso antes de poner tu valentía a prueba por segunda vez.

Desapareció antes de que él pudiera contestar.

CAPÍTULO 13



Justin condujo de vuelta a Winbourne, sumido en sus pensamientos. Pero fue sacudido de su meditación mientras avanzaba por la larga entrada. Un destello brillante, como el que se producía cuando el sol se refleja en el cristal, llamó su atención. Aminoró la marcha de sus caballos y volvió a verlo. Estaba a cierta distancia y procedía de un lugar donde sabía que no había ventanas. El río estaba cerca del lugar, pero tenía orillas profundas, y sabía que no pudo haber visto los rayos del sol en su ocaso reflejados en el agua desde el lugar donde se encontraba.

Estaba claro que Skelforth lo había estado vigilando. La puerta se abrió antes de que él hubiera subido los escalones poco elevados que conducían a ella. El rostro de su mayordomo era serio.

—Hay un señor Fawlty esperándolo en la sala verde, señor —la desaprobación estaba grabada en cada sílaba—. Al parecer trabaja para la oficina de sal y tiene algún asunto urgente con usted. Le dije que había salido, pero insistió en que lo esperaría. Ninguno de mis métodos habituales de persuasión ha surtido efecto en él, y a menos que lo echara físicamente; cosa que habría estado muy tentado de hacer si yo no le hubiera dado al lacayo John unos días de permiso para visitar a su familia, no había mucho que yo pudiera hacer.

—Iré a verlo, Skelforth —le dijo, entregándole su sombrero. Sin embargo, cuando el mayordomo se dispuso a ayudarlo a quitarse el gabán, negó con la cabeza—. ¿Le has ofrecido algún refrigerio?

—No, señor.

—Bien. No te molestes.

Parecía que había llegado el momento de librar a sir Francis de su molesta avispa. Abrió de par en par la puerta del salón verde y se quedó un momento en el umbral, con una postura amplia y un abrigo con muchas capas que le ensanchaba tanto los hombros que casi tocaban el marco a cada lado. Una de sus cejas se alzó con una altivez que cualquiera de sus amigos se habría asombrado de ver. El pugnaz y pequeño oficial, que se había puesto en pie apresuradamente y había estado a punto de lanzarle un desafío; estaba seguro, cerró la boca y palideció un poco.

—¿Señor Fawlty?

—Así es, señor.

—Es un momento extraño para venir a visitarme, ¿verdad? ¿A qué debo el placer? —dijo fríamente.

El pequeño hombre, de complexión delgada, pareció recuperarse. Se irguió, echó la cabeza hacia atrás y miró por debajo de su larga nariz. Como la cabeza del señor Fawlty ni siquiera llegaba a los hombros de lord Seymore, su estrecha mirada se posó en el tercer botón de su gabán, arruinando un poco el efecto.

—Como ha estado cenando con sir Francis esta noche, estoy seguro de que sabe de qué se trata esto, señor.

—Se refiere a las montañas de sal que usted cree que están guardadas en mi almacén, supongo.

Pronunció estas palabras con una incredulidad tan desdeñosa que una expresión de incertidumbre cruzó el rostro del señor Fawltly, como si ya no estuviera tan seguro de su sagacidad.

—No pretendo ofenderlo, estoy seguro, señor...

—Entonces, ¿a qué se refiere, hombre? Creo que ha solicitado varias veces una orden para registrar mi casa. Una orden, le recuerdo, que aún no se le ha concedido, provista únicamente de la información de que los beneficios de las salinas cayeron drásticamente no mucho después de que yo retirara mi participación en el negocio...

—El descenso de la rentabilidad empezó mucho antes de eso, señor.

—Por eso decidí invertir mi dinero en otra parte —dijo lord Seymore—. No es un acto irrazonable, ¿verdad? Usted ha difundido sus sospechas infundadas en varios círculos, desacreditando así el buen nombre de mi familia, y tiene al menos a un hombre, y probablemente más, invadiendo mis tierras junto al río.

—Dado que usted había sido alertado de mis sospechas, pensé que era mejor tomar algunas precauciones. Y admito que todavía no tengo una orden para registrar su propiedad, algo que en sí mismo me parece bastante revelador...

—Lo que le revela, señor Fawltly, es que sir Francis posee más honradez como para permitirle registrar la propiedad de un hombre cuando ni siquiera está allí para presenciar el ultrajante suceso.

Los ojos del señor Fawltly se entrecerraron aún más.

—O quizás, como sois amigos, pensó en avisarle. Es bien sabido que el contrabando ha hecho estragos por estos lugares durante muchos años, y si usted pretende decirme que más de un distinguido caballero no está implicado en él de un modo u otro, ya sea haciendo la vista gorda o aceptando una entrega de brandy o vino...

—No pretendo decirle tal cosa —dijo tranquilamente lord Seymore—. Sólo que mi familia nunca ha hecho eso.

Esta respuesta prosaica redujo considerablemente los ánimos que el señor Fawltly había estado acumulando, pero no perdió de vista su objetivo.

—Bien, señor —dijo, con la voz un poco apagada, claramente decepcionado por no haber sido capaz de llegar a su principal demanda con cierto grado de dramatismo—, si no tiene nada que ocultar, seguramente no se opondrá a que mire en sus sótanos.

Lord Seymore decidió que era hora de poner fin a esta farsa.

—Señor Fawltly, le pediré a mi mayordomo que le dé un recorrido por el cellarium. Cuando haya terminado, le pido que reúna a sus hombres, abandone mi propiedad y no vuelva a pisarla. Ha actuado más allá de lo que le corresponde y estaría en mi derecho de armar un escándalo considerable por este asunto, pero como tengo que irme a primera hora de la mañana, me abstendré de hacerlo en esta ocasión. Ya tendrá que dar suficientes explicaciones. Ha hecho el ridículo, señor Fawltly, y cuando sus superiores lean su informe, me temo que su carrera correrá peligro.

Examinó con cierta satisfacción la expresión de inquietud en el rostro de su invitado no deseado, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Encontró a Skelforth al acecho en el pasillo.

—Dale unos minutos para que considere su locura y luego enséñale el cellarium, ¿por favor?

Se retiró a su estudio, se despojó de su gabán y se hundió en un sillón. Sus labios se crisparon al imaginar la consternación que seguramente se apoderaría del señor Fawlty cuando se percatara del gran error que había cometido.

Tal vez debería sentir más compasión por el hombre, porque ¿acaso su propio juicio no había fallado también? Había pensado que deseaba una esposa conforme, que no interfiriera demasiado en su forma de vida, pero los acontecimientos de esta noche le habían demostrado lo vacía que sería una existencia así.

Al igual que el señor Fancot, Justin se dedicaba al trabajo de su finca, aunque a diferencia de él, no excluía todo lo demás. Tenía un amplio círculo de amigos y solía ser invitado a unirse a ellos en alguna que otra juerga. Al final de un largo día, solía sentarse en este sillón y se sentía bastante satisfecho con su suerte. Pero era consciente de que le habría gustado tener a alguien con quien reírse de la desafortunada visita del oficial de sal. La señorita Hayes, por ejemplo, siempre disfrutaba de lo ridículo.

Lucy siempre había sido muy perspicaz. Una de las cosas que siempre le había gustado más de ella era su comprensión tácita. Él no había necesitado explicarle las cosas; ella siempre había intuido cuando estaba preocupado y no había exigido ni necesitado explicaciones tediosas. Ella tenía razón, por supuesto, la señorita Hayes siempre había tenido ese algo extra, y Justin, en ocasiones, había sentido una conexión similar a la que tenía con Lucy, especialmente en cuestiones de humor. El problema era que no tenía ni idea de lo que ella pensaba de él.

Lo que sí sabía era que ella había palpado su propia posición la noche anterior. Hasta que la señorita Hayes fue consciente de sus conexiones, lady Truboot la había tratado como si no existiera, e incluso entonces, no la había considerado digna más que de la más mínima cortesía. Por el contrario, el señor Snook le había brindado algunas atenciones demasiado cordiales, y la señorita Hayes debió haber sido plenamente consciente del hecho de que él nunca habría sido tan atrevido, por muy borracho que estuviera, si ella no hubiera sido la ayudante contratada. Ella lo había disipado con una sonrisa irónica, pero a él le pareció intolerable que una mujer, que estaba muy por encima de muchas de su género tanto en logros como en belleza, se viera sometida a semejante trato.

¿Ese algo que surgía entre ellos compensaría la alteración de la vida de Justin? Empezaba a pensar que unos meses en la ciudad serían un pequeño precio a pagar para salvarla de las indignidades de su posición actual.



Tres pares de ojos estaban fijos en la delicada visión que descendía las escaleras de la residencia Priddleton. Adornada con un sencillo vestido de gasa blanca sobre una enagua rosada pálida, Charlotte parecía flotar escaleras abajo. El sutil color rosa de las rosas entretejidas tanto en su vestido como en su cabello, se reflejaba en sus mejillas suavemente sonrojadas.

—Preciosa —dijo lady Carstairs, con la voz un poco entrecortada.

—Perfecta —murmuró Sarah.

—¡Belleza! —soltó sir Horace—. ¡Belleza deslumbrante!

Charlotte parecía algo cohibida. Su mirada se posó en las impolutas medias de seda de sir

Horace, en la rígida perfección de su tela de lino y en el frac verde oscuro que coincidía prácticamente con sus ojos.

—Usted también está precioso, señor.

Sir Horace parecía horrorizado.

—No, no, señorita Fletcher. ¡No puede ir por ahí diciendo que un hombre es precioso! ¡En absoluto!

Charlotte se ruborizó aún más.

—Lo que quise decir es que su ropa es preciosa. Está muy elegante, señor, se lo aseguro.

Las cejas de sir Horace volvieron a su sitio.

—¡Oh! Ya veo. Bueno, entonces está bien. Es muy amable al decirlo.

Los salones de Weymouth estaban, al menos en verano, muy concurridos. Era una suerte que fueran tan espaciosos como para albergar hasta cien parejas para bailar. Afortunadamente, no había demasiada gente, pues habría hecho un calor insufrible. Aunque estaba muy ocupado, el señor Rodber, maestro de ceremonias, dedicó tiempo a darles la bienvenida. Mientras él conversaba con lady Carstairs, Sarah se volvió hacia Charlotte, observando que había perdido parte de su chispa.

—¿Te sientes un poco nerviosa, querida?

—Sí —admitió Charlotte—, sólo un poco. Es una pena que mi primo y el tío Oliver no estén aquí. Sir Horace es el único caballero que conozco y no puedo bailar con él toda la noche.

—No, no debes pararte con él más de dos veces. Pero no tienes por qué preocuparte, Charlotte; hay normas muy estrictas que rigen el comportamiento de todos los invitados, y no creo que te encuentres con nada que no sea la mayor cortesía por parte de todos los caballeros aquí presentes.

—Y si usted se encuentra con algo, señorita Fletcher —dijo sir Horace—, comuníquemelo y sabré cómo lidiar con ellos.

—Gracias —dijo ella, pareciendo un poco tranquila.

Lady Carstairs se acercó a ellos.

—No tienes que preocuparte por nada, Charlotte. Le he pedido al señor Rodber que se asegure de presentarte sólo a las parejas más intachables. Pero debo advertirte que, por muy respetable que sea tu pareja, no debes bailar el vals.

—No podría aunque quisiera —dijo Charlotte—. La señorita Wolfraston no lo aprobaba y por eso no lo he aprendido.

Lady Carstairs frunció el ceño.

—Qué mujer con muy poca visión del futuro. Tendremos que corregir eso antes de ir a la ciudad. Una vez que te hayas establecido allí, y te hayas ganado la aprobación de la gente necesaria, será bastante aceptable que bailes el vals. No quisiera que sufieras la humillación de tener que quedarte de pie al borde de un salón de baile mientras ves a otras jóvenes dar vueltas por la pista.

Algo en su tono hizo sospechar a Sarah que hablaba desde una dolorosa experiencia.

—Usted, señorita Hayes, sin duda debe bailar el vals si tiene la oportunidad —sus ojos se posaron por un momento en su vestido redondo al estilo griego de crepé verde pálido que se ceñía a sus delicadas curvas—. Y estoy segura de que la tendrá, porque estás deslumbrante esta noche. Estoy segura de que una vez que Charlotte observe el baile ejecutado correctamente, tendrá todo el deseo de aprenderlo.

Cuando las parejas comenzaron a unirse al primer baile, el maestro de ceremonias se acercó a Sarah.

—¿Puedo presentarle al señor Langton como pareja adecuada, señorita?

Sarah asintió al tímido joven caballero y posó ligeramente sus dedos en su brazo. Siguieron a Charlotte y a sir Horace a la pista. Ella sonrió al oír a Charlotte decir:

—Ahora, sir Horace, sólo recuerde escuchar la música y todo irá bien.

Y así fue. Como su compañero parecía tener muy poco que decir, Sarah tuvo la oportunidad de observar sus progresos. Sir Horace se desenvolvió muy bien y, al cabo de media hora, volvió a agradecer profusamente a Charlotte por sus esfuerzos.

—Creo que me sentaré para el próximo —dijo él—. No quiero tentar demasiado a la suerte.

Charlotte sacudió un dedo hacia él.

—La suerte no tiene nada que ver. Si yo soy tan valiente como para enfrentarme a un desconocido, seguro que usted también lo es.

En ese momento, el señor Rodber presentó un caballero a Charlotte y miró a Sarah. Cuando ella negó levemente con la cabeza, él se llevó a sir Horace.

Sarah se dirigió a la fila de asientos situada al fondo de la sala. Vio que lady Carstairs conversaba con otra dama. Al acercarse, vio que se trataba de lady Turnbull. Frunció el ceño y vaciló, pero era demasiado tarde; los ojos de águila de lady Carstairs ya estaban sobre ella.

—¿Por qué no estás bailando, niña? —dijo bruscamente.

—Porque, señora, no soy una niña, sino una acompañante. Difícilmente puede esperar que vigile a Charlotte si estoy comprometida para cada baile.

—Tonterías —dijo con aspereza—. Me encargaré de esa tarea por esta noche.

Sarah se volvió hacia lady Turnbull, observando que las sombras oscuras habían desaparecido y un suave resplandor había suavizado su soso rostro.

—Veo que su salud ha seguido mejorando, señora. Tiene muy buen aspecto.

—Gracias, señorita Hayes. Así es. He descubierto que no estoy enferma en absoluto, sino que espero un feliz acontecimiento.

Sarah sonrió.

—Felicidades, señora.

Lady Turnbull agitó su abanico.

—Me pregunto si es por eso que encuentro tan terriblemente sofocante este lugar.

—Le dije que no anduviera armando un jaleo —dijo su acompañante con cara impasible, quien estaba sentada a su otro lado.

—Usted lo hizo, señorita Lavenham —dijo ella en tono suave pero firme—. Pero como no estoy bailando, no creo que pueda decirse que ando armando exactamente un jaleo.

Los finos labios de la señorita Lavenham se fruncieron en señal de desaprobación. Sarah comprendía perfectamente por qué lady Turnbull había querido asistir al baile; sin duda necesitaba urgentemente una compañía agradable.

—Iré a buscarle un vaso de limonada, señora.

Lady Turnbull le sonrió con gratitud.

—Oh, qué amable es. Eso me gustaría mucho.

Ella se dirigía hacia la sala de refrigerios cuando sintió que una mano le rodeaba el brazo. Levantó la mirada rápidamente y sus ojos se abrieron de par en par al encontrarse con los de lord Turnbull.

—Suélteme, señor —dijo fríamente.

—En un momento —murmuró él—. Ahora venga. No querrá hacer una escena, estoy seguro.

—Si tiene que haber una escena, señor, no será obra mía.

Él le sonrió de la forma que ella solía encontrar fascinante.

—Me alegra oírlo.

—Solo voy a buscar un vaso de limonada para su *esposa* —siseó ella.

—Qué amable de tu parte —dijo él de manera cortés—. Puedo hablar contigo tanto en la sala de refrigerios como en cualquier otro sitio. No habrá nadie a esta hora tan temprana.

Si esto no era del todo cierto, solo algunos camareros estaban allí, preparando bandejas de limonada para refrescar a los invitados entre baile y baile.

—Lord Turnbull...

—Solías llamarme Robert —dijo él en voz baja.

—Lord Turnbull —continuó Sarah—. Piense en mi reputación. No sería bueno que me descubrieran a solas con usted.

—Sí, una acompañante o una profesora no pueden permitirse mancillar su buen nombre —sus ojos la recorrieron lentamente y ella sintió un fuerte sonrojo—. No te pareces a ninguna acompañante que haya conocido. Es una pena que no estemos completamente solos.

Los ojos de Sarah destellaron.

—Creo que dejé claros mis sentimientos la última vez que tuve la mala suerte de cruzarme en su camino —espetó.

—En efecto —dijo él con ironía—. El chichón tardó días en desaparecer.

—Bien. Ahora, por favor, déjeme llevarle ese vaso de limonada a su esposa. Su delicado estado la está acalorando un poco.

—Sarah —dijo con suavidad—. Sé que te he causado mucho dolor. Tu enfado conmigo está totalmente justificado, y es mejor que la indiferencia, al menos. Pero escúchame, ¿por favor?

Su cambio de táctica la desconcertó un poco. Lo miró con recelo.

—Si aún albergara algún tipo de afecto hacia mí, lord Turnbull, me dejaría marchar. No entiendo qué espera conseguir hablando conmigo.

—Entonces déjame explicarte. En la posada descubrí de dónde venías y hacia dónde te dirigías. O al menos mi mozo de cuadra lo hizo. Y a partir de ahí sólo necesité un par de indagaciones para descubrir tu historia. Pensar que una acción mía hubiera sido la causa de que una criatura tan brillante y hermosa se viera obligada a vivir una vida tan aburrida y monótona, fue una tortura para mí. No sé cómo has sobrevivido a semejante calvario. Quiero que sepas que, si hubiera habido alguna forma de permitirme cuidarte y protegerte, lo habría hecho.

—Ojalá hubiera sido tan franco conmigo entonces, como lo es ahora —dijo Sarah con cierta dificultad.

—Sí, tal vez debería haberlo sido —admitió él—. Pero no fueron sólo tus esperanzas y sueños los que se hicieron añicos, querida.

—Bueno, ahora me lo ha explicado y debo volver...

—La cosa es, Sarah. Ahora *puedo* permitirme quererte y protegerte —murmuró.

Sarah no estaba segura de haberlo oído bien.

—La vida que llevas debe de ser como una muerte en vida para ti. ¿No sería mejor vivir una vida de lujo bajo mi protección?

Sus manos se cerraron en puños mientras la indignación la invadía. Pero incluso cuando sus labios se separaron para herirlo con la única arma que tenía a su disposición —sus palabras—, una figura oscura apareció detrás de él. Lord Seymore golpeó ligeramente a lord Turnbull en el hombro y, al girarse, le asestó un puñetazo bien ejecutado. Lord Turnbull cayó al suelo, con la nariz sangrando profusamente. Uno de los camareros se acercó a toda prisa.

—Ha sido el mejor golpe que he tenido el privilegio de ver, señor. Pero no permitimos peleas en los salones de actos.

Lord Seymore le sonrió.

—Me alegra oírlo, joven. Pero no creo que un puñetazo califique como pelea, ¿verdad?

El muchacho sonrió.

—Tiene razón, señor.

Se volvió hacia Sarah.

—¿Tiene un pañuelo con usted, señorita?

—Sí, por supuesto —dijo ella, cogiendo uno de su reticule.

Él lo arrojó sobre el hombre tendido.

—Mejor límpiase antes de manchar de sangre el pañuelo de cuello y tener que dar explicaciones a su esposa.

Lord Turnbull se incorporó y lo acercó a su nariz.

—Debería haber sabido que alguien llegaría antes que yo. No fue caballeroso por tu parte pillarme desprevenido, Seymore.

—Tal vez no —reconoció—. Pero yo no estaba lidiando con un caballero —ofreció su brazo a Sarah—. Creo que hemos terminado aquí, señorita Hayes.

—Casi —dijo ella—. He venido en busca de un vaso de limonada para lady Turnbull.

El camarero le entregó uno, y ella aceptó el brazo de lord Seymore.

—Gracias, señor. Me habría gustado mucho hacer eso, pues me habría dado una gran satisfacción.

Lord Seymore le sonrió.

—Sin duda. Pero lo más probable era que usted se fracturara la mano.

—Sí, estoy segura de que tiene razón. Al menos ahora él podría haber captado por fin el mensaje.

Lord Seymore frunció el ceño.

—¿Por fin? ¿Usted ya lo conocía?

Sarah le relató brevemente su anterior encuentro con el hombre, y sus ojos se encendieron de placer al describir cómo lo había golpeado en la cabeza con la jarra de agua.

El ceño de lord Seymore se transformó en una expresión de diversión.

—Qué ingeniosa es usted.

—Oh, por fin estás aquí, Seymore —dijo lady Carstairs mientras se acercaban.

—En efecto, señora.

—Más vale tarde que nunca, supongo.

—He venido tan rápido como he podido, se lo aseguro, señora.

Sarah le entregó la limonada a lady Turnbull, sin poder mirarla a los ojos.

—¡Justin! Ya estás aquí. Me alegro mucho. Ahora podré tener el siguiente baile contigo —dijo Charlotte y, justo en ese momento, llegó hasta sir Horace.

Sarah vio que una cálida sonrisa curvaba sus labios mientras cogía las manos de su custodia.

—Estás radiante, querida. Sería un honor bailar contigo —él se volvió hacia sir Horace—. ¿Te estás divirtiendo?

—Nunca lo habría creído posible, pero me estoy divirtiendo. Incluso he conseguido hablar un poco con mi pareja durante el último baile, y lo que es más, ¡no me ha mirado como si fuera anormal!

—Todo un triunfo —él se rio.

La mirada de sir Horace descendió hasta el atisbo de un chaleco que podía distinguirse por las solapas del abrigo azul de lord Seymore.

—Es un chaleco muy fino, Seymore. Las flores rosadas son exquisitas, lo único es que no

estoy seguro de que sea el adecuado para un baile.

—Tal vez no —concedió—. Pero tengo que dejar que mi ayuda de cámara se salga con la suya de vez en cuando, viejo amigo, o podría dejarme por un caballero más atrevido.

Sir Horace no pudo encontrar ningún fallo en esta lógica. Sin embargo, lord Seymore se sintió complacido de que el señor Rodber eligiera ese momento para anunciar el siguiente baile. Era un vals.

—Tendré que quedarme fuera de éste —dijo Charlotte, un poco triste.

—No se preocupe. Le haré compañía —le aseguró sir Horace.

—No quisiera impedir que esté en el baile, si cree que lo disfrutará —dijo Charlotte con una tímida sonrisa.

—Puede estar tranquila, señorita Fletcher —le aseguró él—. Si no baila conmigo, yo no lo disfrutaría, así de simple.

—Pues adelante, Seymore —dijo perentoriamente lady Carstairs—, lleva a la señorita Hayes a la pista y enséñale a Charlotte cómo se hace.

Por alguna razón, Sarah sintió que el rubor se apoderaba de sus mejillas, pero colocó su mano sobre la de él y permitió que la llevara a la pista. Cuando él le rodeó la cintura con el brazo, Sarah se quedó muda. Sus ojos permanecieron fijos en el botón superior de su abrigo.

Al cabo de unos instantes, él dijo reflexivamente:

—¿He perdido su estima, señorita?

Ella levantó la mirada, sorprendida.

—¿Cómo puede decir eso? Estoy en deuda con usted, señor.

—Ha aliviado mi mente, señorita. Pero cuando no podía apartar los ojos de mi chaleco, temí lo peor.

—Debo admitir que es algo que esperaba que vistiera sir Horace antes que usted.

Lord Seymore pareció muy sorprendido por ello.

—Gracias, señorita Hayes, ha proporcionado la solución a un problema espinoso. Se lo regalaré a sir Horace.

—Pero, ¿qué diría su pobre ayuda de cámara?

—Estará muy mortificado por haberlo extraviado temporalmente, por supuesto —reconoció—. Pero seré muy comprensivo, puede estar segura.

CAPÍTULO 14



Al día siguiente del baile, el señor Fancot regresó a la residencia Priddleton. Lady Carstairs, quien había estado pendiente del regreso de su marido, se sintió tan sorprendida como decepcionada al verlo llegar trotando a la casa, solo, en un caballo alquilado. Ella lo interceptó en el momento en que entró en la casa.

—¿Dónde está Carstairs? —le dijo sin preámbulos—. ¿No me digas que está enfermo?

El señor Fancot pareció un poco sorprendido por este recibimiento.

—No, señora. No que yo sepa. Él sólo pasó una noche en Filton. Recordó que tenía amigos en la zona y decidió visitarlos.

—¿Qué amigos? —exigió ella.

—No estoy seguro, señora. No me lo dijo, o si lo hizo, lo he olvidado.

—¡De verdad! —dijo ella, claramente disgustada—. Supongo que él no pensó que me interesaría este cambio en sus planes, ya que no me ha dicho nada. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse con estos amigos?

—Sólo una noche, señora. No tenía sentido que él escribiera, ya que regresará hoy mismo.

Lady Carstairs pareció un poco apaciguada por esto.

—Oh, ya veo. Eso le da un matiz diferente al asunto.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó el señor Fancot, un poco cauteloso.

—Eso no puedo decírselo —dijo lady Carstairs, con un poco de frialdad—. He ido dos veces a visitar a la señora Fancot, pero en ambas ocasiones me han informado de que no estaba en casa para recibir visitas.

El señor Fancot frunció el ceño.

—Por favor, no se ofenda, señora. Mi madre suele ser propensa a ataques de abatimiento, y en esos momentos no quiere ver a nadie, ni siquiera a mí.

—Le prepararé una infusión de flores de la hierba de San Juan, que se supone que es muy eficaz para aliviar la melancolía.

—Gracias, señora. Se lo mencionaré cuando la visite más tarde —dijo el señor Fancot, haciendo una reverencia, antes de subir las escaleras a toda prisa.

Unos instantes después, Sarah encontró a lady Carstairs de pie en el vestíbulo, con sus pensamientos muy lejos.

—¿Señora? —le dijo suavemente.

Lady Carstairs se sobresaltó.

—Señorita Hayes —miró el traje de amazona de Sarah—. Llegó muy tarde a su paseo esta mañana.

—Mucho —reconoció ella—. Ya no estoy acostumbrada a acostarme tan tarde, y esta

mañana me he quedado dormida. ¿Todo está bien? No he podido evitar darme cuenta de que parecía un poco preocupada justo ahora.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Sarah con dulzura—. Soy muy buena escuchando.

Cuando lady Carstairs pareció un poco insegura, Sarah miró al lacayo que permanecía de pie, como una estatua, cerca de las escaleras.

—Venga, vayamos a un lugar un poco más privado —volvió a mirar al lacayo—. Asegúrate de que no nos molesten, James.

Él permaneció rígidamente erguido, sólo sus ojos giraron hacia ella.

—Sí, señora.

—De verdad, señorita Hayes —protestó lady Carstairs, mientras avanzaba suave pero firmemente por el vestíbulo—, en realidad no me pasa nada.

—No quiero ser grosera, pero eso es toda una mentira —dijo Sarah, guiándola hasta el salón y cerrando la puerta suavemente tras ellas—. Soy muy discreta, se lo aseguro.

—Pensaré que estoy loca —dijo lady Carstairs, mirándola con reservas—. Yo misma lo he pensado varias veces en los últimos días.

Sarah sonrió.

—Excéntrica, tal vez, pero nunca loca, señora.

—Espero que siga pensando lo mismo dentro de unos minutos, señorita Hayes —dijo lady Carstairs, sentándose.

Sarah ocupó el asiento frente a ella, cruzó las manos sobre el regazo y la miró expectante.

—Lo que ocurre, señorita Hayes, es que recientemente me han asaltado pensamientos tan escandalosos como absurdos. No es propio de mí en absoluto.

Lady Carstairs comenzó a jugar con los flecos de su chal, como si no estuviera muy segura de cómo proceder.

—¿Supongo que esto tiene algo que ver con lord Carstairs?

Lady Carstairs suspiró, un sonido grave y largo.

—Eres muy perspicaz, querida.

Sarah sonrió.

—No he podido evitar notar que no parecía nada contenta de que él visitara a la señora Fancot.

—En efecto —dijo brevemente—. Hay algo en ella que no termina de gustarme, aunque no sé muy bien qué es. Y luego... —hizo una pausa y dijo, un poco incómoda—, sigue siendo una mujer muy atractiva.

—Pensé que podría ser eso —dijo Sarah con amabilidad—. Aunque no creo que deba preocuparse por ello.

—¿No?

—No. Yo tendría que estar ciega para no darme cuenta del afecto y la admiración tan reales que lord Carstairs siente por usted.

Una sonrisa inusualmente suave curvó los labios de lady Carstairs.

—Sí. Soy muy afortunada en ese sentido —la sonrisa se desvaneció—. Sin embargo, me pareció un poco extraño que él asumiera el deber de visitarla.

—Tal vez pensó que usted ya tenía bastante trabajo con una casa llena de invitados.

—Tal vez —concedió ella—. Pero me temo que mis dudas iniciales sobre que él lo hiciera fueron suplantadas por otras mucho más ridículas.

Sarah levantó una ceja inquisitiva.

—Pensé que Carstairs empezó a sentirse mal sólo después de sus visitas a la señora Fancot. Sarah emitió un ruido entre una risa y un jadeo.

—Pero, señora, no puede referirse a... no, seguro que no. Yo tenía la impresión de que él ya padecía una enfermedad que a veces le causaba malestar.

Los ojos de lady Carstairs se agudizaron.

—Como yo misma no he informado a nadie de eso, señorita Hayes, me interesaría mucho saber cómo es que usted lo sabe.

Sarah se sonrojó.

—Lord Seymore y yo lo encontramos justo después de que él regresara de visitar a la señora Fancot. Estaba un poco pálido y se quejaba de palpitaciones. Dijo que era su vieja dolencia.

—No puedo evitar preguntarme por qué no consideró oportuno informarme de esto —dijo la mujer, con un poco de frialdad.

—No me sentía muy cómoda ocultándoselo, se lo aseguro. Pero lord Carstairs no deseaba preocuparla. Prometió, sin embargo, que si continuaba sintiéndose mal, mandaría llamar al médico y le informaría a usted de la circunstancia.

—Ya veo. Bueno, si usted aún no me considera una loca de remate, lo hará cuando le diga que, aunque su problema cardíaco puede explicar su repentino deterioro de salud, no he podido librarme de la idea de que tanto la señora Fancot como su hijo obtendrían mucho beneficio si algo le ocurriera a mi lord. Después de todo, no ha sufrido ninguno de sus síntomas desde hace algunos meses. Y me he asegurado, en la medida de mis posibilidades, de que no se haya exigido demasiado desde nuestro regreso.

—Si no le importa que se lo diga, señora, me temo que su preocupación ha empezado a irritarlo un poco. Él dijo algo sobre que, si las cosas permanecen demasiado tiempo inactivas, se marchitan y mueren. Se refería al faetón, pero me pregunté si no se referiría también a sí mismo.

—Tiene usted razón —dijo lady Carstairs, un poco triste—. Yo misma he notado su irritación. Por eso no me opuse cuando decidió ir a Filton. Pero ahora el señor Fancot ha vuelto solo. Al parecer, Carstairs ha ido a visitar a unos amigos y volverá hoy más tarde.

Sarah soltó una risita.

—Lady Carstairs, es usted una mujer sensata. No creerá que él ha acabado con lord Carstairs.

—No, supongo que no. Le he dicho que mis pensamientos eran escandalosos y absurdos, ¿no es así? —una sonrisa aliviada torció sus labios—. Gracias, señorita Hayes. Cuando uno se guarda sus preocupaciones, pueden crecer desproporcionadamente. Vaya a cabalgar. Creo que lord Seymore la está esperando.

—Lo haré —dijo Sarah, poniéndose en pie—. Y no me sorprendería en absoluto que, para cuando regresemos, lord Carstairs haya llegado.

Mientras volvía por el gran salón, vio a Charlotte y a sir Horace. Ambos llevaban cuadernos de dibujo, y sir Horace se había echado una manta al hombro.

—Vamos a dibujar junto al río —dijo Charlotte—. Espero ver los martines pescadores con mis propios ojos.

—Muy bien —dijo Sarah—. Pero como no podrás sostener la sombrilla y dibujar al mismo tiempo, ¿puedo sugerirte que te sientes en la orilla más alejada, bajo los árboles? Hoy ha vuelto a hacer mucho calor.

—No se preocupe, señorita Hayes —dijo sir Horace—. Cuidaré de la señorita Fletcher, puede estar segura.

—No lo dudo —dijo, sonriendo—. Supongo que yo no os dejaría ir juntos sin compañía, pero como estoy a punto de salir a cabalgar con lord Seymore, eso sería hipócrita de mi parte.



Lord Seymore caminaba de un lado a otro, completamente ajeno a las miradas cómplices que los mozos de cuadra compartían a sus espaldas. La señorita Hayes había acordado en el desayuno reunirse con él a las once, y ya había pasado casi media hora. Tal vez ella había cambiado de opinión. Su mirada se desvió hacia la entrada del patio, como había hecho varias veces antes, pero descendió de nuevo a los adoquines cuando vio que ella no estaba allí. Esperaba que ella no lo estuviera. Los acontecimientos de la noche anterior habían dejado sus sentimientos hacia ella tan claros como el cristal.

Él rara vez se dejaba dominar por la ira, pero sólo la presencia de la señorita Hayes le había impedido golpear brutalmente a lord Turnbull la noche anterior. Por el bien de ella, él había conseguido, con cierto esfuerzo, mantener la calma, pero había descargado todo su disgusto en el único golpe que se había permitido. Cuando ella le había descrito su encuentro anterior con el hombre, Justin se había arrepentido de su contención, pero sólo por un instante. El evidente entusiasmo con el que ella había descrito el golpe a Turnbull en la cabeza con una jarra, había suscitado el sentido de lo ridículo que ambos compartían. A Justin le gustaría mucho reclamar el derecho a protegerla de todas y cada una de las indignidades que su posición actual pudiera proporcionarle.

Él también se había quedado dormido hasta tarde esta mañana, ya que había pasado horas después de caer en la cama siguiendo los consejos de Lucy y practicando su discurso. Sin embargo, no había conseguido nada que lo satisficiera en lo más mínimo.

—Lamento si lo he hecho esperar, lord Seymore, pero me he encontrado con lady Carstairs y nos hemos puesto a hablar.

Levantó la cabeza y esbozó una amplia sonrisa al ver la elegante figura que caminaba hacia él.

—Supongo que estaba nerviosa por el regreso del señor Fancot sin lord Carstairs.

—Exactamente —dijo Sarah.

Dos mozos de cuadra no tardaron en sacar los caballos que llevaban tiempo preparados. Justin la ayudó a subir a la silla antes de montar rápidamente su propio corcel.

—¿Adónde iremos hoy?

—Si no tiene inconveniente, iremos a galopar por el parque y luego daremos la vuelta hasta el río. Charlotte ha ido allí con sir Horace a dibujar, y no puedo evitar sentir que debo echarle un rápido vistazo como mínimo.

Lord Seymore sonrió, con los ojos arrugados.

—No debe temer por eso, señorita Hayes. Como su tutor, yo no lo hago. Sir Horace nunca haría nada impropio, ni consideraría *tal cosa*.

—Lo sé —dijo ella—. De lo contrario, habría renunciado a mi paseo y los habría acompañado.

Una vez que hubieron disfrutado de un buen galope, aminoraron la marcha de sus caballos y giraron en dirección general al río, satisfechos ahora de perder el tiempo. Sus miradas se cruzaron y compartieron una amigable sonrisa.

—Espero que sus negocios en Winbourne hayan concluido con éxito.

—Así fue —confirmó lord Seymore, con un brillo de diversión en los ojos.

Justin describió su encuentro con el oficial de la sal y se alegró cuando Sarah se dio cuenta de lo absurdo del asunto.

—¿Tan extendido está el contrabando en Lymington?

—Se rumorea que hay una red de túneles bajo la ciudad, pero como los oficiales de aduana nunca han descubierto ninguno, me parece extremadamente improbable. Aunque no me sorprendería que hubiera uno o dos.

—No parece excesivamente preocupado por esto.

Él se encogió de hombros, resignado.

—Mientras los impuestos sigan siendo muy altos, es algo inevitable.

Sarah sacudió la cabeza y dijo entre suspiros:

—Y yo que lo consideraba un caballero muy respetable. Qué fácil es el engaño.

—Lo soy —él se rio—. Pero preferiría gastar mis energías en cosas que me conciernen de forma más directa.

—¿Como por ejemplo?

—Asegurarme de que mis inquilinos estén contentos y de que mi finca dependa del beneficio obtenido.

—Muy encomiable —murmuró ella con una sonrisa algo melancólica, y sus ojos perdieron su enfoque.

Justin estaba seguro de que pensaba en su padre. No había sido su intención establecer una comparación entre ellos, pero tal vez no era algo malo. Ella no querría aliarse a alguien que no pudiera ofrecerle un futuro seguro.

Nyx se detuvo y bajó la cabeza para morder la hierba, como si fuera consciente de que su jinete no estaba prestando atención. Sarah sonrió irónicamente a su acompañante.

—Perdóneme, estaba soñando despierta. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, Winbourne. Aunque comprendo que sir Francis deseara librarse del señor Fawltly, me sorprende que sintiera la necesidad de hacer que usted fuera a casa. No considero que su presencia fuera estrictamente necesaria; él podría haber ido por usted. En cualquier caso, me alegro de que volviera a tiempo para el baile.

Justin se percató de que había llegado su momento. Se aclaró la garganta.

—Sucedde que había otra razón.

—¿Oh?

—Él deseaba que le propusiera matrimonio a su hija, Lucy.

Sus ojos se volvieron rápidamente hacia los de él, mostrando claramente su sorpresa y algo más que él esperaba que fuera decepción.

—¿Y usted lo ha hecho? —dijo alegremente ella.

—Sí, pero...

No dijo más, porque un grito desgarrador perturbó el aire en total calma.

—¡Es Charlotte! —dijo Sarah.

Lord Seymore asintió y galoparon hacia el río. Como ya habían estado avanzando en esa dirección, lo alcanzaron en menos de un minuto. El señor Fancot estaba de pie en el río con el agua hasta sus rodillas y los ojos fijos en un punto justo más allá del puente. Vieron un destello blanco y dos brazos agitándose. Lord Seymore bajó del caballo en un instante. Corrió hacia el puente y vio a sir Horace corriendo por la orilla en la otra dirección. De pronto, se zambulló en el agua y, para cuando lord Seymore llegó al lugar, ya tenía a Charlotte a salvo en la orilla. Ella le rodeaba el cuello con las manos y sollozaba desconsoladamente.

—¿Cómo demonios has permitido que ocurriera algo así? —espetó lord Seymore.

Cuando sir Horace levantó la cabeza de la de Charlotte, estaba tan atormentado que lord Seymore sintió cómo su ira contra su amigo se disipaba.

—Me pareció ver un azor —jadeó él, con el pecho agitado—. Sólo me había ido unos

minutos. Lo perdí de vista entre los árboles y, cuando volvía, oí el grito. No sé cómo ha podido ocurrir algo así.

—Mi pobre niña —chilló Sarah, llegando hasta ellos en ese momento. Se volvió hacia lord Seymore—. Debemos sacarla de aquí, rápido. Habrá que secarla y calentarla urgentemente si no queremos que enferme.

Sir Horace se quedó de pie con ella aún en brazos.

—Dámela —dijo lord Seymore.

Pero Charlotte se aferró aún más a sir Horace y éste negó con la cabeza.

—La cargaré hasta tu caballo, Seymore.

Acababa de entregársela cuando el señor Fancot se acercó a ellos.

—¿Ella estará bien? —dijo, con voz sombría.

—Esperemos que sí —dijo Sarah, con cierta aspereza—. Pero si se recupera, no será gracias a usted, señor, ¡que se quedó allí mirando cómo se alejaba por el río!

Los sollozos de Charlotte habían disminuido considerablemente y consiguió jadear:

—¡É-él me em-mpujó!

Mientras lord Seymore y Sarah dirigían miradas asombradas al hombre, sir Horace dio un paso adelante y le propinó un uppercut perfectamente ejecutado. Cayó como una piedra. Sir Horace se alzó sobre él, con los puños cerrados.

—¡Levántate, hombre! ¡Levántate! —gruñó—. ¡Aún no he terminado contigo!

—Está inconsciente —dijo lord Seymore de manera inexpresiva—. Enviaré a Greeves con una carreta para que se lo lleve. No lo pierdas de vista; pronto tendrá algunas preguntas que responder. Debemos llevarnos a Charlotte.

—Sí, debes hacerlo —dijo sir Horace con irritación—. No sé por qué sigues aquí. ¡Vete!

CAPÍTULO 15



Sarah y lady Carstairs frotaron enérgicamente a Charlotte mientras la señora Baines encendía el fuego en su dormitorio. Cuando la envolvieron en el camisón y la bata y la metieron en la cama, ya había recuperado algo de color en las mejillas.

—Eso es, querida —dijo Sarah, apartándole un mechón de pelo de la frente—. Ya tienes mucho mejor aspecto.

Charlotte sonrió débilmente.

—Sí, no me encuentro mal. Sólo ha sido el susto.

—Le enviaré un caldo nutritivo, señorita Fletcher —dijo cortésmente la señora Baines.

Lady Carstairs la miró con ojos inusualmente benevolentes.

—Gracias, señora Baines. Usted siempre sabe lo que se necesita.

—Me complace que piense así, señora.

Cuando ella salió de la habitación, lord Carstairs entró con el ceño fruncido.

—¡Carstairs! —chilló su buena señora—. Has vuelto. ¡Gracias a Dios!

Ella habría dicho más, pero él besó su mano y sacudió ligeramente la cabeza.

—¿Te importaría dejarme a solas con Charlotte un momento, querida? Espérame en la biblioteca. No tardaré.

—Ella necesita descansar...

—No me importa —dijo Charlotte en voz baja—. Me alegro de verte, tío Oliver.

Se acercó a la cama y cogió la mano que descansaba sobre el cobertor.

—Y yo a ti, hija mía.

Sarah y lady Carstairs intercambiaron una mirada y luego salieron al rellano. La llegada de su lord pareció haber despojado a lady Carstairs de su habitual compostura, pues parpadeó rápida y repentinamente y soltó un sollozo ahogado. Sarah le tendió un pañuelo y ella se secó los ojos y se limpió la nariz.

—Gracias, querida —dijo, algo temblorosa—. Ni en mis más descabelladas imaginaciones había previsto un acontecimiento como éste. No pretendo entenderlo. ¿Qué ha podido llevar al señor Fancot a hacer algo así?

—No lo sé, señora —dijo Sarah en voz baja—. Al principio estaba un poco celoso de la amistad de sir Horace con Charlotte, pero pensé que todo eso había cambiado cuando conoció a la señorita Truboot. Pero aunque no fuera así, tendría que estar muy, muy loco para hacer algo así. Y aunque estuviera celoso, las consecuencias las sufriría Sir Horace y no Charlotte. No, eso no puede ser. Tal vez haya una explicación inocente, después de todo.

—¡Hrmf! ¡Me gustaría saber cómo se empuja accidentalmente a alguien al río!

Encontraron a lord Seymore en la biblioteca.

—¿Cómo está ella? —preguntó, levantándose rápidamente de su silla.

—Ha mejorado mucho —le aseguró Sarah.

Sus hombros se hundieron de alivio.

—Gracias a Dios.

—Y a sir Horace —dijo ella en voz baja.

—En efecto —dijo lady Carstairs—. Aunque no me agrada en absoluto que él la haya dejado sola, aunque fuera por poco tiempo, estoy encantada de que haya noqueado al señor Fancot. ¡No sabía que él podía hacer eso!

—Qué par de mujeres sedientas de sangre sois vosotras —dijo secamente lord Seymore.

—¿Dónde *está* sir Horace? —preguntó Sarah.

—Sólo esperó a quitarse la ropa mojada para plantarse ante la puerta del señor Fancot. Se ha tomado la libertad de ser su carcelero. Si intenta escapar, se arrepentirá.

—Ojalá él lo hubiera intentado —dijo sir Horace, entrando en la habitación—. Lord Carstairs me ha relevado de mis funciones. Me ha enviado aquí abajo mientras habla con él.

—¿Lo ha dejado solo con el señor Fancot? —dijo lady Carstairs, incrédula.

—Eso no me ha gustado, señora, se lo aseguro. Pero él ha insistido. Eso sí, me he asegurado de que su lacayo ocupara mi lugar primero. Le he dicho que esperara allí por si lord Carstairs decidía llamar a un médico.

—Bueno, algo es algo, supongo —concedió ella.

Se hizo el silencio en la habitación mientras cada uno de los ocupantes se perdía en sus propios pensamientos. Pasó media hora antes de que lord Carstairs se reuniera con ellos. Lo acompañaba el señor Fancot. Estaba bastante pálido y un poco inestable. Sin embargo, sus mejillas se tiñeron de un color rojo opaco al sentir las miradas acusatorias del resto del grupo.

—Siéntate, Charles, antes de que te caigas —le dijo lord Carstairs con suavidad.

Se sentó agradecido en un cómodo sillón, con la mirada clavada en el suelo.

—Os ruego a todos que os sentéis.

Lord Carstairs había experimentado un cambio. Había un timbre de autoridad en su tono. Era como si se hubiera quitado el disfraz de amable anfitrión y se hubiera puesto el que había utilizado durante muchos años como juez de éxito.

Cuando todos obedecieron, dijo:

—No deseo ninguna interrupción durante los próximos minutos. Ninguna —sus ojos se posaron un momento en su esposa antes de recorrer a los demás ocupantes de la habitación—. Sin duda tendréis muchas preguntas, pero debéis esperar hasta que yo esté preparado para responderlas. Deseo que el interrogatorio que voy a realizar sea lo más rápido y eficaz posible. Si eso no es aceptable para alguno de vosotros, debo pedirlos que os marchéis. ¿He sido claro?

—Muy bien, Carstairs —dijo su esposa, con una mirada desconcertada pero respetuosa.

—También debo insistir en que nada de lo que oigáis hoy, salga de esta habitación. Si no podéis garantizar vuestro silencio, también debo pedirlos que os marchéis.

Cuando nadie acató esta orden, él asintió brevemente y comenzó.

—Charles, ¿has empujado a la señorita Fletcher en el río?

—No.

—Pero qué mentira... —comenzó sir Horace, pero la mirada dura de lord Carstairs lo silenció.

—¿Puedes explicar cómo llegaste al río, Charles?

El señor Fancot apoyó la cabeza en la silla y cerró los ojos.

—Estaba caminando por el bosque, de camino a visitar a mi madre. Había decidido que era

hora de hacer las paces con ella. Acababa de llegar al camino que lleva a la casa de la viuda cuando oí un grito. Corrí hacia el río y vi a la señorita Fletcher sumergida en el agua. Me zambullí para intentar ayudarla —hizo una pausa e hizo una mueca—. Nunca olvidaré la expresión de horror de su cara cuando salió a la superficie. Intenté cogerla, pero la corriente es muy fuerte allí y la arrastró lejos de mí —su voz se quebró al pronunciar las palabras, su angustia era evidente.

—¿Por qué no fuiste tras ella? —dijo suavemente lord Carstairs.

—Porque no sé nadar. El río es muy profundo en ese punto. Aunque hubiera conseguido alcanzarla, lo más probable era que nos hubiéramos ahogado en lugar de salvarla. Todo ocurrió muy rápido. Estaba a punto de correr a lo largo de la orilla con la esperanza de que ella se mantuviera a flote hasta que el río se volviera menos profundo, pero la señorita Hayes y lord Seymore llegaron antes de que yo pudiera hacerlo.

Lord Carstairs se volvió hacia lord Seymore.

—¿Oyó gritar a la señorita Fletcher, señor?

—Sí —confirmó.

—¿Cuánto tiempo después de oír el grito, llegó a la orilla del río?

—No pudo haber pasado más de un minuto.

—¿Y qué vio cuando llegó?

—Al señor Fancot de pie en el agua, observando a Charlotte.

—Muy bien. Creo que estará de acuerdo en que no hay discrepancias en ninguna de sus historias hasta ahora.

—Excepto por el hecho de que Charlotte afirmó que él la había empujado —dijo Lord Seymore, colocando una mano restrictiva sobre sir Horace cuando éste se movió como para levantarse de un salto.

Cuando se hubo hundido de nuevo en su silla, lord Carstairs continuó.

—La señorita Fletcher nunca vio quién la empujó. Sólo vio al señor Fancot bajando por la orilla y supuso que había sido él.

—¡Pero si no había nadie más allí, maldita sea! —protestó sir Horace, incapaz de seguir callado por más tiempo.

—No en ese momento, no. ero debió haber alguien más allí momentos antes, ya que estoy seguro de que Charles dice la verdad.

Dejó que eso fuera asimilado por un momento antes de volverse de nuevo hacia el caballero.

—¿Cuánto tardaste en llegar a la orilla del río después de oír el grito, Charles?

—Tal vez treinta segundos. Se había caído un poco más arriba en el río e intenté sujetarla cuando pasó a mi lado.

Lord Carstairs asintió. Miró a los presentes.

—Charlotte ha confirmado que se alejó por la orilla al ver un destello de color turquesa y pensó que debía de ser el martín pescador que tanto ansiaba ver. Como los árboles llegan casi hasta el borde de la orilla en ese punto, yo sugeriría que sería muy fácil para alguien ocultarse rápidamente allí. ¿Estás de acuerdo, Charles?

—Sí —dijo, inclinándose hacia adelante y dejando caer la cabeza entre las manos.

—¿Y viste u oíste algo que pudiera sugerir que había alguien allí?

A él se le escapó un grave gemido.

—Oí el crujido de unas ramitas al romperse, como si alguien corriera entre la maleza, justo cuando llegaron lord Seymore y la señorita Hayes.

—Muy conveniente —murmuró sir Horace.

Lord Carstairs le dirigió una mirada fulminante.

—¿Y miró para ver quién podría ser?

—Sí —dijo el señor Fancot con gran pesar—. Vi el destello de un vestido negro.

Lady Carstairs jadeó.

—Así que fue la señora Fancot la que empujó a Charlotte al río. Yo sabía...

Lord Carstairs levantó la mano y ella se calló.

—Aunque odio causarte más dolor o vergüenza, Charles, creo que realmente debo pedirte que aclares ante todos la causa de tu discusión con tu madre.

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo, con los ojos aún fijos en la alfombra.

—Aunque madre se niega a venir aquí o a ir a cualquier parte, siempre está deseosa de información. Me pide que le cuente todo lo que me pasa y me insiste en que le repita conversaciones enteras. Por eso volví a la residencia; no podía soportarlo más. Sobre todo porque... —se detuvo y respiró hondo.

—¿Acaso oíste la conversación que tuve con lord Seymore el día que llegó? —intervino lord Carstairs.

El señor Fancot asintió.

—Sí. Le dije a ella que usted iba a crear un fideicomiso para la señorita Fletcher. Yo no veía el perjuicio. Sólo que ella se obsesionó bastante con la información. Insistió en que intentara concretar mi interés con ella. Por eso vino a cenar la noche siguiente; quería juzgar por sí misma cómo estaban las cosas. Dijo que usted no debería estar regalando dinero que era mío por derecho. Le dije que la señorita Fletcher me agradaba mucho, pero que ese tipo de consideraciones no me importaban. Y lo dije en serio, señor —dijo, levantando por fin la cabeza—. Soy heredero de esta propiedad sólo por casualidad. Me siento mucho más cómodo como administrador de lo que jamás me sentiría como conde.

Lord Carstairs se acercó al señor Fancot y le colocó una mano en el hombro.

—Te creo, Charles. Creo que ya has dicho bastante por ahora, y te ahorraré más incomodidades. Vuelve a tu habitación y descansa.

En cuanto la puerta se cerró tras él, lord Carstairs se volvió hacia su esposa.

—¿Qué decías, querida?

—Sólo que yo sabía que había algo, aparte de lo que hablamos antes de que te fueras, que no me agradaba esa mujer. Me llamarás tonta, ¡pero casi me había convencido de que ella te estaba envenenando!

Lord Carstairs parecía serio.

—Siempre he dicho que eras una mujer extraordinaria.

El descubrimiento de que no estaba loca después de todo, claramente ofreció a lady Carstairs poco consuelo. Se llevó una mano un poco trémula a la mejilla y murmuró:

—¡Oh, esto es terrible!

Lord Carstairs se hundió en la silla que el señor Fancot acababa de dejar libre.

—En efecto, lo es.

—¡Fue la tarta! —exclamó repentinamente ella, incorporándose como un rayo—. ¡Tiene un seto de laurel cerezo en su jardín! Me di cuenta cuando fui a visitarla. Las hojas, una vez destiladas, ¡huelen a almendras. A menudo se utiliza para aromatizar cremas y pudines, pero sólo debe usarse una pequeña cantidad muy diluida, ¡o es venenosa! ¡Qué tonta he sido! Debería haberme dado cuenta antes.

—Que te hayas dado cuenta es una muestra de tu inteligencia, querida.

—Vi a la señora Fancot cortando hojas de un seto de su jardín cuando yo estaba conduciendo

su faetón, señor —dijo Sarah en voz baja—. ¿Está segura de que no fue un error? ¡Hay una gran diferencia entre ceder tal vez al impulso del momento y tramar un asesinato a sangre fría!

—Desearía poder considerar eso —dijo en voz baja—. Creo que ella esperaba que pareciera un hecho natural. Las primeras dosis fueron tan pequeñas que sólo me pusieron enfermo. Pero la tarta que me dio para llevar a Filton habría resultado fatal, si me la hubiera comido.

—¿Cómo sabes eso, Carstairs? ¿No me digas que alguien más ha sufrido ese destino?

—No, no *alguien*. En ese momento yo no sabía qué quería hacer. Guardé la tarta en mi habitación, inseguro de si la necesitaría como prueba. Pero me temo que no había pensado en los ratones. Apparently hay una gran plaga en Filton. Hicieron un festín y encontré cinco de ellos muertos por la mañana.

Lady Carstairs palideció.

—¿Está seguro de que el señor Fancot no lo sabía? ¿Cómo podía saber la señora Fancot que él no iba a comer ni un trozo?

Él le dedicó una sonrisa sombría.

—No eres tan observadora como pensaba, querida. ¿No te has dado cuenta de que Charles nunca toca el postre en la cena?

—No, no me he fijado —admitió ella—. No puedo decir que preste especial atención a lo que él come —una expresión de indignación cruzó repentinamente su rostro—. ¡Carstairs! Sabiendo que esa mujer era una asesina malvada, ¡me enviaste a visitarla en tu ausencia! ¿Cómo pudiste?

—Ah, pero yo había tomado medidas para asegurarme de que no fueras admitida en la casa, querida. La señora Bidy, el ama de llaves, es una antigua empleada de la familia. Le pedí que, si ibas a visitarla, te dijera que la señora Fancot no estaba en casa para recibir visitas. También le dije que vigilara muy de cerca sus movimientos. Pero me temo que hoy la ha evitado.

—¿Por qué no compartiste sus sospechas? —dijo lady Carstairs, claramente un poco dolida.

Él suspiró.

—Porque solo se trataba de conjeturas y la idea parecía increíble. Sólo sabía que me sentí mucho mejor después de haberme purgado tras comer la segunda ración de su tarta, y nada enfermo el día que la tiré. Sin embargo, nuestras pequeñas conversaciones me perturbaron un poco. Me habló de años de miseria a manos de su marido y de lo celoso que se ponía si otro hombre simplemente la miraba. Cómo solía encerrarla en su habitación e incluso a veces alejaba a su hijo de ella.

—El día que ella y su hijo discutieron, me dijo que el señor Fancot tenía un carácter como su padre —dijo Sarah en voz baja—. Recuerdo lo sorprendida que me quedé, pues el señor Fancot es, en general, un caballero muy moderado.

—Precisamente. Y siempre ha hablado con mucho cariño de su padre, quien vino aquí poco antes de que me fuera a la India. No lo conocía bien, pero mis recuerdos eran de un hombre muy gentil —miró a su mujer—. Y luego estaba el asunto que me contaste la noche previa a nuestra partida.

—Milord —dijo lady Carstairs, un poco inquieta—. ¿De verdad cree que deberíamos discutir esto delante de nuestros invitados?

Una carcajada sacudió a su lord.

—Siempre has tenido una extraño peculiaridad de mojigatería en tu carácter, querida. No te importa que oigan todo lo demás y, sin embargo, rechazas una indiscreción. Cuéntales lo que lady Crossington te susurró al oído la noche de aquella espantosa cena.

—¿Es cierto? —preguntó ella.

—Sí, lo es —confirmó él.

—Pues muy bien. Lady Crossington ha vivido en estos lugares durante muchos años. Ella dijo que se había rumoreado que la señora Fancot estaba embarazada antes de casarse, y que el señor Fancot se casó con ella para salvarla de la desgracia. Por eso se mudaron de distrito poco después.

—Eso no funcionará —dijo sir Horace con confianza—. Él tiene la nariz. Estaba mirando los retratos escaleras arriba mientras me sentaba fuera de la habitación de Fancot, y maldita sea si todos los Fancot no la tienen, incluido usted, señor. Muy distintiva, torcida como un ave de rapiña.

Los ojos de lord Seymore se desviaron hacia el atril esculpido en forma de águila. Sus cejas se alzaron. Sobre el atril había una caja de cuero verde.

—Ha encontrado el libro, señor.

—Así es —dijo suavemente lord Carstairs—. O más bien la señora Biddy lo hizo por instigación mía. Pero yo ya sabía lo que la señora Fancot se esforzaba en ocultarnos a mí y a su hijo. Verá, la conexión del señor Fancot conmigo es más estrecha de lo que yo había imaginado. Es hijo de mi hermano.

—Así que ella se refería al conde cuando dijo que el padre del hombre tenía mal genio.

—Sí, señorita Hayes. Creo que la señora Fancot, o la señorita Lindon, como solía ser, se había propuesto convertirse en condesa. Era muy hermosa, recuerdo, y bastante ingenua, al parecer. Pasé algún tiempo con la señora Rawlins, el ama de llaves de la casa parroquial de Filton. Me resultó muy esclarecedor. Es un lugar muy tranquilo y apartado, y no le sentaba nada bien a la señora Fancot. A lo largo de los años se fue sintiendo cada vez más descontenta y oscilaba con frecuencia entre ataques de abatimiento y rabietas incontrolables. El médico la sedaba en esos momentos, y la señora Rawlins se encargaba de vigilarla. Me contó lo suficiente de lo que ella llamaba sus 'salvajes desvaríos', como para confirmar todas mis sospechas. Siento mucha lástima por ella.

—Ese es un comentario demasiado duro, Carstairs —protestó su señora.

—¿Tú crees, querida? —dijo suavemente él—. Mi hermano se aprovechó de ella, la preñó y luego la abandonó. Su empleador la habría echado con toda seguridad y ella se habría quedado en la parroquia si mi primo no hubiera intervenido. Según la señora Rawlins, él la adoraba. Decía que le dolía mucho no poder hacerla feliz. Pero había pocas posibilidades de eso, pues su temperamento ha sido inestable desde que era niña.

—¿Y cómo sabes eso, Carstairs?

—El registro de matrimonio, querida. Lo comprobé antes de irme. Decía el apellido de soltera de la señora Fancot y su distrito de nacimiento. Ayer visité a sus padres.

—Ha estado muy ocupado, señor —dijo lord Seymore con una leve sonrisa.

—Quería tener todos los hechos a mi disposición antes de decidir qué hacer a continuación —dijo, pensativo.

—¿Y qué hará, señor? —dijo Sarah.

—La enviaré con sus padres —miró a lord Seymore—. Solo si usted no se opone, señor. Como tutor de la señorita Fletcher, reconozco que usted debe tener algo que decir en el asunto. El señor y la señora Lindon son gente muy respetable. Poseen una gran granja en una zona muy remota. Su hija empezó a sufrir cambios de humor en la adolescencia. No le gustaba vivir en una situación tan rural. La enviaron a vivir como acompañante de una tía viuda que se había casado con un comerciante y era razonablemente acomodada. Pero esa señora no pudo soportar su cambio de humor y la envió de vuelta a casa. Pero ella no llegó. Se convirtió en acompañante de una tal señora Cricket, a menos de ocho kilómetros de aquí. Conoció a mi hermano, no sé si por

casualidad o a propósito, y el resto ya lo conoces. Sus padres están, por supuesto, muy apenados por lo ocurrido, pero han accedido a acogerla. Les proporcionaré una mujer adecuada para que la cuide, por supuesto.

Lord Seymore consideró sus palabras por un momento.

—Su plan parece bastante sólido, señor. No sometería a Charlotte ni a su familia a una desagradable investigación, siempre que me aseguren que la señora Fancot no supondrá más peligro para nadie.

—¡Alto un momento! —dijo sir Horace, claramente indignado—. ¿La mujer ha intentado asesinar dos veces, y su único castigo es ser enviada a una granja en el campo?

—Será castigo suficiente —dijo suavemente lord Carstairs—. Recuerde, sir Horace, que será enviada de vuelta al mismo lugar del que tanto ansiaba escapar, con todas sus esperanzas y sueños destrozados. Se la mantendrá sedada cuando sea necesario y bajo estricta vigilancia en todo momento. Una vez que llegue a la granja, no volverá a salir de ella. Es más amable que enviarla a un manicomio, que es donde seguramente acabaría, pero por un pelo.

—Pero, ¿ella irá? —habló lord Seymore.

—Ella ya conoce su destino —dijo lord Carstairs con cansancio—, la vi antes de venir a la casa.

—¿Eso fue prudente? —dijo lord Seymore.

—La señora Biddy estuvo presente en el interrogatorio, pero mientras menos gente sepa de esto, mejor. Ella sí cayó en una furia indecorosa, pero nos las arreglamos para contenerla. Ahora está encerrada en su habitación.

Él frunció el ceño.

—Charles la ha traído aquí con la mejor de las intenciones. Pero eso solo alimentó el resentimiento de su madre —sus ojos se volvieron hacia la puerta cuando llamaron a ésta—. He dejado claro que no debíamos ser molestados. Supongo que es Riddle, convencido de que ya no podemos sobrevivir sin algún refrigerio que nos sostenga. No importa, un vaso de vino no vendría mal. ¡Adelante!

Pero no fue Riddle quien se apresuró a entrar por la puerta, sino una dama de edad madura y aspecto estresado, vestida con pulcritud y con una gorra sobre sus mechones grises. Las llaves que colgaban de su chatelaine marcaban su posición.

—¡Señora Biddy! —exclamó lord Carstairs, poniéndose en pie.

Esta dama lanzó una mirada ansiosa al resto de los presentes.

—Ellos lo saben todo —dijo rápidamente lord Carstairs—. ¿Qué ha ocurrido?

—Es la señora Fancot, señor. Iba a ver cómo estaba cuando oí un ruido sordo. Cuando abrí la puerta estaba convulsionando en el suelo, y sus labios se habían puesto azules y luego se quedó inmóvil —se llevó un momento el pañuelo a los labios—. Está muerta, señor. Una pequeña botella de agua de laurel cerezo estaba en el suelo junto a ella.

Un silencio de estupefacción acompañó a estas palabras. Lord Carstairs fue el primero en recuperarse.

—Vuelva a la casa de la viuda, señora Biddy. El señor Fancot y yo iremos a verla en un momento y enviaré a James a buscar al doctor Smeathley.

—¡Oh, pobre mujer! —dijo Sarah—. ¿Puedo ayudarlo en algo, señor?

—Gracias, señorita Hayes. Pero no. Lo único que puede hacer cualquiera de vosotros es guardar silencio sobre el asunto.

Él salió de la habitación, pero regresó al instante y se dirigió a lord Seymore.

—Se me acaba de ocurrir que, una vez que Charlotte sea informada de los acontecimientos

de hoy, es probable que su ánimo, que ya está bastante decaído, se hunda aún más. ¿Puedo sugerir, señor, que sería mejor alejarla de Priddleton por un corto tiempo, hasta que este desagradable asunto termine?

—Me parece una sugerencia muy sensata, señor. La llevaré a ella y a la señorita Hayes a Winbourne mañana.

—Gracias, señor. Creo que los próximos días serán muy difíciles para Charles. De hecho, imagino que difícilmente se sentirá capaz de dar la cara. Creo que le resultaría más fácil soportar el peso de la vergüenza que va a experimentar si yo me quedara aquí. Me pregunto... —la cansada mirada de lord Carstairs se posó un momento en su esposa.

—Lady Carstairs y sir Horace son, por supuesto, bienvenidos, señor —dijo lord Seymore.

—Pero, milord —dijo lady Carstairs—, no debe cargar con todo usted solo. Permítame quedarme y ayudarlo.

Se acercó a ella y le cogió la mano.

—Mi amor, te extrañaré terriblemente, por supuesto, pero debo insistir. Charles debe ser mi primera preocupación, y saldremos de este terrible asunto mucho más rápidamente si no me distraigo con mi encantadora esposa.

—¡Adulador! —dijo bruscamente ella.

—Tener a todos sus amigos a su alrededor permitirá a Charlotte recuperar su estabilidad mucho más rápido, estoy seguro.

—¡Oh, muy bien! Pero prométeme que no te exigirás demasiado, Carstairs.

Él le besó brevemente la mano.

—Te lo prometo. Iré a buscarte yo mismo, probablemente en una semana.

Él desapareció al decir estas palabras.

Sarah se levantó.

—Iré a ver a Charlotte, ya ha estado sola demasiado tiempo.

—Iré con usted —dijo lord Seymore—. Quiero asegurarme de que ella está bien.

Encontraron a Charlotte profundamente dormida. Sarah se acercó rápidamente a la cama y le colocó el dorso de la mano en la frente.

—Todo está bien —dijo en voz baja—. No tiene fiebre.

Lord Seymore la miró durante un largo momento.

—Sólo espero que no tenga pesadillas.

—No me separaré de ella esta noche —dijo Sarah—. Haré que preparen una cama corrediza aquí.

Él le envió una mirada de agradecimiento.

—Gracias. Entonces la veré en la cena.

—Creo que pediré que suban algo. No tengo apetito y no me gustaría que se despertara y no encontrara a nadie aquí.

—Muy bien, señorita. Debo ir a informar a mi ayuda de cámara de que debe adelantarse y avisar a mi ama de llaves de nuestra inminente llegada.

Hizo una reverencia y salió de la habitación. Sarah se sentó junto a la cama y cogió una de las manos de Charlotte. Le acarició distraídamente el dorso con el pulgar. Hoy habían pasado muchas cosas, y todas bastante horribles. Le estaría eternamente agradecida a sir Horace por haber rescatado a Charlotte. Estaba segura de que la sensación de vacío en su interior era un shock tardío; no podía tener nada que ver con la revelación que lord Seymore había hecho justo antes de que oyeran gritar a Charlotte. Después de todo, estaba segura de que no le importaba que él se casara.

CAPÍTULO 16



Pensando que Charlotte ya había sufrido suficientes disgustos por un día, Sarah esperó hasta la mañana siguiente para revelar la verdad sobre la señora Fancot. El hecho de que sintiera cierta compasión por la mujer era una prueba de su naturaleza bondadosa. Lo que más le preocupaba era que la señora se había quitado la vida, y no podía librarse de la idea de que ella había sido, en parte, responsable de ese acto desesperado. Sarah estaba encantada de que, tras un desayuno a una hora temprana, partieran inmediatamente hacia Winbourne. Con suerte, el cambio de entorno daría a sus pensamientos otra dirección.

Pasaron ocho horas en el camino, y cada una de ellas pareció pasar lentamente. Charlotte permaneció muy tímida durante todo el viaje y, de vez en cuando, se sumió en un ataque de llanto. Nada de lo que dijeron lady Carstairs o Sarah la consoló, y su propia conversación fue forzada, ya que intentaron evitar, siempre que fuera posible, toda referencia a los recientes acontecimientos que, naturalmente, ocupaban el primer lugar en sus mentes.

Charlotte se animó un poco cuando, después de dar la bienvenida a lady Carstairs y a la señorita Hayes, la señora Norton se volvió hacia ella y le dijo amablemente:

—Cuánto me alegra darle la bienvenida de nuevo a Winbourne, señorita Fletcher. Se ha convertido en la hermosa joven que siempre prometió ser.

—Gracias, señora Norton —dijo suavemente.

—Es una pena que no haya vuelto después de su primera visita. Pero estoy decidida a hacerla sentir tan cómoda que esta vez no querrá irse.

—No nos haga sentir demasiado cómodas, señora Norton —dijo secamente lady Carstairs—, o yo tampoco querré irme. Esta casa parece estar amueblada con mucha elegancia y sospecho que ni la más mínima corriente de aire se atreve a penetrar por las ventanas.

—Espero que no, milady —dijo el ama de llaves con una pequeña sonrisa—. A lady Seymore, que en paz descansa, le gustaba todo exactamente así. Han pasado ya diez años desde su muerte. No es de esperar que los caballeros se interesen tanto, pero yo siempre he mantenido las cosas como a ella le habría gustado, en honor a su memoria.

—Muy bien, también —dijo lady Carstairs con aprobación. Echó un vistazo a dos grandes jarrones que reposaban sobre pequeñas mesas a ambos lados de la escalera—. Parece que tienen unas flores preciosas en Winbourne.

—Sí, señora. Las elijo yo misma. Siempre pienso que alegran una habitación. He puesto algunas en todas vuestras habitaciones.

—Espléndido. Estoy deseando descubrir los jardines.

La mirada de la señora Norton se desvió hacia Charlotte.

—Si no le importa que se lo diga, señorita Fletcher, parece usted muy pálida. Sin duda está

cansada del viaje. Falta una hora para la cena, así que le sugiero que se acueste un rato.

Habían empezado a subir las escaleras, pero lady Carstairs se detuvo repentinamente, con la cabeza ladeada.

—¿Es un violín lo que oigo, señora Norton?

—Sí, señora. Skelforth, nuestro mayordomo, practica durante una hora todos los días. Quizá debería haberle avisado de vuestra llegada, pero...

—No hay problema, señora Norton. Yo no habría deseado molestarlo. Apruebo totalmente su esfuerzo.

Aunque el estado de ánimo de Charlotte no mejoró de inmediato, los numerosos y variados esfuerzos de sus compañeros por divertirla y distraerla empezaron a surtir efecto a los pocos días. Sir Horace continuó con sus clases de equitación y, en poco tiempo, fue lo bastante valiente como para aventurarse en el parque sin que nadie la guiara, aunque no quería acercarse al río.

Sin embargo, Sarah no montó, aunque lord Seymore la invitó. Al principio alegó que estaba demasiado cansada por el viaje, y luego insistió en que no podía dejar desatendida a lady Carstairs. Pero esa dama tan perspicaz no tardó en notar este cambio en su rutina habitual.

—¿Ha tenido una pelea con lord Seymore? —le preguntó sin rodeos, mientras estaban sentadas una mañana en un soleado salón.

Sarah levantó rápidamente la mirada del libro de versos que había cogido prestado de la biblioteca.

—No, señora.

—Entonces, ¿por qué usted no ha salido a dar su paseo matutino desde que llegamos?

Sarah suspiró.

—Porque ya me he mimado bastante. En algún momento debo volver al seminario y será más fácil de soportar si me libero de hábitos que no tendré oportunidad de permitirme allí.

—Ya veo —dijo lady Carstairs—. Dígame, ¿qué poema está leyendo?

Sarah miró rápidamente el libro que sostenía y lady Carstairs se rio.

—No tiene ni idea, señorita Hayes, no finja que la tiene.

Sonrió con tristeza.

—Tiene razón, señora. Mi mente estaba en otra parte.

—Sé escuchar, señorita Hayes. Y aunque le cueste creerlo, también puedo ser muy discreta.

Sarah sonrió.

—No es justo que use mis palabras contra mí, señora.

—Nunca dije que yo fuera justa.

Cuando la sonrisa se desvaneció de los labios de Sarah, lady Carstairs dijo:

—Permítame ayudarla. Ha descubierto que lord Seymore no es el hombre que creía.

—Tal vez —concedió Sarah con cautela.

—Yo también pensaba que él debía de ser un egoísta y un canalla por haber dejado a Charlotte en el seminario todo este tiempo. Pero luego la conocí a usted y me di cuenta de que eso quizás fue lo mejor que él pudo haber hecho.

—Gracias, señora.

—Poco después, conocí a lord Seymore, y descubrí que había algo más en él de lo que aparentaba. Para empezar, él tiene sentido del humor y no se deja intimidar fácilmente. En resumen, señorita Hayes, descubrí que él me agradaba. ¿Estoy completamente equivocada al sugerir que usted tuvo una epifanía similar?

—No, no se equivocaría —dijo Sarah en voz baja.

—Y no he pasado completamente por alto que habéis parecido disfrutar de la compañía del

otro en numerosas ocasiones.

—Sí —dijo simplemente Sarah—. Lo conocí cuando tuve mi temporada y, debido a esta historia compartida, descubrí que podía hablar con él sobre cosas... sobre mi padre. Pudimos reír juntos, recordando cosas que yo casi había olvidado.

Lady Carstairs sonrió.

—La risa es muy curativa, ¿verdad?

—Sí —reconoció Sarah—. Pero temo haber permitido que mis afectos se comprometieran un poco.

—Era natural que usted lo hiciera. Pero si él no lo ha hecho también, no soy tan perspicaz como me gusta pensar.

—Yo también lo he pensado, señora. Pero me temo que ambos estábamos equivocados.

—Tonterías. No lo creo.

—Sin embargo, es cierto —dijo Sarah con certeza silenciosa—. Verá, cuando cabalgábamos por el parque de Priddleton, él me dijo que le había propuesto matrimonio a una tal señorita Lucy Hopton, que es hija del juez local, sir Francis Hopton.

Lady Carstairs se quedó boquiabierta, guardando silencio por un momento.

Sarah sonrió irónicamente.

—Debo admitir que si, al momento siguiente, no nos hubiéramos distraído con el grito de Charlotte, mi reacción habría reflejado la suya, señora.

Fueron interrumpidas por Skelforth.

—¿La señorita Fletcher está en casa para recibir visitas?

Intercambiaron una mirada de sorpresa, pues ninguna de las dos podía imaginar quién podría visitar a Charlotte por la mañana.

—No —dijo Sarah—. Se ha ido a cabalgar con sir Horace.

—Muy bien —dijo el mayordomo, haciendo una leve reverencia y volviéndose hacia la puerta.

—¡Espera! —dijo lady Carstairs—. ¿Quién desea verla?

Skelforth se volvió.

—La señorita Lucy Hopton, señora.

—Bueno, no la haga esperar. Hazla pasar —exigió lady Carstairs.

El mayordomo no mostró el menor signo de desagrado ante esta orden tan poco cortés; no había necesitado mucho tiempo para darse cuenta de que era la forma de ser de lady Carstairs.

—Como desee, señora.

Sarah sólo esperó a que él saliera de la habitación para ponerse rápidamente en pie.

—No puedo quedarme, señora. Debe entenderlo.

—Siéntese —dijo bruscamente lady Carstairs—. No entiendo nada. Ahora que he tenido tiempo de recuperar el juicio, se me ocurre...

Su siguiente comentario no fue pronunciado, ya que la señorita Hopton fue anunciada en ese momento. Intercambiaron cortesés asentimientos y luego ella se acercó a Sarah, con una sonrisa amistosa en el rostro.

—Encantada de conocerla, señorita Hayes. Lord Seymore la ha elogiado con frecuencia —se volvió hacia lady Carstairs—. Y no puedo decirle lo aliviado que él se sintió, señora, cuando descubrió que usted había invitado a la señorita Fletcher a quedarse. Me temo que él siempre ha sido un inútil en lo que a ella se refiere. Pero no creo que podamos, con toda justicia, culparlo, porque ella era una criatura lamentable cuando llegó aquí, y él se sintió bastante impotente. Él nunca tuvo hermanas. Por supuesto, habría sido diferente si su madre estuviera viva. Era una

criatura tan gentil que seguramente la habría hecho salir de su caparazón. Pero todos los esfuerzos de Jus... Lord Seymore resultaron inútiles, y los caballeros odian profundamente que se les haga sentir incómodos, ¿verdad?

Sarah podía ver dónde se hallaba su atracción. Sus comportamiento abierto y franco y sus ojos claros y divertidos eran encantadores.

—Muy cierto. Por favor, siéntese, señorita Hopton —dijo cortésmente.

—Gracias. Perdonadme por parlotear como una verdadera parlanchina. Conocí a la señorita Fletcher la última vez que estuvo aquí y esperaba recuperar mi contacto con ella, aunque no espero que ella me recuerde.

—Estoy segura de que ella lamentará mucho no haberla visto —dijo Sarah.

Se produjo un corto e incómodo silencio.

—Creo, señorita Hopton, que usted se ha comprometido recientemente —dijo lady Carstairs, con su habitual tono directo.

La señorita Hopton pareció sorprendida y luego divertida.

—En efecto, señora. Pero, ¿qué puede estar tramando lord Seymore para pensar que usted se interesaría por los asuntos de alguien a quien nunca ha conocido? A veces pierdo las esperanzas en él, de verdad. Eso a menos que... pero no, usted ha vivido mucho tiempo en la India, lady Carstairs, y usted, señorita Hayes, ha estado en el seminario, así que es altamente improbable.

—¿Qué es altamente improbable, señorita Hopton? —dijo lady Carstairs—. Nunca me ha parecido tener un entendimiento defectuoso, pero me temo que me he perdido un poco.

Ella se rio.

—Oh, vaya. Ya veo dónde está su confusión. Estaba hablando un poco conmigo misma. Lo que quería decir era que, debido a vuestras circunstancias personales, era muy poco probable que hubierais conocido al señor Clayton.

Los ojos de Sarah se desviaron hacia lady Carstairs. No pudo pasar por alto el brillo de satisfacción que acechó en los ojos de la dama.

—¿El señor Clayton? —dijo, desconcertada—. Pero yo creía que lord Seymore le había propuesto matrimonio.

La señorita Hopton ladeó un poco la cabeza y dirigió a Sarah una mirada muy directa.

—¿Él le ha dicho eso?

—Sí —dijo Sarah—. Definitivamente dijo que le había ofrecido matrimonio.

La señorita Hopton puso los ojos en blanco.

—¿Y qué más le ha dicho, señorita Hayes?

—Nada, porque fuimos interrumpidos en ese momento, y no hemos tenido oportunidad de conversar en privado desde entonces.

Por supuesto, habría sido más exacto decir que Sarah no le había dado tal oportunidad, pero eso habría revelado demasiado de sus propios sentimientos, y la señorita Hopton era, después de todo, una extraña.

—Veo que tendré que explicarme —dijo la señorita Hopton.

—Me gustaría que lo hiciera —dijo lady Carstairs—. Sospechaba que podría haber algo más en esta historia de lo que parecía en un principio.

—Lo hay —concedió la señorita Hopton—. Es cierto que lord Seymore me propuso matrimonio. Pero fue persuadido, primero por mi padre y luego por mí.

Sarah se sintió aturdida.

—Sin embargo, usted está comprometida con el señor Clayton.

—Sí —confirmó—. El caso es que mi padre y el difunto lord Seymore eran muy buenos

amigos y ambos esperaban que hiciéramos buena pareja. Cuando el señor Clayton solicitó una reunión con él, mandó llamar a lord Seymore con el más endeble de los pretextos. Intentó obligarlo al darle la impresión de que yo deseaba que me propusiera matrimonio, y casi me persuadió de que se sentiría muy abatido si lo rechazaba. Comprenda, señorita Hayes, que somos viejos amigos y que ninguno de los dos querría hacer daño al otro. Mi padre era, por supuesto, muy consciente de ello.

—Nunca he estado de acuerdo con los matrimonios concertados —dijo lady Carstairs con desaprobación.

—Eso es porque a pesar de su comportamiento brusco, directo y a menudo grosero, es usted una romántica empedernida —dijo Sarah.

La señorita Hopton miró de una a otra como si intentara determinar la naturaleza de su relación.

Lady Carstairs torció los labios.

—Es cierto, por supuesto, pero si se lo cuenta a alguien nunca se lo perdonaré —se volvió hacia la señorita Hopton—. ¿Debo entender que lord Seymore sucumbió ante esta presión? No lo creía tan débil de espíritu.

—No, no sucumbió precisamente. Me preguntó si deseaba casarme con él. Yo debería haberlo sacado de su miseria en ese momento, porque era obvio para mí, conociéndolo tan bien como lo conozco, que él no deseaba el matrimonio más que yo. Me sentí muy aliviada, se lo aseguro.

—Sin embargo, usted no lo sacó de su miseria —reflexionó lady Carstairs—. ¿Le importaría decirme por qué?

La señorita Hopton sonrió.

—No, en absoluto. No es mérito mío en absoluto, pero no pude evitar provocarlo un poco. Pero mi principal objetivo al sonsacarle una propuesta era absolverlo de toda culpa. No me parecía justo que la inevitable decepción de mi padre cayera sobre él cuando yo no tenía intención de casarme con el hombre.

—Muy noble por su parte, estoy segura —dijo lady Carstairs—. Pero dígame, ¿cómo le *sonsacó* una propuesta de matrimonio?

—Eso fue fácil. Siempre nos hemos entendido bien, así que simplemente le pedí que confiara en mí y me preguntara.

Lady Carstairs soltó una carcajada.

—Debió haber confiado mucho en usted para haberlo hecho tan dócilmente. Él se habría metido en un buen lío si usted hubiera aceptado.

La señorita Hopton sonrió.

—Él sabía que yo no jugaría con él de semejante manera, además, ninguna mujer con algo de discernimiento lo habría aceptado —envió una mirada de reojo en dirección a Sarah—. Su propuesta fue precipitada y carente de todo sentimiento. Le he dicho que practique su discurso.

Los ojos de lady Carstairs se agudizaron.

—¿Es porque usted cree que él podría necesitar hacer un intento más sincero en un futuro próximo?

La señorita Hopton se puso en pie.

—Como lord Seymore no me ha manifestado tal cosa, no puedo decirlo con certeza, como comprenderá, pero no me sorprendería en absoluto que así fuera. Ahora, debo despedirme, pero volveré con la esperanza de encontrar a la señorita Fletcher en casa.

—Me agrada —dijo lady Carstairs cuando ella salió de la habitación—. Una chica muy

sensata.

—Sí —murmuró Sarah, alisando distraídamente una de las páginas del volumen que tenía en el regazo.

—No me sorprendería en absoluto decirle a usted que su ofrecimiento por la mujer fue el preámbulo de una sinuosa y sin duda tortuosa proposición.

La incertidumbre y la indecisión, acompañadas de una leve esperanza, perturbaron el pensamiento de Sarah.

—Tal vez, no puedo decirlo. No estoy segura de los sentimientos de lord Seymore, y no estoy completamente segura de los míos.

—No se ponga sentimental conmigo, señorita Hayes, no le va bien. Si él no le importá, ¿por qué lo ha estado evitando desde que descubrió que le había propuesto matrimonio a la señorita Hopton?

Sarah levantó unos ojos que contenían una mezcla de diversión y exasperación.

—Es una pena que las mujeres no puedan dedicarse a la profesión jurídica, señora. Usted comparte el don de su marido para el interrogatorio incisivo.

—Sin duda, es importante tener algo en común con los maridos, porque por mucho que os sintáis atraídos al principio, eso sólo os llevará hasta cierto punto. He visto a más de un caballero que, una vez enamorado de su esposa en el momento de casarse, perdió rápidamente el amor al saciar su sed de ella y darse cuenta de que era una tonta inútil para la que no tenía ninguna utilidad después de haberle proporcionado un heredero.

—Estoy de acuerdo en que la atracción no es suficiente —dijo Sarah en voz baja—. Pero tampoco desearía que alguien me propusiera matrimonio por gratitud o porque sintiera lástima por mí.

—Me preguntaba cuándo volvería a mostrar su orgullo —dijo lady Carstairs.

—No es sólo mi orgullo lo que me hace decirlo —protestó Sarah—. Lord Seymore ha expresado ambos sentimientos en más de una ocasión.

—Un hombre no siempre dice lo que siente, señorita Hayes. Sus acciones a menudo hablan más alto que sus palabras. Parece ser que lord Seymore ha mostrado una evidente predilección por su compañía. ¿No le ha dado ninguna señal de que sus sentimientos están seriamente comprometidos?

Una sonrisa nostálgica curvó sus labios.

—Bueno, él derribó de un puñetazo a lord Turnbull cuando me pidió que fuera su amante.

—¡Usted no me lo había dicho! ¡Ese sinvergüenza! ¡Esa es la consecuencia de casarse sin ningún afecto! Siento mucha lástima por su esposa.

—Estoy de acuerdo con usted en ese punto, señora.

—Me parece que si lord Seymore se enfadó tanto por usted, debe tenerla en alta estima.

—Pero no se enfadó, señora. Fue muy contenido. Cuando sir Horace pensó que el pobre señor Fancot había empujado a Charlotte al río, lo golpeó con furia, ¡y luego se paró a su lado deseando que se levantara para poder hacerlo de nuevo! Lord Seymore ejecutó un puñetazo indiferente, y luego me acompañó tranquilamente de vuelta al salón de baile.

No le decepcionó en absoluto que Charlotte eligiera ese momento para entrar en la habitación, porque tenía la sensación de que no estaban llegando a ninguna parte. Su pupila parecía muy satisfecha de sí misma y le brillaban los ojos.

—Ha llegado una carta para ti, tía Augusta —dijo, entregándole la misiva.

—Gracias, querida. ¿Has disfrutado de la cabalgata?

—¡Sí! Por fin le estoy cogiendo el truco —sonrió orgullosa—. ¡He conseguido trotar! Me ha

parecido muy estimulante.

Sarah se rio.

—¡Espera a intentar el galope! ¡Sentirás como si estuvieras volando!

—¡Estoy deseando hacerlo!

Lady Carstairs ya había abierto su carta, y un pequeño gesto de concentración arrugó su ceño al leerla. Su expresión seria hizo reflexionar a Charlotte.

—¿Es del tío Oliver?

—Sí, es una especie de buena noticia. ¿Sabías, querida, que una persona que se cree que se ha quitado la vida no puede ser enterrada en el cementerio?

Charlotte jadeó.

—No, no lo sabía.

—No te alarmes, mi amor. A eso me refería cuando dije que había buenas noticias. Parece que el doctor Smeathley había estado tratando a la señora Fancot por insomnio. Le recetó láudano, pero también habían discutido las ventajas del agua de laurel de cerezo como sedante, aunque él la consideró demasiado peligrosa y desaconsejó su uso. Ha opinado que su paciente decidió ingerirla a pesar de todo, y ha declarado que la muerte fue accidental.

—¿*Pudo* haber sido accidental, tía? —dijo de forma pesimista.

Lady Carstairs intercambió una breve mirada con Sarah, quien asintió brevemente.

—Claro que pudo serlo, hija mía. La señora Fancot estaba muy agitada y es muy posible que bebiera el agua para calmarse. Como sabíamos que su mente estaba trastornada, quizá llegamos a una conclusión equivocada

Charlotte parecía aliviada.

—¿Mi tío vendrá pronto?

Lady Carstairs sonrió.

—Pasado mañana.

CAPÍTULO 17



Lord Seymore estaba en su escritorio perdido en un estudio marrón. No fue hasta que Skelforth se aclaró la garganta que se dio cuenta de que ya no estaba solo.

—Tengo unas cartas para usted, milord —dijo, lanzando una mirada atenta a su señor.

—Gracias, Skelforth, déjelas sobre el escritorio, ¿por favor?

El mayordomo echó un vistazo a la descuidada pila de correspondencia que ya lo llenaba.

—Temo que las cartas se pierdan, señor.

—Maldita sea tu insolencia —se rio, tendiendo la mano para coger las cartas.

El más leve atisbo de una sonrisa alteró el semblante del mayordomo.

—A riesgo de disgustarlo aún más, ¿puedo preguntarle si hay algo que le preocupa, señor? No es propio de usted ser tan desorganizado.

—El problema con los sirvientes que te conocen desde crío —reflexionó lord Seymore—, es que suelen mostrar una inquietante falta de respeto por la privacidad de una persona.

Skelforth hizo una reverencia.

—Yo lo llamaría más bien una preocupación apropiada por su bienestar —miró por encima del hombro al llegar a la puerta—. Tal vez hay algo en el aire, pues cuando llevé un poco de refrigerio al salón hace un rato, la señorita Hayes también tenía una expresión extrañamente distraída en el rostro.

Lord Seymore frunció el ceño ante la puerta cerrada por un momento y luego suspiró. Eso no significaba nada. Probablemente estaba pensando en su próxima excusa para evitarlo. Se había mostrado fría con él desde los terribles sucesos de hacía unos días, aunque él no entendía por qué. Tal vez se había dado cuenta de que estaba a punto de proponerle matrimonio y se esforzaba por asegurarse de que no encontrara ninguna oportunidad de renovar sus esfuerzos. Había estado rompiéndose la cabeza para recordar exactamente lo que le había dicho a la señorita Hayes, pero todo lo anterior al grito de Charlotte se había vuelto un poco borroso. Miró las dos cartas que aún sostenía y abrió la más pequeña. Era poco más que una nota garabateada a toda prisa.

Justin, ¡eres idiota! La señorita Hayes tiene la impresión de que vamos a casarnos. Le he explicado la situación lo mejor que he podido; el resto depende de ti. NO le des más vueltas al asunto. Lucy.

De pronto, la niebla de su cerebro se disipó. Dejó caer la cabeza sobre la mano y gimió. Era un estúpido. Le había dicho que le había propuesto matrimonio a Lucy, seguro de que ella apreciaría la naturaleza ridícula de la situación, pero no había tenido oportunidad de describírsela. Había querido seguir explicando por qué había descubierto repentinamente que, después de todo, no podía casarse con la mujer que había considerado su pareja ideal. Levantó la cabeza y esbozó una lenta sonrisa. Su repentino distanciamiento sólo tenía sentido si la señorita

Hayes no sentía por él tanta indiferencia como quería hacerle creer. Aprovecharía la primera oportunidad que se le presentara para aclarar este malentendido.

Se volvió hacia la segunda carta. Era de lord Carstairs. Silbó suavemente al descubrir el esmero demostrado por el doctor y él en la gestión del asunto. Se puso en pie con una renovada energía y fue a informar a la señora Norton sobre la llegada de dos invitados más.

La actitud de la señorita Hayes hacia él no cambió de inmediato. Contestó con suficiente cortesía a los comentarios que él le dirigió durante la cena, pero se esforzó muy poco por mantener su parte de la conversación. Su desenvoltura habitual parecía haberla abandonado, y se mostraba curiosamente reacia a mirarlo a los ojos. Sin embargo, esto no lo frustró de la misma manera que la noche anterior. Las revelaciones de Lucy parecían haberla sumido en cierta confusión y, aunque él no confiaba del todo en el aprecio de la joven, tenía más esperanzas que antes.

Lady Carstairs se dignó tocar para ellos esa tarde, dándoles muy pocas oportunidades para conversar en privado. La señorita Hayes se sentó ligeramente delante de él, y Justin se conformó con admirar su esbelta nuca, la suave curva de su mejilla y la deliciosa promesa de sus labios. Los aplausos de la pequeña audiencia lo sacaron de un ensoñación muy agradable, en el que sus propios labios dejaban caer ligeros besos sobre los lugares donde sus ojos se habían posado. Se unió, intentando compensar su tardanza con el entusiasmo de sus aplausos. La mirada satírica de lady Carstairs en su dirección sugirió que sabía exactamente donde habían estado sus pensamientos.

Cuando llevaron el té, la señorita Hayes se sirvió. Al entregarle la taza, sus dedos rozaron los de él y la taza sonó en el platillo. Sus ojos volaron hacia los de él y sus labios se entreabrieron ligeramente.

—Gracias, señorita Hayes —dijo en voz baja—. ¿Cabalgará conmigo mañana?

—Sí, lord Seymore, lo haré. Gracias.

Lord Seymore no pudo evitar la sonrisa que curvó sus labios, y se amplió cuando ella apartó el rostro de él y Justin capturó la mirada aprobatoria de lady Carstairs y el guiño malicioso que envió en su dirección.

Se fue a la cama más contento de lo que había estado en varios días. No se quedó despierto ensayando lo que diría; esta vez sería breve y dulce. Así no habría lugar para más malentendidos entre ellos.

Era un hombre moderado, poco dado a los arrebatos repentinos o a los estados de ánimo cambiantes, pero pudo haber rechinado los dientes cuando se despertó con el inconfundible sonido de las gotas de lluvia golpeando los cristales de la ventana. Se quitó las sábanas, cruzó la habitación y corrió las cortinas. Todas sus esperanzas de que fuera una lluvia pasajera se desvanecieron al instante. Nubarrones negros oscurecían el cielo y prometían un fuerte y prolongado aguacero.

Vio su ceño fruncido en la ventana y, de pronto, se echó a reír. Se comportaba como un niño pequeño al que se le había negado una golosina prometida. Esta mañana limpiaría los informes y la correspondencia que yacían descuidados sobre su escritorio, y tal vez esta tarde podría convencer a la señorita Hayes de que diera un paseo con él por el patio cubierto. No era un lugar muy romántico, a menos que a uno le gustaran las cosas góticas, pero tenía que servir.



Sarah no pasó una noche tan cómoda. Los amenazantes truenos perturbaron con frecuencia su

descanso. Dio vueltas en la cama, con la mente hecha un caos de pensamientos e imágenes. El único hombre al que había amado de verdad era su padre. Su corazón se había hecho pedazos con su muerte. De alguna manera, se había sentido traicionada por él. Y las acciones de lord Turnbull habían agravado esa traición. La idea de entregar su corazón a otro había sido un anatema para ella. El seminario había sido lo más parecido a un convento.

Pero ella no era una criatura fría. Charlotte se había convertido en el centro de su afecto. Al verla flotando en el río, había sentido que un trozo de hielo le atravesaba el corazón, entumeciéndolo. Sólo cuando estuvo segura de que Charlotte se había librado de la fiebre, éste empezó a descongelarse. Y entonces se había sorprendido al descubrir lo mucho que la había afectado la noticia de que lord Seymore iba a casarse con otra.

Sólo la necesidad de alejar a Charlotte de la escena de su reciente pesadilla le había permitido afrontar el hecho de venir a Winbourne. Cuando la señorita Hopton le había revelado que, después de todo, no estaba comprometida con lord Seymore, se había sentido aturdida e inquieta, insegura de si deseaba abrirse de nuevo a un posible dolor y decepción.

Durante la cena, lord Seymore se había burlado suavemente de Charlotte, diciéndole que se había enterado de que había cabalgado con su caballo a gran velocidad por el parque, y Sarah se había dado cuenta de que él poseía las mejores cualidades de los dos últimos hombres en su vida. Él amaba su hacienda y sus caballos, como el padre de Sarah, pero no era derrochador ni tenía un temperamento tan imprudente y voluble. Tenía el aspecto y el encanto de lord Turnbull, pero sin la malicia.

Cuando sus dedos habían rozado accidentalmente los de lord Seymore esa tarde, su mano había temblado. Cuando le había propuesto cabalgar con él, sus palabras habían sido como una suave caricia. Aunque su afecto no fuera tan profundo como el de ella, el hombre tenía mucho que ofrecerle. La seguridad que él podía ofrecerle era tentadora, pero su compañía y la perspectiva de seguir formando parte de la vida de Charlotte pesaban mucho más para ella.

Cuando el oscuro velo de la noche empezó a disiparse, aceptó por fin que lo amaba y que se casaría con él si se lo propusiera. Y si él no lo hacía, disfrutaría de cada momento con él y guardaría sus recuerdos para que la sostuvieran durante los deprimentes años que se avecinaban. Una vez tomada la decisión, se sumió en el sueño profundo e inconsciente del agotamiento.

Cuando bajó a desayunar, lord Seymore estaba terminando su comida.

—Buenos días, señorita Hayes —le dijo, poniéndose en pie y sacando una silla para ella.

—Gracias, señor —dijo, sonriéndole—. Me temo que me he quedado dormida. El trueno mantuvo despierta.

—A usted también, ¿eh? —dijo sir Horace—. Zeus parecía un poco molesto anoche. Normalmente duermo profunda y plácidamente, pero incluso yo me desperté un par de veces.

—No me había percatado de que era estudiante de griego antiguo y latín —dijo lady Carstairs, levantando una ceja.

—No me consideraría un estudiante de ningún tipo, señora —protestó sir Horace—. Pero debo decir que en Grecia hay unas tormentas estupendas. Aparecen de la nada. Un momento, el mar es un estanque tranquilo; al siguiente, las nubes surcan el cielo a toda velocidad, el viento empieza a aullar alrededor de las montañas y se desata el infierno. Es un espectáculo digno de contemplar, se lo aseguro. Si tiene la suerte de refugiarse.

—Me dan un poco de miedo las tormentas —dijo Charlotte en voz baja.

—No, no, no debe tener miedo —dijo sir Horace—. No hay nada como estar dentro, acurrucado y calentito, mientras fuera arrecia la tormenta—. Lo que hay que hacer, señorita Fletcher, es pensar que se trata de una rabieta de un niño descarriado. Los relámpagos lo

representan lanzando sus juguetes, los truenos son sus aullidos furiosos y la lluvia incesante sus lágrimas de rabia.

Charlotte sonrió.

—Es usted muy sabio, sir Horace.

Sarah y lord Seymore intercambiaron una sonrisa mientras lady Carstairs era presa de un repentino ataque de tos.

—Vaya, señora —dijo sir Horace, preocupado—. Eso no suena nada saludable. Yo en su lugar hablaría con la señora Norton; seguro que tiene algo para calmar la tos.

Lord Seymore se puso en pie.

—Me temo que esta mañana tendré que dejaros solos; tengo trabajo que atender. Bamber, siéntete libre de hacer uso de mi biblioteca, hay varios volúmenes sobre la Grecia clásica allí, creo. Y damas, por favor, dirigíos a Skelforth o a la señora Norton si necesitáis algo para manteneros ocupadas.

El mal tiempo los mantuvo encerrados toda la mañana. Después de un almuerzo ligero, encendieron el fuego en el salón y cerraron las cortinas para protegerse del cielo cada vez más cubierto de nubes. La señora Norton había desempolvado la vieja caja de costura de lady Seymore y Charlotte se dedicó a bordar un pañuelo, mientras Sarah hojeaba el volumen de poesía que el día anterior no le había causado ninguna impresión y lady Carstairs dormitaba junto al fuego. Este idilio en casa se vio bruscamente perturbado cuando sir Horace irrumpió repentinamente en la habitación, con una gran caja en los brazos.

—He traído algunos juegos para entreteneros —dijo alegremente.

Charlotte guardó apresuradamente su costura en la cesta, Sarah cerró agradecida su libro, después de descubrir que estaba lleno de tonterías que sólo las damas más sentimentales habrían disfrutado, y lady Carstairs resopló repentinamente y se incorporó de golpe, abriendo los ojos con brusquedad.

—Todas nos estábamos divertimos mucho, se lo agradezco, sir Horace. ¡No había necesidad de que usted entrara de esa manera tan descuidada!

—No, señora, usted no pudo haber estado... —dijo, sorprendido—. Usted no habría estado roncan... es decir, durmiendo, si lo hubieras estado.

Charlotte ahogó una risita.

—Simplemente estaba descansando los ojos —dijo lady Carstairs de una manera que sugirió que no deseaba seguir hablando del asunto.

—¿Qué juegos hay ahí? —dijo Charlotte.

—Veamos —dijo sir Horace, sentándose y dejando la caja en el suelo junto a sus pies.

Charlotte se arrodilló a su lado, levantó la tapa y empezó a sacarlos.

—El zorro y las gallinas —murmuró ella, dejándolo a un lado. A continuación, sacó una bolsa y vació su contenido en el suelo, con un montón de piezas de ajedrez esparciéndose por todas partes.

—Ten cuidado, niña —dijo lady Carstairs—. No hay nada peor que esperar con impaciencia una partida de ajedrez para descubrir que faltan piezas.

Charlotte intercambió una mirada risueña con sir Horace y se apresuraron a recogerlas. Charlotte sacó otra bolsa y la abrió con más cuidado.

—¡Palitos chinos! —dijo, sonriendo—. Me encantaba jugarlo cuando era más pequeña.

—Se puede jugar a cualquier edad —le aseguró rápidamente sir Horace—. Siempre que tenga dedos ágiles.

Se acercaron a una mesa y depositaron los palos de marfil sobre ella.

Lady Carstairs miró a Sarah de forma especulativa.

—A menudo disfruto de una partida de ajedrez con Carstairs. Supongo que usted no juega, señorita Hayes.

—De hecho, sí lo hago. Mi padre me enseñó a jugar. Pero hace muchos años que no disfruto de una partida. Me temo que seré una mala oponente.

—Entonces debe practicar —dijo lady Carstairs con firmeza—. ¿Hay un tablero que acompañe a las piezas?

Sarah buscó en la caja y encontró el objeto deseado.

—¡Excelente! —dijo lady Carstairs, acercando una mesa auxiliar al fuego.

Pronto quedó tan absorta en el juego que incluso los chillidos de risa que de vez en cuando salían del otro lado de la habitación, dejaron de molestarla. Ganó las dos primeras partidas, pero la tercera estuvo reñida. Se relajó, satisfecha.

—Unas cuantas partidas más, señorita Hayes, y será una fuerza a tener en cuenta.

La puerta se abrió y lord Seymore entró en la habitación. Sus cejas se alzaron ligeramente cuando vio el juego de ajedrez.

—¿No me diga que desaprueba que las mujeres participemos en este juego? —dijo lady Carstairs.

Él se rio.

—No me atrevería, señora. ¿Quién ha sido la vencedora?

—Yo lo fui en esta ocasión —dijo lady Carstairs—. Pero ahora que la señorita Hayes ha vuelto a familiarizarse con el juego, no me sorprendería en absoluto que el resultado cambiara la próxima vez que juguemos.

Se puso en pie y se llevó las manos a la base de la espalda.

—He estado sentada demasiado tiempo. Todos lo hemos hecho.

Un fuerte trueno sacudió la ventana y ni siquiera las cortinas pudieron ocultar por completo el relámpago que se produjo a continuación.

Charlotte se rio.

—Ese pobre niño es todo un encanto.

Sir Horace le sonrió con orgullo.

—Así me gusta, señorita Fletcher.

Lord Seymore entró un poco más en la habitación, con sus ojos fijos en la señorita Hayes, y por eso no vio la cesta de costura que estaba junto a la silla. Tropezó ligeramente al volcarlo con el pie.

—Bueno, colega, con cuidado —dijo sir Horace, apresurándose a recoger los cachivaches que se habían esparcido por el suelo—. No querrás arruinar la costura de la señorita Fletcher.

—No lo hagas —chilló Charlotte, mientras él se agachaba y recogía el pañuelo que ella había estado bordando.

Se quedó un momento con él en la mano. Ella había bordado sus iniciales en cada esquina y en el centro había dibujado un martín pescador y, además, acababa de empezar a coserle el pecho anaranjado. Sus ojos se alzaron hacia los de ella.

—¿Esto es para mí?

—Sí —dijo ella, ruborizándose—. Pero aún no está terminado. Es para darte las gracias por... por acudir a mi rescate.

—Bueno —dijo él, sacando un poco el pecho—. Es muy amable de tu parte. Lo llevaré siempre conmigo, te lo aseguro.

—Espero que no —dijo secamente lady Carstairs—. ¡No lo haga si pretende usarlo!

—Iba a dar un paseo por los soportales —comenzó lord Seymore.

—Una idea espléndida —dijo lady Carstairs—. A todos nos vendría bien algo de ejercicio. Se oyó otro trueno y ella sonrió.

—Tengo una idea. Charlotte, pondremos a prueba tu temple, querida. Me parece que sería una lástima desperdiciar esta espléndida tormenta. Más bien deberíamos aprovechar su atmósfera.

Charlotte parecía un poco insegura.

—¿Cómo?

—Yo deseaba que aprendieras a bailar el vals, ¿recuerdas? Esta casa se levanta sobre los cimientos de un monasterio. Debajo de nosotros hay un cellarium. Le pediremos a Skelforth que ponga velas en los candelabros, le pediré prestado su violín y todos bailaremos el vals. Será como algo sacado de una de las novelas de la señora Radcliffe.

—¿No me diga que las lee, señora? —dijo Sarah, sorprendida.

—¿Y por qué no? —dijo lady Carstairs—. Leo un montón de cosas. Al fin y al cabo, nunca sabes sobre qué tendrás que conversar.

—No pretendo estropear su plan, señora —dijo lord Seymore—. Y como su anfitrión, es un placer ofrecerle cualquier diversión que desee, pero me temo que puede hacer un poco de frío ahí abajo.

—A eso iba —dijo lady Carstairs, serena—. Sugiero que vayamos todos y nos pongamos algo un poco más abrigado, y nos reunamos aquí dentro de media hora.

Lord Seymore no dijo nada más.

Al atravesar los soportales, una fuerte ráfaga de viento hizo que la lluvia se deslizara a través de los arcos abiertos que daban al patio. Sarah tembló y se ciñó un poco más la capa mientras se apresuraban hacia la enorme puerta de roble incrustada en el muro al final del pasillo cubierto. Una serie de escalones los condujeron a un vasto cellarium. Filas de columnas sostenían un techo abovedado, creando una larga serie de arcos que se extendía por lo menos treinta metros. La corriente de aire procedente de la puerta hacía parpadear las velas. Unas sombras espeluznantes danzaban sobre las columnas, y el efecto se intensificaba cuando un relámpago iluminaba las ventanas situadas en lo alto de las paredes.

—Magnífico —dijo sir Horace—. Rara vez he visto un modelo más bello. ¡Casi puedo oír a los monjes cantando!

—No diga eso —susurró Charlotte, acercándose un poco más a él—. Por favor, dígame que no hay nadie enterrado aquí.

—Claro que no —la tranquilizó, llevándola hacia las hileras de barriles y botellas que cubrían las paredes—. No es una cripta. Se utilizaba de forma muy parecida a la actual. No era más que un almacén, un lugar fresco para guardar las provisiones.

—Puedo asegurarle, señorita Fletcher —dijo Skelforth—, que en todos los años que llevo bajando aquí, nunca he oído ni visto nada que me causara la más mínima inquietud.

El hombre había preparado una silla para lady Carstairs y su violín estaba colocado sobre ella.

—¿Dónde aprendió a tocar? —preguntó lady Carstairs, cogiendo el instrumento y examinándolo.

—Gracias a mi padre, señora. Él tocaba en el grupo de la iglesia. Cuando falleció, me dejó su violín.

—Es muy amable por su parte prestármelo. Ahora, sugiero que la señorita Hayes y lord Seymore demuestren los pasos. Obsérvalos atentamente, Charlotte, y avísame cuando creas que

estás lista para intentarlos.

Se colocó el violín bajo la barbilla y tensó el arco sobre las cuerdas. Cuando las primeras notas brillantes y claras llenaron el aire, lord Seymore le tendió la mano a Sarah. Ella sonrió, un poco cohibida, mientras la aceptaba y permitía que la condujera bajo uno de los arcos. Cuando él le colocó la mano en la espalda y la atrajo hacia sí, los labios de Sarah se entreabrieron y se le escapó un suave suspiro. Sus ojos se alzaron lentamente para encontrarse con los del hombre, y se sumergió perdidamente en sus profundidades azules como la noche que no se percató del atento escrutinio de su público.

Comenzaron a moverse con fluidez, deslizándose con gracia entre y alrededor de las columnas, mientras la oscuridad se iluminaba de vez en cuando con otro relámpago. El sonido de la lluvia quedó ahogado por la dulce y conmovedora música que llenaba la cavernosa habitación. Cuando llegó a su fin, permanecieron un momento en los brazos del otro antes de que el hechizo mágico que los había unido se rompiera por el sonido de los aplausos.

Sin embargo, no fue su presentación lo que provocó esta muestra de aprecio. El semblante habitualmente impasible de Skelforth se había animado bastante.

—Lady Carstairs, es un privilegio escucharla. Sólo desearía ser la mitad de hábil que usted.

Ella agradeció su cumplido con una gentil inclinación de cabeza.

—Tu ambición habla de ti, Skelforth. He tenido muchas horas libres para practicar —se volvió hacia Charlotte—. No me detuviste.

—Estaba muy entretenida viendo el baile —dijo ella con una pequeña sonrisa.

—Sí, ellos lo hacen muy bien. ¿Ya te sabes los pasos?

—Creo que sí. Aunque dudo que sea capaz de ejecutar el baile con tanta elegancia como la señorita Hayes.

—Yo no esperaré que lo hicieras.

Sir Horace se volvió hacia ella y le hizo una reverencia.

—¿Le gustaría...?

—Sugiero que hagas pareja con lord Seymore, Charlotte, y usted, sir Horace, con la señorita Hayes. Sólo habrá tiempo para un baile más antes de que sea hora de vestirse para la cena.

CAPÍTULO 18



La tormenta se disipó poco después de la cena, y Sarah disfrutó de una noche mucho más tranquila que la anterior. Se quedó dormida casi de inmediato, con una pequeña sonrisa curvándole los labios. Durmió larga y profundamente y se despertó mucho después de que saliera el sol. Se incorporó consternada y llamó a su criada.

—Frampton —dijo, frunciendo el ceño—, ¿por qué no me has despertado? Te dije que tenía intención de cabalgar antes del desayuno.

—Entré, señorita, y la llamé por su nombre, pero no se movió. Me pareció una lástima despertarla cuando dormía tan profundamente. Pero he enviado un mensaje a los establos, señorita.

—Eso es algo, supongo. No me gustaría haber hecho esperar a lord Seymore —dijo, pensativa.

—No, señorita —dijo Frampton, dándose la vuelta con una sonrisa cómplice.

Cuando por fin bajó a desayunar, vio que el asiento de lord Seymore estaba libre y sintió una punzada de decepción.

—Ahí está usted, señorita Hayes, está adquiriendo hábitos muy descuidados —dijo lady Carstairs con ligereza.

—Lo sé —dijo ella, sonriendo con tristeza.

—¿Café o chocolate, señorita? —le preguntó Skelforth.

—Café, por favor —dijo ella, añadiendo despreocupadamente—: ¿Lord Seymore ya ha desayunado?

—Sí, señorita. Él ha tenido que ir a visitar a uno de nuestros granjeros arrendatarios. Un árbol cayó anoche y ha dañado su tejado.

—Ya veo.

—Es un casero escrupuloso, como lo fue su padre antes que él.

—¿Y qué clase de casero es usted, sir Horace? —preguntó lady Carstairs.

—Tengo un administrador muy bueno, señora. Pero estoy al pendiente, puede estar segura. Nos tomamos muy en serio el bienestar de nuestra gente.

—Me alegra oírlo —dijo ella.

—Mi madre también está muy interesada en mejorar las condiciones de las pobres almas que acaban en el asilo para pobres. He visitado varios con ella.

—Es muy amable por su parte —dijo Charlotte con dulzura.

—Visitarlos es una cosa, pero ¿cómo consigue alguna mejora? —preguntó lady Carstairs.

—Donaciones —dijo simplemente—. Mi madre forma parte de un comité que se ocupa de estas cosas. Han creado una organización benéfica, y si una institución acepta los cambios

recomendados, se le proporciona alguna ayuda.

—Me gustaría conocer a su madre, creo —dijo lady Carstairs.

—Por supuesto, señora. Ella visitará a Loftus, y ya debería haber llegado.

—Entonces estaré encantada de conocerla. Ahora, damas, ¿qué decís si visitamos Lymington hoy? He decidido comprar algunas gorras, y la señora Norton me asegura que encontraré algunas allí.

—¿Gorras? —dijo Sarah, sorprendida. Había visto a lady Carstairs utilizar sólo turbantes.

—Sí, he decidido que es hora de cambiar. He disfrutado mucho de mi estancia en la India, pero, después de todo, uno no puede vivir en el pasado. Es hora de aceptar mi nueva vida.

—Muy sabias palabras, señora —dijo sir Horace.

—Sí, bueno, cuando usted interrumpió mi día de la India, mi criada se molestó mucho. He descubierto que ella no es nada feliz, y siento que fui muy egoísta al traerla a Inglaterra. La enviaré de vuelta, con muy buenas referencias, y dinero suficiente para mantenerla cómodamente hasta que pueda encontrar otro puesto.

Pasaron unas horas muy agradables en la ciudad. Además de un puerto muy bonito rodeado de pintorescas callejuelas empedradas, había una amplia calle principal con una agradable variedad de tiendas. Lady Carstairs compró varias gorras de encaje, una capota nueva para Charlotte y un par de guantes para Sarah, a pesar de sus protestas de que no los necesitaba. Disfrutaron de un refrigerio en una de las muchas posadas y regresaron a la casa por la tarde, muy satisfechos con el día.

Sir Horace estaba paseando por los jardines cuando se detuvieron frente a la casa. Se acercó a ellas cuando bajaron del carruaje, con un saludable resplandor en las mejillas y un destello en los ojos.

—En esta parte del país se pueden realizar magníficos paseos —afirmó él—. He pasado unas horas muy agradables y, como guinda del pastel, he visto un águila de cola blanca. Espero que vuestro día haya sido igual de agradable, damas.

—En efecto —dijo lady Carstairs—, pero estoy bastante agotada y le agradecería que contuviera su entusiasmo, sir Horace, hasta que al menos nos hayamos reanimado con una taza de té.

—Por supuesto —dijo, pareciendo un poco desanimado—. Perdóneme si me he dejado llevar un poco; no todos los días veo una, ¿sabe?

—Espero que me lo cuente todo durante el paseo —dijo Charlotte con dulzura.

—¿No está muy cansada? —dijo sir Horace, animándose.

Charlotte sonrió.

—En absoluto. Subiré corriendo a cambiarme.

—Oh, poder ser joven otra vez —murmuró lady Carstairs.

—Tiene más energía que muchas damas de la mitad de su edad —dijo Sarah, sonriendo, mientras Skelforth las recibía.

—Eso apenas es un logro —dijo sarcásticamente lady Carstairs—, cuando tantas damas en estos días parecen pensar que la languidez es lo último y arrastrarse de la cama antes de las nueve, ¡es una hazaña digna de admiración!

—Es usted muy dura, señora —Sarah se rio.

—Tal vez —admitió lady Carstairs—. Pero detesto la pereza —se volvió hacia Skelforth—. Supongo que lord Carstairs no habrá llegado aún.

—No, señora. No lo espero hasta dentro de una hora, por lo menos.

—Tal vez renuncie a mi taza de té y duerma la siesta —dijo reflexivamente—. No quisiera

parecer cansada cuando él llegue.

—Haré que le suban un poco de té a su habitación, señora —dijo Skelforth, resolviendo eficientemente su dilema.

Sarah no tenía nada que hacer. Subió corriendo a su habitación, se quitó la pelliza y la arrojó descuidadamente sobre una silla. Al igual que Charlotte, no estaba nada cansada de la excursión a Lymington. Después de pasearse por la habitación durante unos minutos, se desató la capota, la dejó caer sobre la mesa del tocador y se sentó. Se miró en el espejo y se arregló el pelo. Su mirada se desvió hacia el jarrón de flores que adornaba la mesa. Enarcó las cejas, sorprendida. La señora Norton solía ser muy eficiente, pero las flores estaban tristemente marchitas y algunos pétalos habían caído sobre la mesa. Se levantó y caminó decidida hacia la puerta. Al pisar el rellano, vio que el ama de llaves se apresuraba hacia ella, con un estresado ceño fruncido.

—Oh, señorita Hayes —dijo, parándose en seco—. ¿Sus flores también se están cayendo?

Sarah sonrió.

—Sí, un poco.

—Le pido disculpas. Estaba a punto de ir al jardín a recoger algunas frescas esta mañana, cuando Jenny, nuestra criada de ayuda general, se dio un batacazo. Tuve que llamar al médico; ya tenía la muñeca tan inflamada que yo sabía que se la había roto. Tan pronto como eso se solucionó, Mary, nuestra lavandera, ¡se enganchó el dedo en el escurridor! Entonces la cocinera descubrió... —hizo una pausa y recuperó el aliento—. Bueno, no importa. No sé por qué divago sobre estas cosas, pero con una cosa y otra, no he conseguido reemplazar ninguna de las flores y tenemos más invitados que llegarán en cualquier momento.

—Señora Norton —dijo amablemente Sarah—, si me encuentra una cesta, estaré encantada de recoger algunas para usted. No tengo nada que hacer y lo disfrutaría, se lo aseguro.

—Bueno, si está segura, señorita, eso sería de gran ayuda.

Los fragantes jardines de flores calmaron la inquietud de Sarah. Su cesta pronto se llenó de rosas, peonías, guisantes de olor, lirios, delfinios y dalias. Las rosas rojas de Damasco eran sus favoritas y, al volverse hacia la casa, sacó una de la cesta, cerró los ojos y se la llevó a la nariz, aspirando su aroma fresco y agrí dulce.

—Tu belleza es más vibrante que cualquier flor.

Sus ojos se abrieron de golpe, dejó caer la cesta y sus dedos se cerraron con fuerza sobre el tallo de la rosa mientras observaba a lord Seymore caminar decidido sobre los pocos metros de hierba que aún los separaban. Su rostro era serio y su barbilla decidida.

Sin perder tiempo en cumplidos, dijo:

—Aún tengo dos preguntas que ha prometido responder con sinceridad, señorita Hayes.

Su corazón latió un poco más rápido.

—Había olvidado nuestra carrera.

—¿Puedo hacérselas?

—¿No he dicho que nunca me retracto de una apuesta? —dijo ella en voz baja.

Él respiró hondo y con lentitud.

—¿Cree que podría ser feliz aquí?

—Sí —murmuró ella.

Lord Seymore le cogió la mano y frunció el ceño al ver la marca roja brillante que manchaba su guante. Sarah no había sentido el pinchazo de la espina al atravesarle la piel. Él le quitó el guante y un nuevo hilo de sangre brotó de su delgado dedo. Sarah abrió los ojos cuando él se llevó la mano a los labios y chupó suavemente la punta de su dedo. La bajó al cabo de un momento, pero no la soltó.

—Señorita Hayes, han pasado muchos días desde que descubrí que el respeto y la gratitud que sentía por usted se habían convertido en algo mucho más profundo —dijo con voz ronca—. Las indignidades que ha sufrido a manos de personas muy inferiores a usted, el humor y la elegancia con que usted ha...

Fue silenciado cuando ella levantó la mano y le colocó el dedo una vez más en los labios. Sarah vio la repentina duda que nubló sus ojos, y dijo:

—Ha tenido un comienzo muy prometedor. Confíe en mí y simplemente pregúntemelo.

La diversión ahuyentó la duda, y él sonrió.

—Señorita Hayes...

—Sarah —dijo, sonriendo.

—¡Silencio, mujer! —gruñó, tirando de ella entre sus brazos.

—Oh, que yo deba sufrir semejante indignidad por parte suya —dijo con tristeza—, pobre mujer indefensa que soy.

La silenció con un beso largo y persistente. Ella se derritió contra él, sintiendo un estremecimiento de deseo. Cuando lord Seymore levantó finalmente la cabeza, sus ojos estaban oscurecidos por la pasión, pero una emoción más suave los ablandó cuando levantó ambas manos y cogió la cara de Sarah, rozándole los labios con un beso ligero como una pluma.

—Sarah, te amo. Cásate conmigo.

—Debo hacerlo —suspiró, con la mirada fija en algún punto por encima del hombro de él—. Porque me temo que mi reputación está destrozada.

Se alejó de ella cuando la señora Norton se apresuró a acercarse a ellos, secándose rápidamente una lágrima. Ella compensó su indecorosa muestra de emoción con un tono brusco.

—Deseo que ambos seáis felices, estoy segura, pero necesito esas flores, señorita Hayes. Los jarrones alineados me esperan, pero se marchitarán antes de que tenga la oportunidad de arreglarlas a este ritmo.

Sarah le entregó la cesta y el ama de llaves sonrió.

—Yo no podría haber elegido mejor, señorita. No dudaré en encomendarle esta tarea.

Mientras la mujer se alejaba, lord Seymore dijo:

—Sin embargo, yo sí tengo algunas dudas.

—¿No aprueba mi elección?

—No es su preferencia de flores lo que me preocupa —dijo, pensativo—, sino los jarrones que las albergan. Debo recordar no ponerla nunca de mal genio cuando haya alguno cerca.

Sarah se rio.

—O podría simplemente convertirlo en su objetivo, no ponerme nunca de mal humor.

—Me temo que eso será imposible —dijo con seriedad—. Ahora que está obligada a casarse conmigo, admitiré que soy un tacaño terrible. Sólo gasto dinero en mis caballos, y rara vez visito la ciudad más de dos veces al año.

—Entonces no veo la necesidad de ningún desacuerdo entre nosotros, señor. No tengo ningún deseo de visitar la ciudad y comparto su pasión por los caballos —dijo ella con suavidad.

No puso ninguna objeción cuando él volvió a acercarla, e hizo que Sarah recordara la otra pasión que compartían.

—Por supuesto, la llevaré a Londres durante la temporada —dijo con la voz un poco entrecortada, unos instantes después.

—Si está pensando en Charlotte, estaré encantada de ir, aunque dudo que sea necesario. Pero si está pensando en mí, realmente no es necesario. Era la ambición de mi padre que yo causara sensación allí. Prefiero el campo.

—Soy el canalla más afortunado del mundo —dijo bruscamente, bajando la cabeza una vez más.

Pasó algún tiempo antes de que regresaran a la casa. Entraron por una puerta lateral y oyeron el inconfundible ruido de gente recién llegada. Al entrar en el vestíbulo, lord Carstairs le estaba entregando su sombrero a Skelforth. Una dama diminuta, de rostro amable y risueños ojos color avellana estaba de pie a su lado.

—Bienvenido, señor —dijo lord Seymore, dando zancadas para estrecharle la mano—. Espero que el viaje no le haya resultado demasiado arduo.

—En absoluto. Hemos hecho muy buen tiempo —se volvió hacia Sarah—. Se ve muy bien, señorita Hayes. Permítame presentarle a lady Bamber.

La mujer avanzó y cogió la mano de Sarah.

—Encantada de conocerla, señorita Hayes. Siento que tengo mucho que agradecerle. Loftus no para de elogiarla, ¿sabe? Y veo que no ha exagerado ni un poco.

Ella sonrió.

—Realmente he hecho muy poco para merecer su agradecimiento, señora.

—Sí, él dijo que usted era una criatura modesta, pero si descubro que mi hijo ha cambiado aunque sea la mitad de lo que me han descrito, le estaré eternamente agradecida.

—Milady —dijo lord Carstairs, acercándose al pie de las escaleras mientras su esposa las bajaba—. Es un gorro fascinante.

Un rubor encantado invadió las mejillas de la dama.

—Qué tonterías dices, Carstairs.

La cogió de la mano y la condujo hasta lady Bamber, quien sonrió y dijo:

—Debo agradecerle su amable hospitalidad con mi hijo, señora.

—Por favor, no. Él ha demostrado ser útil de muchas maneras.

Lady Bamber pareció un poco sorprendida.

—Me complace oírle decir eso. ¿Dónde estará? Estoy impaciente por verlo.

—Ha llevado a la señorita Fletcher a una clase de equitación —dijo lady Carstairs—. Sin embargo, yo habría esperado que ya estuvieran de vuelta. Pero no nos quedemos en el vestíbulo, venga al salón, señora. Estoy segura de que le apetecerá algo de beber después de un viaje tan largo.

Skelforth se adelantó y les abrió la puerta. El deseo de lady Bamber de ver a su hijo fue cumplido al instante. Él estaba de pie en medio de la habitación, con la señorita Fletcher entre sus brazos, con firmeza, mientras la besaba de una manera profunda y para nada fraternal.

Skelforth se aclaró la garganta y sir Horace levantó la cabeza, con los ojos abiertos de alarma al ver a su público. Charlotte jadeó, sus mejillas se tiñeron de rojo y huyó de la habitación.

—Pobre niña —dijo lady Bamber con calma—, debe sentirse terriblemente avergonzada. Supongo que ya le has propuesto matrimonio, Horace.

—Por supuesto, señora, no soy un maldito canalla.

—No lo había pensado —dijo lord Seymore—, pero se me ocurre que realmente debiste haberme pedido permiso primero, Bamber.

—Sé que debería —dijo él, francamente—. El caso es que estábamos practicando nuestro vals...

—Estoy bastante seguro de que cuando la señorita Hayes y yo hicimos la demostración del baile, no nos besamos —dijo secamente.

—Bien podríais haberlo hecho —intervino Lady Carstairs.

—No era mi intención besarla —continuó sir Horace—. Pero ella me miró, y sus ojos eran

tan... sus labios eran tan...

Su madre acudió en su ayuda.

—Creo que te entendemos, Horace —se volvió hacia lord Seymore, y sonrió suavemente—. Por favor, no me digas que se opone, porque me resultaría muy difícil soportar la decepción.

—No soy tan hipócrita, señora —dijo él, con una amplia sonrisa cruzando su rostro—. Hace unos minutos fui sorprendido en una situación muy comprometedora con la señorita Hayes.

—¡Lo sabía! —dijo lady Carstairs, abrazando a Sarah—. Estoy segura de que ahora te alegras de que haya escondido toda tu ropa fea y vieja.

—No importaría lo que vistiera la señorita Hayes, señora —dijo lord Seymore—, su cualidad siempre brillaría.

De pronto, lady Carstairs necesitó un pañuelo, pero las inesperadas lágrimas que habían brotado de sus ojos la cegaron, y no pudo abrir su reticule.

—Ten, querida —le dijo lord Carstairs con suavidad, entregándole el suyo.

—Me alegro mucho por usted, señorita Hayes —dijo lady Bamber, con un brillo en los ojos—. Por un momento me pregunté si tal vez usted sería la dama ideal para Loftus, pero estaba claro que eso era mucho pedir.

—El señor Bamber me agrada bastante —dijo Sarah—, pero no creo que pueda ser una buena esposa para un vicario. Ahora, iré con Charlotte.

—Sí, hágalo —dijo lady Bamber—. Y tráela cuando haya recuperado la compostura.

Sarah encontró a Charlotte caminando de un lado a otro por su habitación, un poco agitada, pero lejos de sentirse vencida.

—No sé cómo puedo dar la cara.

—Nadie está ni un poco conmovido, te lo aseguro —dijo Sarah, cogiéndole las manos—. ¿Eres feliz, querida?

—Oh, sí —respiró Charlotte—. Sólo desearía que tú fueras igual de feliz.

—Entonces tu deseo se ha cumplido —dijo suavemente— Voy a casarme con tu primo.

Charlotte la abrazó.

—Cuando os vi bailar el vals, supe que os amabais. Sentí que no debía miraros, ¡pero no podía apartar los ojos!

Volvieron al salón, abrazadas por la cintura.

—Venga a sentarse conmigo, señorita Fletcher —dijo lady Bamber—. Deseo saberlo todo, y tengo algunas noticias que creo que harán que este día sea aún más feliz para usted.

Charlotte sonrió tímidamente.

—No creo que yo pueda ser más feliz, señora.

—¿Ni siquiera cuando le diga que su buena amiga, la señorita Montagu, va a casarse con lord Cranbourne, que es nuestro vecino?

—¡Oh, pero eso es maravilloso! —exclamó Charlotte, sentándose en el sofá a su lado.

—Sí, ella me agradó de inmediato.

—¿Y tiene noticias de lady Georgianna?

—Sólo sé que ha vuelto a casa —dijo, sacando una carta de su reticule—. La señorita Montagu me ha pedido que le entregue esto, quizás le diga algo más.

OTRAS OBRAS DE JENNY HAMBLY

¡Gracias por vuestro apoyo! Espero que hayáis disfrutado de la lectura de Señorita Hayes. Os agradecería mucho que dejarais una breve reseña en Amazon.

Me encanta recibir mensajes de mis lectores y podéis escribirme a: jenny@jennyhambly.com

[Las damas de la señorita Wolfraston Libro 1](#)

ACERCA DEL AUTOR

Me encanta la historia y, en particular, el periodo de la Regencia. Crecí leyendo a Jane Austen, Charlotte y Emily Bronte, y Georgette Heyer.

Me gusta pensar que mis personajes, aunque imperfectos, son agradables, fuertes y fieles a la época.

Vivo junto al mar en Plymouth, Inglaterra, con mi pareja Dave. Me gusta leer, navegar, el vino, madrugar para ver la salida del sol en verano y pasar largas y tranquilas veladas junto a la estufa de leña de nuestra cabaña en los acantilados de Cornualles en invierno.

